

El Renacimiento

...oh stirpe divina vestida de humano...

Jorunn estaba en el jardín delante de su casa amarilla cuando sobre la una y media Sofía llegó sin aliento hasta la verja.

—¿Has estado fuera más de nueve horas? —exclamó Jorunn.

Sofía negó con la cabeza.

—He estado fuera más de mil años.

—¿Pero dónde has estado?

—Tenía una cita con un monje medieval. ¡Un tipo divertido!

—Estás chiflada. Tu madre llamó hace media hora.

—¿Qué le dijiste?

—Dije que te habías ido al quiosco.

—¿Y qué dijo ella?

—Que la llamaras cuando volvieras. Lo peor fue lo de mis padres. A las nueve entraron en mi habitación con chocolate caliente y panecillos. Una de las camas estaba vacía.

—¿Qué les dijiste?

—No te puedes imaginar qué corte. Dije que te habías ido a casa porque nos habíamos peleado.

—En ese caso tenemos que darnos prisa y hacer las paces. Y que tus padres no hablen con mi madre durante unos días. ¿Crees que lo conseguiremos?

Jorunn se encogió de hombros. Al instante apareció el padre de Jorunn en el jardín con una carretilla. Se había puesto un mono. Era evidente que se disponía a quitar las hojas caídas el año anterior.

—Así que aquí están las amiguitas —dijo—. Bueno, ya no queda ninguna hoja.

—Qué bien —replicó Sofía—. Entonces quizás podamos tomar un café, ya que no pudimos desayunar.

El padre sonrió forzosamente, y Jorunn se sobresaltó. En casa de Sofía siempre habían sido algo más informales que en la del asesor financiero, señor Ingebrigtsen y señora.

—Lo siento, Jorunn —dijo Sofía—. Pero yo también debo participar en esta operación de camuflaje.

—¡Vas a contarme algo!

—Si me acompañas a casa. De todos modos ése no es asunto de asesores financieros o muñecas Barbie entradas en años.

—Qué asquerosa eres. ¿Acaso es mejor un matrimonio que cojea y manda a una de las partes al mar?

—Seguro que no. Pero yo no he dormido casi esta noche, y además me pregunto si Hilde será capaz de *ver* todo lo que hacemos.

Habían empezado a caminar hacia la casa de Sofía.

—¿Quieres decir que es vidente?

—Quizás sí. O quizás no.

Era evidente que a Jorunn no le hacían gracia todos aquellos secretos.

—Pero eso no explica que su padre envíe extrañas postales a una cabaña abandonada en el bosque.

—Admito que ése es un punto débil.

—¿No me vas a decir dónde has estado?

Se lo contó. Y también le habló del misterioso curso de filosofía. Lo hizo a cambio de una solemne promesa de que todo quedaría entre ellas dos.

Anduvieron un buen rato sin decir nada.

—No me gusta —dijo Jorunn. Se detuvo delante de la verja de Sofía dando a entender que allí daría la vuelta.

—Tampoco te he pedido que te guste. La filosofía no es un simple juego de mesa, ¿sabes? Se trata de quiénes somos y de dónde venimos. ¿Te parece que aprendemos suficiente sobre eso en el colegio?

—De todos modos, nadie sabe las respuestas a esas preguntas.

—Ni siquiera nos enseñan a plantearnos esas preguntas.

La comida estaba en la mesa cuando Sofía entró en la cocina. No hubo comentarios de por qué no había llamado desde casa de Jorunn.

Después de comer dijo a su madre que quería dormir la siesta, porque apenas había dormido en casa de Jorunn, lo que no era nada raro cuando se dormía en casa de alguna amiga.

Antes de meterse en la cama se colocó delante del gran espejo de latón que había colgado en la pared. Al principio no veía más que su propia cara, pálida y cansada. Pero después... fue como si detrás de su propia cara apareciesen de pronto los contornos difusos de otra cara.

Sofía respiró hondo un par de veces. No debía empezar a imaginarse cosas.

Vio los nítidos contornos de su propia cara pálida enmarcada por el pelo negro, que no se adaptaba a otro peinado que el de la propia naturaleza, un peinado de pelo lacio. Pero debajo de este rostro también aparecía, como un espectro, la imagen de otra muchacha. De pronto la muchacha desconocida empezó a guiñarle enérgicamente los dos ojos.

Era como si quisiera dar a entender que de verdad estaba allí dentro, al otro lado. Sólo duró unos segundos. Luego desapareció.

Sofía se sentó en la cama. No dudaba de que la cara que había visto en el espejo fuera la de Hilde.

Una vez, durante un par de segundos, había visto una foto de ella en un carnet escolar en la Cabaña del Mayor. Tenía que ser la misma chica que había visto también en el espejo.

¿No era un poco extraño que estas cosas tan misteriosas siempre le sucedieran cuando estaba totalmente agotada? Así siempre tenía que preguntarse luego si sólo habían sido imaginaciones.

Sofía colocó su ropa sobre una silla y se metió debajo del edredón. Se durmió al instante. Mientras dormía tuvo un sueño extrañamente intenso y claro. Soñó que estaba en un gran jardín donde había una caseta de madera, pintada de rojo, para guardar barcas. Sobre un muelle junto a la caseta roja estaba sentada una niña rubia mirando al lago. Sofía se acercó a ella, pero era como si la desconocida no se diera cuenta de que estaba allí. "Me llamo Sofía", dijo. Pero la desconocida no la veía ni la oía. «Al parecer eres ciega y sorda», le dijo Sofía. Y la chica estaba verdaderamente sorda a las palabras de Sofía. De pronto Sofía oyó una voz que llamaba: ¡Hildecita! La niña se levantó inmediatamente del muelle y se fue corriendo hacia la casa. Entonces no debía de ser ni ciega ni sorda. De la casa salió un hombre de mediana edad corriendo hacia ella. Llevaba uniforme y boina azul. La niña desconocida se echó en sus brazos, y el hombre la cogió y le dio un par de vueltas por el aire. Sofía descubrió una pequeña cruz de oro en el muelle donde había estado sentada la niña. La cogió y la guardó en la mano. En esto se despertó.

Sofía miró el reloj. Había dormido un par de horas. Se incorporó en la cama y se puso a pensar en el extraño sueño. Había sido tan intenso y tan claro que parecía haberlo vivido. Estaba convencida de que la casa y el muelle del sueño existían de verdad en algún sitio. ¿No se parecían a aquel cuadro que había visto en la Cabaña del Mayor? Por lo menos no cabía duda de que la niña del sueño era Hilde Møller Knag y que el hombre era su padre que volvía del Líbano. En el sueño le había recordado un poco a Alberto Knox...

Al hacer la cama descubrió una cadena con una cruz de oro debajo de la almohada. En la parte de atrás de la cruz estaban grabadas tres letras: "HMK".

Desde luego no era la primera vez que Sofía soñaba con que se encontraba alguna alhaja. Pero era la primera vez que lograba traerse la alhaja del sueño.

—¡Maldita sea! —se dijo en voz alta.

Estaba tan enfadada que abrió la puerta del armario y tiró la valiosa cadena al estante, junto al pañuelo de seda, el calcetín blanco y todas las postales del Líbano.

El domingo por la mañana la madre despertó a Sofía con un gran desayuno compuesto de panecillos calientes y zumo de naranja, huevos y ensaladilla rusa. No era normal que su madre se levantara antes que ella los domingos. Pero cuando ocurría, se esforzaba en

preparar un sólido desayuno dominical antes de despertar a Sofía.

Mientras desayunaban, la madre dijo:

—Hay un perro desconocido en el jardín. Ha estado dando vueltas por el viejo seto toda la mañana. ¿Sabes qué está haciendo aquí?

—¡Ah, sí! —exclamó Sofía, pero en el mismo instante se mordió los labios.

—¿Ha estado aquí antes?

Sofía se levantó y se acercó a la ventana del salón que daba al gran jardín. Como se estaba imaginando, Hermes estaba tumbado delante de la entrada secreta al Callejón.

¿Qué podía decir? La madre se colocó a su lado sin darle tiempo a pensar en una respuesta.

—¿Has dicho que ese perro ya ha estado aquí antes?

—Supongo que habrá enterrado un hueso aquí. Y ahora ha vuelto para recoger su tesoro. También los perros tienen memoria.

—¿Quizás sea eso, Sofía. Tú tienes más psicología que yo.

Sofía pensó intensamente.

—Yo le acompañaré a su casa —dijo.

—¿Pero sabes dónde vive?

Se encogió de hombros.

—Tendrá un collar con las señas.

Un par de minutos más tarde Sofía estaba saliendo al jardín. Cuando Hermes la vio fue corriendo hacia ella, moviendo alegremente el rabo.

—Hermes, buen chico —dijo Sofía.

Sabía que su madre la estaba mirando desde la ventana.

¡Ojalá el perro no atravesara el seto! Pero no, se dirigió al caminito de gravilla delante de la casa y dio un salto hacia la verja.

Cuando ya habían salido a la calle, Hermes seguía andando un par de metros delante de Sofía. Dieron un largo paseo por las calles de chalets; no eran los únicos que estaban dando un paseo dominical. Había familias enteras caminando, y Sofía sintió algo de envidia.

De vez en cuando Hermes se alejaba para oler a algún otro perro o alguna cosa al borde de la cuneta, pero en cuanto Sofía lo llamaba volvía a su lado.

Habían cruzado ya un viejo corral, un gran polideportivo y un parque infantil cuando llegaron a un barrio más transitado. Continuaron bajando hacia el centro por una calle ancha y adoquinada, con trolebuses en medio.

Ya en el centro, Hermes la llevó por la Gran Plaza y luego por la Calle de la Iglesia. Salieron al barrio antiguo, donde había grandes casas de principios de siglo. Era casi la una y media.

Se encontraban en la otra punta de la ciudad. Sofía no venía por aquí a menudo. Pero una vez cuando era pequeña había visitado a una vieja tía suya en una de estas calles.

Pronto salieron a una pequeña plaza entre unas casas viejas. La plaza se llamaba Plaza Nueva, a pesar de la pinta de viejo que tenía todo. La ciudad en sí era muy vieja, de la Edad Media. Hermes se acercó al portal 14, donde se quedó esperando a que Sofía abriera la puerta. Ella notó como un vacío en el estómago.

Dentro del portal había un montón de buzones verdes. Sofía descubrió una postal pegada en uno de los buzones de la fila superior. En la postal había un sello con un mensaje del cartero que decía que el destinatario era desconocido. El destinatario era "Hilde Møller Knag, Plaza Nueva 14...". Estaba sellada el 15 de junio. Faltaban aún dos semanas, un detalle en el que, aparentemente, el cartero no se había fijado.

Sofía despegó la postal y leyó.

Querida Hilde. Sofía está llegando a casa del profesor de filosofía. Pronto cumplirá quince años, pero tú ya los cumpliste ayer.

¿O es hoy, Hildecita? Si es hoy al menos será muy entrado el día. Pero nuestros relojes no andan siempre completamente igual. Una generación envejece mientras que otra crece. Mientras tanto la Historia sigue su curso. ¿Has pensado en que la historia de Europa puede compararse con la vida de una persona? En ese caso la Antigüedad es la infancia de Europa. Luego viene la larga Edad Media, que es la jornada escolar de Europa. Pero luego llega el Renacimiento. Ha acabado la larga jornada de colegio y la joven Europa está impaciente por lanzarse a la vida.

A lo mejor podríamos decir que el Renacimiento es el decimoquinto cumpleaños de Europa. Estamos a mediados de junio, hijita mía y la vida es maravillosa.

P.S. Qué pena que hayas perdido tu cruz de oro. ¡Tendrás que aprender a cuidar mejor las cosas! Saludos de tu papá, que está ya a la vuelta de la esquina.

Hermes estaba ya subiendo las escaleras. Sofía se llevó la postal y le siguió. Tenía que correr para no perderlo, él movía enérgicamente el rabo. Pasaron el segundo piso, el tercero, el cuarto y el quinto. Desde allí había una estrecha escalera que continuaba. ¡Se dirigían a la azotea! Pero Hermes siguió también por la escalera estrecha. Luego se detuvo ante una puerta estrecha que comenzó a arañar con las uñas.

Sofía oyó pasos que se acercaban detrás de la puerta. La puerta se abrió y allí estaba Alberto Knox. Se había cambiado de traje, pero también hoy estaba disfrazado. Llevaba unas medias blancas hasta las rodillas, unos pantalones anchos y rojos y una chaqueta amarilla con los hombros abultados.

A Sofía le recordó a los comodines de la baraja. Si no se equivocaba, se trataba de un traje renacentista.

—¡Payaso! —exclamó Sofía dándole un empujón para entrar en el piso.

Había vuelto a hacer del pobre profesor de filosofía víctima de una especie de mezcla de temor y timidez. Ella estaba además muy excitada a causa de la postal que había

encontrado abajo en el portal.

—No seas tan irascible, hija mía —dijo Alberto cerrando la puerta tras él.

—Aquí está el correo —dijo Sofía, alcanzándole la postal como si él la hubiera escrito.

Alberto leyó la postal con un gesto de desagrado.

—Se está volviendo cada vez más descarado. A lo mejor nos está utilizando como una especie de diversión con motivo del cumpleaños de su hija.

Cogió la postal y la rompió en cien pedazos que tiró a una papelería.

—En la postal ponía que Hilde ha perdido una cruz de oro —dijo Sofía.

—Ya lo he visto, ya.

—Pues justamente he encontrado esa cruz en mi cama. ¿Sabes cómo pudo llegar hasta allí?

Alberto la miró fijamente a los ojos.

—Puede parecer fascinante, pero no es más que un truco barato que no le cuesta el menor esfuerzo. Mejor concentrémonos en el gran conejo que se saca del negro sombrero de copa del universo.

Entraron en la salita, que era de lo más raro que Sofía había visto en toda su vida.

Alberto vivía en un gran ático abuhardillado. En el techo había una ventana que dejaba entrar directamente la luz del cielo. Pero la habitación también tenía una ventana con vistas a la ciudad y por la que se podían ver todos los tejados de los viejos edificios. Pero lo que más asombraba a Sofía era todo lo que había en la salita. Estaba repleta de muebles y objetos de muy distintas épocas de la Historia. Un sofá que podía ser de los años treinta, un viejo escritorio de principios de siglo, y una silla que seguramente tenía varios cientos de años. Pero no eran sólo los muebles lo que le asombraba. En estantes y armarios había utensilios y objetos de decoración totalmente mezclados. Había viejos relojes y vasijas, morteros y frascos de cristal, cuchillos y muñecos, plumas antiguas y pisapapeles, y octantes y sextantes, y brújulas y barómetros.

Había una pared entera repleta de libros, pero no de esos libros que se pueden comprar en las librerías. También la colección de libros era como un corte transversal a lo largo de cientos de años de producción de libros. En las paredes colgaban dibujos y cuadros; algunos seguramente hechos hacía pocos años, otros muy antiguos. También había varios mapas antiguos.

Sofía se quedó mirando mucho rato sin decir nada. Giró la cabeza en todas las direcciones hasta haber visto la sala desde todos los ángulos posibles.

—Veo que coleccionas muchos cachivaches —dijo por fin.

—Bueno, bueno. Piensa que en esta sala se conservan muchos siglos de Historia. Yo no los llamaría cachivaches.

—¿Coleccionas antigüedades o algo así?

La cara de Alberto adquirió una expresión casi melancólica.

—No todo el mundo puede dejarse llevar por la corriente de la Historia, Sofía. Algunos

tienen que detenerse y recoger aquello que se queda en sus orillas.

—Qué manera tan extraña de hablar.

—Pero es verdad, hija mía. No vivimos únicamente en nuestro propio tiempo. También llevamos con nosotros nuestra historia. Recuerda que todas las cosas que ves en esta habitación fueron nuevas alguna vez. Esa pequeña muñeca de madera del siglo XVI a lo mejor fue hecha para una niña en su quinto cumpleaños. Quizás por un viejo abuelo... Luego se hizo adolescente, Sofía. Y luego adulta y a lo mejor se casó. Quizás tuvo una hija que heredó su muñeca. Luego envejeció y una día dejó de existir. Había vivido una larga vida, pero luego desapareció del todo. Y no volverá nunca. En realidad sólo estuvo aquí en una breve visita. Pero su muñeca, su muñeca está aquí sobre el estante.

—Todo se vuelve tan triste y solemne cuando lo expresas así.

—Pero la vida misma *es* triste y solemne. Entramos en un mundo maravilloso, nos conocemos, nos saludamos, y caminamos juntos un ratito. Luego nos perdemos y desaparecemos tan de repente y tan sin razón como llegamos.

—¿Puedo preguntar algo?

—Ya no estamos jugando al escondite.

—¿Por qué te mudaste a la Cabaña del Mayor?

—Para no vivir tan lejos el uno del otro cuando sólo nos comunicábamos por carta.

Sabía que aquella cabaña estaba vacía.

—¿Y simplemente te metiste?

—Simplemente me metí.

—Entonces a lo mejor también me puedes explicar como lo supo el padre de Hilde.

—Si no me equivoco es un señor que lo sabe casi todo.

—De todos modos, no entiendo cómo se consigue que un cartero entregue el correo en medio de un bosque.

Alberto sonrió astutamente.

—Incluso eso debe de ser una menudencia para el padre de Hilde. Trucos baratos, engaños vulgares. A lo mejor vivimos bajo la vigilancia más rígida del mundo.

Sofía se estaba enfadando.

—Si algún día me encuentro con él, le sacare los ojos.

Alberto se acercó al sofá y se sentó. Sofía le siguió y se dejó caer en un gran sillón.

—Sólo la filosofía puede acercarnos al padre de Hilde —dijo Alberto—. Hoy te hablaré del Renacimiento.

—De acuerdo.

—Pocos años después de la muerte de Santo Tomás de Aquino, la cultura unitaria cristiana empezó a agrietarse. La filosofía y la ciencia se iba desprendiendo cada vez más de la teología de la Iglesia, lo cual, por otra parte, contribuyó a que la fe tuviera una relación más libre con la razón. Cada vez había más voces que decían que no nos podemos acercar a Dios por medio de la razón, porque Dios es de todos modos

inconcebible para el pensamiento. Lo más importante para el hombre no era comprender el misterio cristiano, sino someterse a la voluntad de Dios.

—Entiendo.

—El hecho de que la fe y la ciencia tuvieran una relación más libre entre ellas dio paso a un nuevo método científico y también a un nuevo fervor religioso. De esa manera se establecieron las bases para dos importantes cambios en los siglos XV y XVI, me refiero al Renacimiento y a la Reforma.

—¿No hablaremos de los dos cambios a la vez, no?

—Por Renacimiento entendemos un extenso florecimiento cultural desde finales del siglo XIV. Comenzó en el norte de Italia, pero se extendió rápidamente hacia el resto de Europa durante los siglos XV y XVI.

—¿"Renacimiento" significa «nacer de nuevo», no?

—Sí, y lo que volvió a nacer fue el arte y la cultura de la Antigüedad. También solemos hablar del "humanismo renacentista", porque se volvió a colocar al hombre en el centro, tras esa larga Edad Media que todo lo había visto con una perspectiva divina. Ahora la consigna era ir a «los orígenes», lo que significaba ante todo volver al humanismo de la Antigüedad. El excavar viejas esculturas y escritos de la Antigüedad se convirtió en una especie de deporte popular. Así que se puso de moda aprender griego, lo que facilitó un nuevo estudio de la cultura griega. Estudiar el humanismo griego tenía también un objetivo pedagógico, porque el estudio de materias humanistas proporcionaba una "educación clásica" y desarrollaba lo que podríamos llamar "cualidades humanas". Los caballos nacen, se decía, "pero las personas no nacen, se hacen".

—¿Tenemos que educarnos para llegar a ser personas?

—Sí, ésa era la idea. Pero antes de estudiar más detalladamente las ideas del humanismo renacentista diremos unas palabras sobre la situación política y cultural en el Renacimiento.

Alberto se levantó del sofá y comenzó a caminar por la habitación. Al cabo de un rato se detuvo y señaló un viejo instrumento sobre un estante.

—¿Qué crees que es esto? —preguntó.

—Parece una vieja brújula.

—Correcto.

Señaló un viejo fusil que colgaba en la pared sobre el sofá.

—¿Y eso?

—Un fusil con muchos años.

—De acuerdo, ¿y esto?

Alberto sacó un libro grande de la estantería.

—Es un libro viejo.

—Para ser más preciso, es un incunable.

—¿Un incunable?

—En realidad significa "infancia". La palabra se utiliza para los libros impresos en la infancia de la imprenta. Es decir, antes del año 1500.

—¿Tan antiguo es?

—Así de antiguo. Y precisamente estos tres inventos que acabamos de señalar, la brújula y la pólvora y la imprenta, fueron muy importantes para esa nueva época que llamamos Renacimiento.

—Eso me lo tienes que explicar mejor.

—La brújula facilitó la navegación, lo que significa que fue una importante base para los grandes descubrimientos. Lo mismo ocurrió en cierto modo con la pólvora. Las nuevas armas contribuyeron a que los europeos fueran militarmente superiores en relación con las culturas americanas y asiáticas. Pero también en Europa la pólvora tuvo mucha importancia. La imprenta fue importante en cuanto a la difusión de las nuevas ideas de los humanistas renacentistas, y también contribuyó a que la Iglesia perdiera su viejo monopolio como transmisora de conocimientos. Luego vinieron un sinnúmero de nuevos instrumentos; el catalejo, por ejemplo, fue un instrumento importante para el desarrollo de la astronomía.

—¿Y finalmente llegaron los cohetes y las naves espaciales?

—Estás avanzando demasiado deprisa. Sin embargo es verdad que en el Renacimiento se inició un proceso que finalmente llevó al hombre a la luna. Y también, a Hiroshima y a Chernobil. Pero todo empezó con una serie de cambios en los campos cultural y económico. Un factor importante fue la transición de la economía en especie a la economía monetaria. Hacia finales de la Edad Media habían surgido ciudades con emprendedores artesanos y comerciantes con nuevas mercancías, con economía monetaria y banca. Así emergió una burguesía que fue desarrollando una cierta libertad en relación a los condicionamientos de la naturaleza. Las necesidades vitales se convirtieron en algo que se podía comprar con dinero. Esta evolución favorecía la dedicación, la imaginación y la capacidad creativa del individuo, que se vio enfrentado a unas exigencias completamente nuevas.

—Esto recuerda un poco a la forma en que surgieron las ciudades griegas dos mil años antes.

—Quizás sí. Te expliqué cómo la filosofía griega se desprendió de una visión mítica del mundo que iba asociada a la cultura campesina. De esa manera los burgueses del renacimiento comenzaron a emanciparse de los señores feudales y del poder de la Iglesia. Esto ocurrió al mismo tiempo que se descubría la cultura griega debido a unas relaciones más estrechas con los árabes en España y con la cultura bizantina en el este.

—Los tres ríos de la Antigüedad confluyen en un gran río.

—Eres una alumna muy atenta. Esto bastará como introducción al Renacimiento. Te hablaré de las nuevas ideas.

—Empieza cuando quieras, pero tengo que ir a casa a comer.

Alberto se volvió a sentar por fin en el sofá. Miró a Sofía a los ojos.

—Ante todo, el Renacimiento dio lugar a una "*visión del hombre*". Los humanistas renacentistas tuvieron una nueva fe en el ser humano y en el valor del ser humano, algo que contrastaba fuertemente con el énfasis que había puesto siempre la Edad Media en la naturaleza pecaminosa del hombre. Ahora se consideraba al ser humano como algo grande y valioso. Una de las figuras principales del Renacimiento se llamó Ficino. Él exclamó: "Conócete a ti misma, oh estirpe divina vestida de humano". Y otro, Pico della Mirandola, escribió un *Diálogo de la dignidad del hombre*, algo que hubiera sido completamente impensable en la Edad Media, durante la cual únicamente se utilizaba a Dios como punto de partida. Los humanistas del Renacimiento pusieron al propio ser humano como punto de partida.

—Pero eso también lo hicieron los filósofos griegos.

—Precisamente por eso hablamos de un «*re-nacimiento*» del humanismo de la Antigüedad. No obstante, el Renacimiento se caracterizaba aún más por el "*individualismo*", de lo que se habían caracterizado las sociedades de la Antigüedad. No sólo somos personas, también somos individuos únicos. Esta idea podía conducir a un culto al genio. El ideal llegó a ser lo que llamamos "un hombre renacentista", expresión con la que se designa a una persona que participa en todos los campos de la vida, del arte y de la ciencia.

Esta nueva visión del hombre también se manifestaba en un interés por la anatomía del cuerpo humano. Se volvía a diseccionar a muertos, como se había hecho en la Antigüedad, con el fin de averiguar la composición del cuerpo. Esto resultó ser muy importante tanto para la medicina como para el arte. En el arte volvió a aparecer el desnudo, tras mil años de pudor. Los hombres se atrevieron a ser ellos mismos. Ya no tenían que avergonzarse.

—Suenas como una especie de borrachera —dijo Sofía, inclinándose sobre una pequeña mesa que había entre ella y el profesor de filosofía.

—Sin duda. La nueva visión del hombre trajo consigo un nuevo "ambiente vital". El ser humano no existía solamente para Dios. Dios había creado al hombre también para los propios hombres. De esta manera los hombres podían alegrarse de la vida aquí y ahora. Y en cuanto se permitió al ser humano desarrollarse libremente, éste tuvo posibilidades ilimitadas. La meta fue sobrepasar todos los límites. También ésta era una nueva idea en relación con el humanismo de la Antigüedad, que había señalado que el ser humano debería conservar la serenidad, la moderación y el control.

—¿Perdieron los humanistas del Renacimiento el control?

—Desde luego no fueron muy moderados. Tenían una especie de sensación de que el mundo despertaba de nuevo. Así surgió una pronunciada conciencia de época. Fue en ese período en el que se introdujo el nombre "edad media" para denominar todos aquellos siglos entre la Antigüedad y su propia época. Hubo un florecimiento impresionante en todos los campos, tales como el arte y la arquitectura, la literatura, la música, la filosofía

y la ciencia. Mencionaré un ejemplo concreto. Hemos hablado ya de la Roma de la Antigüedad, que tuvo los enorgullecidos apodosos de "ciudad de las ciudades" y "ombligo del mundo". Durante la Edad Media la ciudad decayó, y en 1417 esa ciudad, que había tenido en la Antigüedad más de un millón de habitantes, ya sólo contaba con 17.000.

—No muchos más de los que tiene Lillesand. Para los humanistas del Renacimiento, la reconstrucción de Roma se convirtió en un objetivo político y cultural. La obra más importante que se emprendió fue la edificación de la iglesia de San Pedro sobre la tumba del apóstol San Pedro. En lo que se refiere a esta iglesia difícilmente se puede hablar de moderación o control. Algunos de los principales personajes del Renacimiento participaron de alguna manera en ese enorme proyecto de construcción. Desde 1511 y durante 120 años se llevaron a cabo las obras de la iglesia, y aún tuvieron que pasar cincuenta años más hasta que la gran plaza de San Pedro estuvo acabada.

—¿Tiene que ser una iglesia enorme!

—De largo mide más de 200 metros, de alto 130 y tiene una superficie de más de 16.000 m². Pero ya hemos dicho suficiente de la osadía de los renacentistas. También tuvo mucha importancia el hecho de que el Renacimiento trajera consigo un nuevo concepto de la naturaleza. El hombre se sentía bien con su existencia, y dejó de considerar la vida en la Tierra como una mera preparación para la vida en el cielo, y esto creó una nueva actitud ante el mundo físico. La naturaleza fue considerada como algo positivo. Muchos pensaban que Dios estaba presente en la Creación. Es infinito, y por tanto también debe estar en todas partes. Tal interpretación se llama *panteísmo*. Los filósofos medievales habían subrayado ese enorme abismo que existía entre Dios y su Creación. Ahora se decía que la naturaleza era divina, o más aún, que era una "prolongación de Dios". Ideas nuevas como éstas no fueron siempre bien recibidas por la Iglesia. De eso tenemos un ejemplo dramático en lo que le sucedió a Giordano Bruno. No sólo declaró que Dios estaba presente en la naturaleza, sino que también dijo que el espacio era infinito. Y por ello le castigaron muy severamente.

—¿Cómo?

—Fue quemado en la plaza de las flores de Roma en el año 1600...

—¿Qué malos... ! ¡Y qué tontos... ! ¿Eso se llama humanismo?

—No, aquello no. El humanista era Bruno, no sus verdugos. Pero durante el Renacimiento también floreció lo que podemos llamar el "antihumanismo", y con eso quiero decir un poder eclesiástico y estatal autoritarios. Durante esta época abundaron también los procesos contra las brujas y la quema de herejes, la magia y la superstición, las sangrientas guerras de religión y, cómo no, también la brutal conquista de América. No obstante, el humanismo siempre ha tenido un fondo oscuro; ninguna época es del todo buena o del todo mala. El bien y el mal constituyen dos hilos que atraviesan la historia de la humanidad. Ya menudo se entrelazan. Esto nos lleva al siguiente tema clave,

que tiene que ver con el "nuevo método científico" que trajo también consigo el Renacimiento.

—¿Fue entonces cuando se construyeron las primeras fábricas?

—Todavía no. Pero el nuevo método científico fue una condición necesaria para toda la evolución técnica que tuvo lugar después del Renacimiento. Con «un nuevo método» quiero decir una actitud totalmente nueva ante lo que es la ciencia. Los frutos materiales de este nuevo método llegaron luego poco a poco.

—¿En qué consistía ese nuevo método?

—Consistía ante todo en investigar la naturaleza con los propios sentidos. Ya desde el siglo XIV había cada vez más voces que advertían contra la fe ciega en las viejas autoridades. Tales autoridades podían ser los dogmas de la Iglesia, así como la filosofía de la naturaleza de Aristóteles. También advertían del peligro de creer que los problemas pueden resolverse con una mera reflexión. Esa fe exagerada en la importancia de la razón había dominado durante toda la Edad Media. Ahora empezó a decirse que cualquier investigación de la naturaleza tenía que basarse en la observación, la experiencia y el experimento. Esto es lo que llamamos "método empírico".

—¿Qué significa eso?

—Eso significa simplemente que uno basa sus conocimientos de las cosas en su propia experiencia; es decir, ni en papeles polvorientos ni en quimeras. También en la Antigüedad se hacía una ciencia empírica. Aristóteles, por ejemplo, recogió muchas e importantes observaciones sobre la naturaleza. Pero los "experimentos sistemáticos" constituían una completa novedad.

—No tendrían aparatos técnicos como los de hoy...

—Naturalmente no tenían ni calculadoras ni balanzas electrónicas. Pero tenían las matemáticas y balanzas de otro tipo. Se ponía gran énfasis en la importancia de expresar las observaciones científicas en un lenguaje matemático exacto. "Mide lo que se pueda medir, y lo que no se pueda medir, hazlo medible", dijo Galileo Galilei, que fue uno de los científicos más importantes del siglo XVI. También dijo que "el libro de la naturaleza está escrito en un lenguaje matemático".

—¿Todos aquellos experimentos y mediciones abrieron el camino a los nuevos inventos?

—La fase primera fue un nuevo método científico, que abrió el camino a la revolución técnica, y el progreso técnico abrió el camino a todos los inventos que llegaron después. Podríamos decir que los hombres habían empezado a independizarse de las condiciones de la naturaleza. La naturaleza no era ya sólo algo de lo que el hombre formaba parte, sino algo que se podía utilizar y aprovechar. "Saber es poder", dijo el filósofo inglés Francis Bacon, subrayando de este modo la utilidad práctica del saber. Esto era algo nuevo. Los seres humanos comenzaron a intervenir en la naturaleza y a dominarla.

—Pero no solamente con fines positivos...

—No, por eso decíamos lo de los hilos buenos y malos que constantemente se entremezclan en todo lo que hace el hombre. La apertura técnica que se inició en el Renacimiento derivó hacia telares mecánicos y desempleo, medicinas y nuevas enfermedades, una mayor eficacia de la agricultura y un empobrecimiento de la naturaleza, electrodomésticos como lavadoras y frigoríficos, pero también contaminación y basuras. Teniendo en cuenta las grandes amenazas a que se enfrenta hoy en día el medio ambiente, muchos consideran el progreso técnico como un peligroso desvío de las condiciones de la naturaleza.

Se dice que los hombres hemos puesto en marcha un proceso que ya no somos capaces de controlar. Otras almas más optimistas opinan que todavía vivimos en la infancia de la tecnología.

Que es cierto que la civilización tecnológica ha tenido enfermedades infantiles, pero que poco a poco los hombres aprenderán a dominar la naturaleza sin, al mismo tiempo, amenazarla de muerte.

—¿Qué crees tú personalmente?

—Que quizás los dos puntos de vista tengan algo de razón. En algunas cosas los hombres deben dejar de intervenir en la naturaleza, en otras lo podemos hacer con ventaja. De lo que no cabe ninguna duda es de que no hay ningún camino que retorne a la Edad Media. Desde el Renacimiento el hombre ya no es sólo una parte de la Creación, sino que ha comenzado a intervenir directamente en la naturaleza y a formarla a su imagen y semejanza. Eso te dice algo sobre la maravillosa criatura que es el ser humano.

—Ya hemos estado en la luna. En la Edad Media nadie podía imaginar que eso fuera posible, ¿verdad?

—No, de eso puedes estar completamente segura. Y esto nos lleva a otro tema: "la nueva visión del mundo". Durante toda la Edad Media los hombres habían caminado bajo el cielo mirando hacia arriba al sol y a la luna, a las estrellas y a los planetas. Pero nadie había dudado de que la Tierra fuera el centro del universo. Ninguna observación había dado lugar a que se dudase de que la Tierra estaba quieta y que fuesen los cuerpos celestes los que daban vueltas alrededor de ella. A esto lo llamamos "visión geocéntrica del mundo", es decir, que todo gira alrededor de la Tierra. También la idea cristiana de que Dios dominaba sobre todos los cuerpos celestes contribuyó a mantener esta visión del mundo.

—Me gustaría que fuera así de sencillo.

—Pero en 1543 salió un librito que se llamaba *Sobre las revoluciones de los orbes celestes*, escrito por el astrónomo polaco Copérnico, que murió el mismo día que salió el libro. Copérnico sostuvo que no era el sol el que giraba en órbita alrededor de la Tierra, sino al revés. Opinaba que esto era posible basándonos en las observaciones de que se disponía sobre los astros. El que los hombres hubieran pensado que el sol se movía en una órbita alrededor de la Tierra se debía simplemente a que la Tierra gira alrededor de su

propio eje, decía. Señaló que todas las observaciones de los astros eran mucho más fáciles de comprender si se suponía que tanto la Tierra como los demás planetas se movían en órbitas circulares alrededor del sol. Es lo que llamamos "visión heliocéntrica del mundo", es decir, que todo gira alrededor del sol.

—¿Y esa era una visión correcta del mundo?

—No del todo. Su punto principal, es decir, que la Tierra se mueve en una órbita alrededor del sol, es evidentemente correcto. Pero también dijo que el sol era el centro del universo. Hoy sabemos que el sol no es más que uno de los innumerables astros, y que todas las estrellas próximas que nos rodean sólo constituyen una entre miles de millones de galaxias. Copérnico creía además que la Tierra y los demás planetas hacían movimientos circulares alrededor del sol.

—¿Y no es así?

—No, para lo de los movimientos circulares no contaba con otra base que aquella vieja idea de que los astros eran completamente redondos y se movían con movimientos circulares simplemente porque eran «celestiales». Desde los tiempos de Platón la esfera y el círculo se habían considerado las figuras geométricas más perfectas. No obstante, a principios del siglo XVII el astrónomo alemán Johannes Kepler presentó los resultados de unas extensas observaciones que demostraban que los planetas recorren órbitas elípticas, u ovaladas, con el sol en uno de los focos. También dijo que la velocidad de los planetas es mayor cuando están más cerca del sol, y que un planeta se mueve más lentamente cuanto más lejos del sol se encuentra su órbita. Kepler fue el primero en opinar que la Tierra es un planeta en igualdad con los demás planetas. Subrayó además que regían las mismas leyes físicas en todo el universo.

—¿Cómo podía estar seguro de eso?

—Podía estar seguro porque había estudiado los movimientos de los planetas con sus propios sentidos en lugar de fiarse ciegamente de las tradiciones de la Antigüedad. Casi al mismo tiempo que Kepler, vivió el famoso científico italiano Galileo Galilei. También él observaba los astros con telescopio. Estudió los cráteres de la luna e hizo ver que ésta tenía montañas y valles como la Tierra. Galileo descubrió además que el planeta Júpiter tenía cuatro lunas. Esto quería decir que la Tierra no era la única que tenía una luna. No obstante, lo más importante de todo lo que hizo Galileo fue formular la llamada *ley de la inercia*.

—¿Qué dice esa ley?

—Galileo la formuló así: "La velocidad que ha adquirido un cuerpo se mantendrá constante mientras no haya causas exteriores de aceleración o deceleración".

—Por mí, vale.

—Pero es una importante observación. Desde la Antigüedad, uno de los argumentos más importantes en contra de la idea de que la Tierra se moviera alrededor de su propio eje había sido que, en ese caso, la Tierra tendría que moverse tan rápidamente que una

piedra que se echara al aire hacia arriba caería a muchísimos metros del lugar desde el que había sido lanzada.

—¿Y por qué no es así?

—Si estás sentada en un tren y se te cae una manzana, la manzana no cae hacia atrás en el compartimento sólo porque el tren se mueva. Cae directamente al suelo, y eso se debe a la ley de la inercia. La manzana conserva exactamente la misma velocidad que tenía antes de que tú la soltaras.

—Creo que lo entiendo.

—En los tiempos de Galileo no había trenes. Pero si vas empujando una bola por el suelo y la sueltas de repente...

—... entonces la bola seguirá rodando...

—... porque se conserva la velocidad también después de que sueltes la bola.

—Pero al final se para, si la habitación es suficientemente larga.

—Es porque otras fuerzas frenan la velocidad. En primer lugar la frena el suelo, sobre todo si es un suelo áspero de madera no pulida. Pero antes o después la gravedad también parará la bola. Espera, te voy a enseñar una cosa.

Alberto Knox se levantó y se fue hasta el viejo escritorio. De uno de los cajones sacó algo que colocó sobre la mesa del salón. Era un tablero de madera de unos milímetros de espesor por un extremo y muy fino por el otro. Junto al tablero de madera, que cubría casi toda la mesa, colocó una canica verde.

—Esto se llama un plano inclinado —dijo—. ¿Qué crees que va a suceder si suelto la canica desde aquí arriba donde el plano es más grueso?

Sofía suspiró resignada.

—Apuesto diez coronas a que rodará hasta la mesa y al final hasta el suelo.

—Vamos a ver.

Alberto soltó la canica, que hizo exactamente lo que Sofía había dicho. Rodó hasta la mesa y desde allí cayó al suelo con un pequeño estallido para, finalmente, ir a dar contra la pared de la entrada.

—Impresionante —dijo Sofía.

—¿Verdad que sí? Galileo se dedicaba precisamente a hacer este tipo de experimentos.

—¿De verdad era tan tonto?

—Tranquila. Quería investigar todo con sus propios sentidos, y sólo acabamos de empezar. Dime primero por qué rodaba la canica por el plano inclinado

—Empezó a rodar porque era pesada.

—Bien. ¿Y qué es en realidad el peso, hija mía?

—Qué pregunta más tonta.

—No es una pregunta tonta si no eres capaz de contestarla. ¿Por qué rodó la canica hasta el suelo?

—Debido a la fuerza de la gravedad.

—Exactamente, o a la gravitación, como también se dice. Entonces el peso tiene algo que ver con la fuerza de la gravedad. Fue *esa* fuerza la que puso la canica en movimiento.

Alberto ya había recogido la canica del suelo. Estaba agachado sobre el plano inclinado con la canica en la mano.

—Ahora intentaré lanzar la canica rodando hacia un lado del plano inclinado. Observa con atención la manera en que se mueve la canica.

Se inclinó más y apuntó. Intentó hacer rodar la canica hacia un lado del tablero inclinado. Sofía vio cómo la canica, poco a poco, iba desviándose hacia la parte de abajo del plano inclinado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alberto.

—Se desvía porque el plano es inclinado.

—Ahora pintaré la canica con un rotulador... así veremos exactamente lo que quieres decir con "desviarse".

Sacó un rotulador y coloreó toda la canica de negro. La hizo rodar de nuevo. Ahora Sofía pudo ver exactamente por dónde había rodado la canica en el plano inclinado, porque había ido dejando una línea negra sobre el plano.

—¿Cómo describirías el movimiento de la canica? —preguntó Alberto.

—Es curvo... parece parte de un círculo.

—¡Ahora lo has dicho!

Alberto la miró y frunció el ceño.

—Aunque no es del todo un círculo. Esa figura se llama parábola.

—Si tú lo dices...

—¿Pero *por qué* se mueve la canica exactamente de esa manera?

Sofía lo pensó detenidamente. Al final dijo:

—Porque como el tablero tiene una inclinación, la canica es atraída hacia el suelo por la fuerza de la gravedad.

—¿Verdad que sí? Esto es verdaderamente sensacional. Yo traigo a una niña cualquiera a mi ático y ella se da cuenta exactamente de lo mismo que Galileo tras un solo intento.

Ya continuación comenzó a aplaudir. Durante un instante Sofía tuvo miedo de que se hubiera vuelto loco. Él prosiguió.

—Has visto lo que pasa cuando dos fuerzas actúan simultáneamente sobre un mismo objeto. Galileo descubrió que esto también pasaba, por ejemplo, con una bala de cañón. Se dispara al aire y sigue su curso por encima del suelo, pero poco a poco va siendo atraída hacia la tierra. Describe una trayectoria que corresponde a la de la canica sobre el plano inclinado. De hecho éste fue un nuevo descubrimiento en los tiempos de Galileo. Aristóteles creía que un proyectil que se lanza al aire oblicuamente hacia arriba seguía primero una curva suave, pero que al final caía verticalmente a la tierra. No era así, pero no se pudo saber que Aristóteles estaba equivocado hasta que pudo «demostrarse».

—Lo que tu digas. ¿Pero es esto muy importante?

—¿Qué si es importante?, ¡ya lo creo! Esto tiene una importancia cósmica, hija mía. Entre todos los descubrimientos científicos de la historia de la humanidad, éste es de los más importantes.

—Entonces supongo que pronto me contarás por qué.

—Luego llegó el físico inglés Isaac Newton, que vivió de 1642 a 1727. Él fue quien aportó la descripción definitiva del sistema solar y de los movimientos de los planetas. No sólo explicó cómo se mueven los planetas alrededor del sol, sino que también pudo explicar con exactitud *por qué* se mueven así. Lo pudo hacer utilizando, entre otras cosas, lo que llamamos «dinámica de Galileo».

—¿Los planetas son canicas sobre un plano inclinado?

—Sí, algo así, pero espera un poco, Sofía.

—No tengo elección.

—Ya Kepler había señalado que debía de existir una fuerza que hacía que los astros se atrajeran unos a otros. Tenía que existir, por ejemplo, una fuerza del sol que mantuviera los planetas fijos en sus órbitas. Una fuerza de ese tipo podría explicar además por qué los planetas se mueven más lentamente en su órbita alrededor del sol cuanto más lejos se encuentran del mismo. Kepler también pensaba que la marea alta y la marea baja, es decir, el que la superficie del mar suba y baje, tenía que deberse a alguna fuerza de la luna.

—Y es verdad.

—Sí, es verdad. Pero Galileo lo rechazaba. Se burlaba de Kepler, que había «dado su consentimiento a la idea de que la luna domina el agua». Eso era porque Galileo negaba la idea de que semejantes fuerzas de gravitación pudieran actuar a grandes distancias y por tanto *entre* los distintos astros.

—Entonces se equivocó.

—Sí, en este punto se equivocó. Y resulta curioso en él, porque tenía mucho interés por la gravedad de la Tierra y por la caída de los cuerpos a la tierra. Además había señalado cómo varias fuerzas pueden dirigir los movimientos de un cuerpo.

—Pero dijiste algo de Newton.

—Sí, luego llegó Newton. Formuló lo que llamamos *ley de la gravitación universal*. Esta ley dice que cualquier objeto atrae a cualquier otro objeto con una fuerza que aumenta cuanto más grandes sean los objetos y que disminuye cuanto más distancia haya entre los objetos.

—Creo que lo comprendo. Por ejemplo, que hay una mayor atracción entre dos elefantes que entre dos ratones. Y que hay una mayor atracción entre dos elefantes en el mismo zoológico que entre un elefante indio en la India y un elefante africano en África.

—Entonces lo has comprendido. Y ahora llega lo más importante. Newton señaló que esta atracción, o gravitación, es universal. Es decir, que tiene la misma validez en todas partes, también en el espacio entre los astros. Se dice que esta idea se le ocurrió una vez

que estaba sentado bajo un manzano. Al ver caer una manzana del árbol, tuvo que preguntarse si la luna era atraída hacia la Tierra por la misma fuerza y si era por eso por lo que la luna seguía dando vueltas y vueltas alrededor de la Tierra eternamente.

—Muy listo, pero no tanto.

—¿Por qué no, Sofía?

—Si la luna fuera atraída hacia la Tierra por la misma fuerza que hace caer la manzana, entonces la luna acabaría por caer a la Tierra en lugar de dar vueltas...

—Nos estamos acercando a las leyes de Newton referentes a los movimientos de los planetas. En cuanto a cómo la gravedad de la Tierra atrae a la luna, tienes razón en un cincuenta por ciento, pero te equivocas en otro cincuenta por ciento. ¿Por qué no cae la luna a la Tierra, Sofía? Porque la verdad es que la gravitación de la Tierra realmente atrae a la luna con una inmensa fuerza. Basta con pensar en las enormes fuerzas que se necesitan para levantar el mar un metro o dos en marea alta.

—No, eso no lo entiendo.

—Piensa entonces en el plano inclinado de Galileo. ¿Qué pasó cuando hice rodar la canica por el plano inclinado?

—¿Actúan entonces sobre la luna dos fuerzas distintas?

—Exacto. Una vez, cuando surgió el sistema solar, la luna fue arrojada lejos de la Tierra con una fuerza enorme. Conservará eternamente esa fuerza porque se mueve en un espacio sin aire y sin resistencia...

—¿Pero entonces es atraída hacia la Tierra debido a la fuerza de la gravedad de ésta?

—Exactamente. Las dos fuerzas son constantes, y las dos actúan al mismo tiempo. Por eso la luna seguirá en su órbita alrededor de la Tierra.

—¿Tan sencillo es?

—Tan sencillo es, y era precisamente esa "*sencillez*" la que quería destacar Newton. Señaló que algunas leyes físicas tienen validez en todo el universo. En cuanto a los movimientos de los planetas, sólo había utilizado dos leyes ya señaladas por Galileo. Una era la ley de la inercia, que en palabras de Newton dice así: "Todo cuerpo sigue en su estado de reposo o de movimiento rectilíneo uniforme mientras no sea obligado a dejar ese estado por la acción de fuerzas exteriores". La otra ley la había demostrado Galileo con canicas sobre un plano inclinado: «cuando dos fuerzas actúan al mismo tiempo sobre un cuerpo, los cuerpos se moverán en una órbita elíptica.»

—Y con esto Newton pudo explicar por qué todos los planetas giran en órbita alrededor del sol.

—Exactamente. Todos los planetas se mueven en órbitas elípticas alrededor del sol como resultado de dos movimientos diferentes: el primero es el movimiento rectilíneo que adquirieron al formarse el sistema solar, y el segundo es un movimiento en dirección al sol como consecuencia de la gravitación o fuerza de la gravedad.

—Muy listo.

—Ya lo creo. Newton demostró que las mismas leyes que rigen para los movimientos de los cuerpos rigen en todo el universo, y con ello hizo desaparecer las viejas ideas medievales de que en el cielo rigen distintas leyes que aquí en la Tierra.

La visión heliocéntrica del mundo había recibido su definitiva confirmación y su definitiva explicación.

Alberto se levantó y colocó el plano inclinado en el cajón del que lo había sacado. Se inclinó y recogió la canica del suelo, pero simplemente la dejó en la mesa.

A Sofía le parecía que habían sacado muchísimo provecho de un tablero inclinado y una canica. Se quedó mirando la canica verde, que aún estaba un poco negra debido al rotulador, y no pudo evitar pensar en el planeta. Dijo:

—¿Y los seres humanos tuvieron que aceptar que vivían en un planeta cualquiera en el gran espacio?

—Sí, de alguna manera la nueva visión del mundo fue una dura prueba para muchos. La situación puede compararse con lo que pasó cuando Darwin más adelante demostró que los hombres habían evolucionado de los animales. En ambos casos los seres humanos pierden algo de su situación especial en la Creación. En ambos casos la Iglesia opuso una gran resistencia.

—Eso es comprensible, porque ¿dónde queda Dios en todo esto? Debía de ser un poco más sencillo todo cuando la Tierra era el centro y Dios y todos los cuerpos celestes se encontraban en el piso de arriba.

—Y sin embargo no fue éste el mayor reto. Cuando Newton señaló que las mismas leyes físicas rigen en todo el universo podría pensarse que al mismo tiempo estaba planteando dudas sobre la omnipotencia de Dios. Pero la fe de Newton no se alteró. Consideró la naturaleza un testimonio del Dios grande y todopoderoso. Peor fue quizás la imagen que la gente tenía de sí misma.

—¿Qué quieres decir?

—Desde el Renacimiento el hombre ha tenido que habituarse a la idea de que vive su vida en un planeta casual en el inmenso espacio. No sé si nos hemos habituado todavía. Pero ya en el Renacimiento alguien señaló que ahora cada individuo tendría un lugar más central que antes.

—Eso no lo entiendo.

—Antes la Tierra había sido el centro del mundo. Pero cuando los astrónomos declararon que no había ningún centro absoluto en el universo, entonces surgieron tantos centros como individuos.

—Entiendo.

—El Renacimiento también dio lugar a una "*nueva relación con Dios*". A medida que la filosofía y la ciencia se iban independizando de la teología, iba surgiendo una nueva devoción cristiana. Y luego llegó el Renacimiento con su visión individualista del hombre, que también tuvo sus repercusiones en la vida de la fe. La relación del individuo con Dios

se volvía ahora mucho más importante que la relación con la Iglesia como organización.

—¿Por ejemplo la oración de la noche?

—Sí, eso también. En la Iglesia católica de la Edad Media, la liturgia en latín y las oraciones rituales habían constituido la columna vertebral de los oficios divinos. Sólo los sacerdotes y los frailes leían la Biblia, porque sólo existía en latín. Pero a partir del Renacimiento la Biblia se tradujo del hebreo y del latín a las lenguas vulgares, lo que tuvo mucha importancia para lo que llamamos Reforma.

—Martín Lutero...

—Sí, Lutero fue importante, pero no fue el único reformador. También hubo reformadores eclesiásticos que optaron por quedarse dentro de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Uno de ellos fue Erasmo de Rotterdam.

—¿Lutero rompió con la Iglesia católica porque no quería pagar las indulgencias?

—Eso también, pero se trató de algo mucho más importante. Según Lutero, el hombre no necesita pasar a través de la Iglesia o de sus sacerdotes para recibir el perdón de Dios. Y el perdón de Dios aún dependía menos de pagar o no las indulgencias a la Iglesia. El llamado comercio de las indulgencias se prohibió también dentro de la Iglesia católica a mediados del siglo XVI.

—Seguro que Dios se alegró de eso.

—Lutero se distanció de muchos hábitos y costumbres religiosos que habían entrado en la Iglesia en el transcurso de la Edad Media. Quería volver al cristianismo original, tal como lo encontramos en el Nuevo Testamento. "Únicamente las Escrituras", dijo. Con esta consigna Lutero deseaba volver a las fuentes del cristianismo, de la misma manera que los humanistas del Renacimiento querían volver a las fuentes de la Antigüedad en el arte y la cultura. Tradujo la Biblia al alemán y fundó con ello la lengua alemana escrita. Cada uno podía leer la Biblia y de alguna manera ser su propio sacerdote.

—¿Su propio sacerdote? ¿No era eso exagerar demasiado?

—Él pensaba que los sacerdotes no tenían ninguna posición especial respecto a Dios. También las congregaciones luteranas, por razones prácticas, tenían sacerdotes que hacían los oficios religiosos y llevaban los asuntos eclesiásticos a diario, pero Lutero pensaba que el hombre no recibía la absolución y la salvación a través de los ritos de la Iglesia. Los hombres reciben la salvación totalmente gratis mediante la fe, decía. Llegó a esta conclusión leyendo la Biblia.

—¿Y Lutero se convirtió en un hombre típicamente renacentista?

—Sí y no. Un rasgo típicamente renacentista en él era el énfasis que ponía en el individuo y en la relación personal del individuo con Dios. A los 35 años aprendió griego y comenzó la dificultosa labor de traducir la Biblia al alemán. El paso del latín a la lengua popular también fue típico del Renacimiento. Pero Lutero no era renacentista como lo fueron Ficino o Leonardo da Vinci. También fue refutado por humanistas como Erasmo de Rotterdam porque opinaban que Lutero tenía un concepto demasiado negativo del ser

humano, que estaba convencido de que el hombre había quedado totalmente destruido tras el pecado original. El hombre puede legitimarse únicamente por la gracia de Dios. Porque la suerte del pecado es la muerte.

—Suenan un poco triste.

Alberto Knox se levantó, recogió la canica verde y negra de la mesa y se la metió en el bolsillo de la camisa.

—¡Son más de las cuatro! —exclamó Sofía.

—Y la próxima gran época en la historia de los seres humanos es el Barroco. Pero eso lo guardaremos para otro día, mi querida Hilde.

—¿Qué has dicho?

Sofía se levantó de un salto del sillón.

—¡Has dicho "Querida Hilde"!

—Ha sido un lapsus.

—Pero los lapsus no son nunca del todo fortuitos.

—Quizás tengas razón. A lo mejor es el padre de Hilde el que ha empezado a ponernos las palabras en la boca. Creo que aprovecha la situación cuando estamos agotados, que es cuando menos fuerzas tenemos para defendernos.

—Has dicho que no eres el padre de Hilde. ¿Me prometes que eso es verdad?

Alberto asintió.

—¿Pero yo soy Hilde?

—Estoy cansado, Sofía, tienes que entenderlo. Llevamos aquí más de dos horas y he hablado yo casi todo el tiempo. ¿No tenías que ir a casa a comer?

Sofía casi tuvo la sensación de que la estaba echando. Cuando se dirigía hacia la salida pensó en cómo se había ido de la lengua Alberto. Él la siguió.

Bajo un perchero donde había colgado un montón de ropa curiosa, que recordaba a disfraces de teatro, estaba Hermes dormido. Alberto señaló al perro y dijo:

—Él te irá a buscar.

—Gracias por todo —dijo Sofía.

Dio un saltito y abrazó a Alberto.

—Eres el profesor de filosofía más listo y bueno que jamás he tenido —dijo

Abrió la puerta y en el momento de volverse a cerrar tras ella, Alberto dijo:

—No tardaremos mucho en volvernos a ver, Hilde.

Y con estas palabras Sofía quedó sola de nuevo.

¡Había vuelto a equivocarse, el granuja! Sofía tuvo ganas de volver a llamar a la puerta, pero algo la retuvo.

Ya abajo en la calle se acordó de repente de que no llevaba nada de dinero, lo que significaba que tendría que volver andando a casa. Estaba muy lejos. ¡Qué paliza! Seguro que su madre se preocuparía y se enfadaría si no volvía antes de las seis.

Apenas había dado algunos pasos cuando descubrió una moneda de diez coronas en

el suelo.

Un billete de autobús con derecho a un transbordo costaba exactamente diez coronas.

Encontró la parada y cogió un autobús que la llevó a la Plaza Mayor, desde donde podía coger otro autobús que la llevaría casi hasta casa.

Esperando el autobús en la Plaza Mayor se le ocurrió de repente la suerte que había tenido al encontrar una moneda de diez coronas precisamente cuando tanto lo necesitaba. ¿No sería el padre de Hilde quien lo había colocado allí? Pues era un experto en colocar objetos diversos en sitios sumamente oportunos. ¿Pero cómo podía haberlo hecho si estaba en el Líbano? ¿Y por qué Alberto se había equivocado de nombre? No una sola vez, sino dos. Sofía sintió un escalofrío por la espalda.

La época barroca

... del mismo material del que se tejen los sueños...

Pasaron unos días sin que Sofía supiera nada de Alberto, pero miraba en el jardín varias veces al día para ver si venía Hermes. Había contado a su madre que el perro encontró el camino de vuelta por su cuenta y que el dueño la había invitado a entrar en su casa, que era un viejo profesor de física y que le había explicado el sistema solar y la nueva ciencia que surgió en el siglo XVI.

A Jorunn le contó más cosas: la visita a casa de Alberto, la postal en el portal y las diez coronas que encontró de camino a casa.

El martes 29 de mayo Sofía estaba en la cocina secando los cacharros mientras su madre se había ido al salón para ver el telediario. De repente oyó en la televisión que un mayor del batallón noruego de las Naciones Unidas había sido alcanzado y matado por una granada.

Sofía dejó caer el trapo de secar sobre el banco de la cocina y corrió al salón. Durante unos instantes pudo ver la foto del soldado de las Naciones Unidas en la pantalla antes de que el telediario pasara a otros temas.

—¡Oh no! —exclamó.

La madre se volvió hacia su hija.

—Pues sí, la guerra es cruel.

Entonces Sofía se echó a llorar.

—Pero Sofía, hija, no te lo tomes así.

—¡Dijeron su nombre!

—Sí, pero no me acuerdo. Era de Grimstad, creo.

—Eso es lo mismo que Lillesand, ¿verdad?

—¡Qué cosas dices!

—Si eres de Grimstad a lo mejor vas al colegio en Lillesand.

Ya no lloraba. Ahora fue la madre la que reaccionó. Se levantó del sillón y apagó la televisión.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Sofía?

—No es nada...

—¡Si, algo pasa! Tienes un amigo, y empiezo a pensar que es muchísimo mayor que tú. Contéstame, ¿conoces a algún hombre que esté en el Líbano?

—No, no exactamente...

—¿Has conocido al hijo de alguien que está en el Líbano?

—Que no, que no he dicho. Ni siquiera he conocido a su hija.

—¿A la hija de quién?

—No es asunto tuyo.

—¿Ah, no?

—Quizás debería yo empezar a hacerte preguntas a ti. ¿Por qué no está papá nunca en casa? ¿Es porque sois demasiado cobardes para divorciaros? ¿O es que tienes un amigo secreto? Etcétera, etcétera, etcétera. Las dos podemos ponernos a preguntar.

—Creo que es necesario que hablemos.

—Puede ser. Pero ahora estoy tan cansada y tan agotada que me voy a acostar.

Además me ha venido la regla.

Y subió corriendo a su habitación, a punto de echarse a llorar.

En cuanto se hubo lavado y metido bajo el edredón, la madre entró en su habitación.

Sofía se hizo la dormida, aunque sabía que su madre no se lo iba a creer. Se dio cuenta de que su madre tampoco creía que Sofía pensara que su madre creía que estaba dormida. Pero también la madre hizo como si Sofía durmiera. Se quedó sentada en el borde de la cama acariciándole la nuca. Sofía pensó en lo complicado que resultaba vivir dos vidas a la vez.

Casi deseaba que se acabara el curso de filosofía. Quizás hubiese acabado para su cumpleaños, o al menos para el día de San Juan, que era cuando el padre de Hilde volvería del Líbano...

—Quiero dar una fiesta el día de mi cumpleaños —dijo de repente.

—¿Qué bien! ¿A quiénes quieres invitar?

—A mucha gente. ¿Me dejas?

—Claro que sí. Tenemos un jardín muy grande... Ojalá siga el buen tiempo.

—Lo que más me gustaría sería celebrarlo la noche de San Juan.

—Entonces así lo haremos.

—Es un día muy importante —dijo Sofía, no pensando únicamente en su cumpleaños.

—Ah sí...

—Me parece que me he hecho muy mayor últimamente.

—Eso está bien, ¿no?

—No lo sé.

Todo el tiempo Sofía había mantenido la cara contra la almohada mientras hablaba. La madre dijo:

—Sofía, ¿por qué no me cuentas por qué estás tan... tan desequilibrada estos días?

—¿Tu no estabas desequilibrada cuando tenías quince años?

—Seguramente lo estuve. Pero sabes de lo que estoy hablando.

Sofía se volvió hacia su madre.

—El perro se llama Hermes —dijo.

—¿Ah sí?

—Pertenece a un señor que se llama Alberto.

—Bueno.

—Vive en el casco antiguo.

—¿Tan lejos acompañaste al perro?

—Pero eso no importa.

—¿No dijiste que ese mismo perro ya había estado aquí varias veces?

—¿Dije eso?

Tenía que pensar antes de hablar. Quería contar todo lo que pudiera a su madre, pero no todo todo.

—No estás casi nunca en casa —empezó a decir.

—Es verdad, estoy demasiado ocupada.

—Alberto y Hermes han estado aquí muchas veces.

—¿Pero por qué? ¿Han estado dentro de casa también?

—Hazme una pregunta cada vez, por favor. No han estado dentro de casa. Pero pasean a menudo por el bosque. ¿Te parece eso muy misterioso?

—No, no tiene nada de misterioso.

—Como tantos otros, paseando pasaron por delante de nuestra verja. Saludé a Hermes un día que volvía del instituto. Así conocí a Alberto.

—¿Y qué pasa con el conejo blanco y todo eso?

—Eso es algo que dijo Alberto. Es un filósofo de verdad. Me ha hablado de todos los filósofos.

—¿Por encima de la valla del jardín?

—Nos hemos sentado, claro. Pero también me ha escrito cartas, muchas cartas, a decir verdad. Algunas veces las cartas han llegado con el cartero, otras veces simplemente las ha dejado en el buzón cuando iba de paseo.

—¿Conque ésas eran las "cartas de amor" de las que hablamos?

—Sólo que no eran cartas de amor.

—¿Sólo ha escrito sobre los filósofos?

—Pues fijate que sí. Y he aprendido más con él que en ocho años de colegio. ¿Tú has oído hablar, por ejemplo, de Giordano Bruno, que fue quemado en la hoguera en el año 1600? ¿O de la ley de la gravitación de Newton?

—No, hay tantas cosas que yo no sé...

—Si te conozco bien, ni siquiera sabes por qué la Tierra se mueve en órbita alrededor del sol, y eso que se trata de tu propio planeta.

—¿Qué edad tiene aproximadamente?

—Ni idea. Por lo menos cincuenta años.

—¿Pero qué tiene que ver con el Líbano?

Esa pregunta era peor. Sofía pensó diez cosas a la vez. Y luego escogió la única que le serviría.

—Alberto tiene un hermano que es mayor del batallón de las Naciones Unidas. Es de Lillesand. Quizás fue él quien vivía en la Cabaña del Mayor.

—Alberto, ¿no es un nombre un poco extraño aquí en Noruega?

—Puede ser.

—Suena a italiano.

—Lo sé. Casi todo lo que tiene importancia viene de Grecia o de Italia.

—¿Pero habla noruego?

—Como tú y como yo.

—¿Sabes lo que pienso, Sofía?: deberías invitar a ese Alberto a casa. Yo nunca he conocido a ningún filósofo de verdad.

—Ya veremos.

—Podríamos invitarle a tu gran fiesta. Es bonito mezclar generaciones. Y así a lo mejor yo también podría participar, al menos para servir las cosas. ¿No es mala idea, verdad?

—Si él quiere... Al menos es mucho más interesante hablar con él que con los chicos de mi clase. Pero...

—¿Qué?

—Pensarán que Alberto es tu nuevo novio.

—Entonces les puedes decir que no lo es.

—Ya veremos.

—Sí, ya veremos. Y otra cosa, Sofía: es verdad que papá y yo a veces hemos tenido problemas, pero nunca ha habido ningún otro hombre.

—Ahora quiero dormir. Me duele muchísimo la tripa.

—¿Quieres una pastilla?

—Vale.

Cuando volvió la madre con la pastilla y el vaso de agua, Sofía ya se había dormido.

El 31 de mayo cayó en jueves. Sofía pasó aburrida las últimas clases del curso. Había mejorado en algunas materias después de iniciar el curso de filosofía. Solía oscilar entre el sobresaliente y el notable en la mayor parte de las asignaturas, pero ese último mes había tenido un sobresaliente tanto en el control de sociales como en una redacción hecha en casa. Las matemáticas se le daban peor.

En la última clase les devolvieron una redacción escrita en el colegio. Sofía había elegido un tema que trataba de "El hombre y la tecnología".

Había escrito un montón sobre el Renacimiento y la ciencia, sobre el nuevo concepto de la naturaleza, sobre Francis Bacon, que había dicho que "saber es poder", y sobre el nuevo método científico. Se había esforzado en precisar que el método empírico había precedido a los inventos tecnológicos. Luego había escrito sobre diversos factores negativos de la tecnología. Pero todo lo que hacen los hombres se puede utilizar para bien o para mal, había escrito al final. Lo bueno y lo malo es como un hilo blanco y un hilo

negro que constantemente se entretejen, y a veces los dos hilos se entrelazan tanto que resulta imposible distinguirlos.

Cuando el profesor repartió los cuadernos miró a Sofía guiñándole un ojo.

Le había puesto un sobresaliente y el siguiente comentario: «¿De dónde has sacado todo esto?».

Sofía sacó un rotulador y escribió con letras mayúsculas en el cuaderno: "ESTOY ESTUDIANDO FILOSOFÍA".

Al cerrar el cuaderno algo cayó de entre las páginas. Era una postal del Líbano.

Sofía se inclinó sobre el pupitre y leyó la postal.

Querida Hilde. Cuando leas esto ya habremos hablado por teléfono sobre ese trágico accidente mortal ocurrido aquí. (Referencia a la noticia que Sofía había escuchado en la TV) A veces me pregunto si las guerras podrían haberse evitado si los hombres hubieran pensado un poco más. Quizás el mayor recurso contra guerras y violencia fuera un pequeño curso de filosofía. ¿Qué te parecería un "Manual de Filosofía de las Naciones Unidas", del que se pudiera regalar un ejemplar a todos los nuevos ciudadanos del mundo en su lengua materna? Sugeriré la idea al Secretario de las Naciones Unidas. Me contaste por teléfono que ya cuidas mejor de tus cosas. Muy bien. Pues nunca he conocido a nadie con más facilidad que tú para perderlas. Me dijiste que lo único que habías perdido desde que hablamos la última vez era una moneda de diez coronas.

Haré lo posible para que la recuperes. Yo estoy lejos de la patria, pero tengo algún ayudante que otro que me puede echar una mano. (Si encuentro la moneda de diez coronas la incluiré en tu regalo de cumpleaños.)

Abrazos de papá, que ya tiene la sensación de haber empezado el largo camino de regreso a casa.

Sofía acabó de leer la postal justo en el momento en que sonó el timbre anunciando el final de la última clase del día. Por su cabeza volaron un montón de pensamientos.

En el patio se encontró con Jorunn, como de costumbre. En el camino a casa Sofía abrió la mochila y le enseñó a su amiga la postal.

—¿Qué día pone en el matasellos? —preguntó Jorunn.

—Seguro que 15 de junio...

—No, espérate... pone 30.5.90.

—Eso fue ayer. . es decir el día siguiente del accidente en el Líbano.

—Dudo que una postal del Líbano llegue a Noruega en un día —prosiguió Jorunn.

—Al menos teniendo en cuenta las señas que lleva: «Hilde Møller Knag c/o Sofía Amundsen, Instituto de Furulia... »

—¿Crees que ha llegado con el correo, y que el profesor simplemente la ha metido en

tu cuaderno de redacciones?

—Ni idea. No sé si atreverme a preguntárselo.

Y no se dijo nada más de la postal.

—Daré una gran fiesta en mi jardín la noche de San Juan —dijo Sofía.

—¿Con chicos?

Sofía se encogió de hombros.

—No tenemos por qué invitar a los más tontos.

—¿Pero invitarás a Jorgen, no?

—Si quieres. A lo mejor invito a Alberto Knox también.

—Estás chiflada.

—Lo sé.

Y no les dio tiempo a decir nada más, antes de despedirse en el centro comercial.

Lo primero que hizo Sofía al llegar a casa fue ir a buscar a Hermes al jardín. Y efectivamente allí estaba, husmeando por los manzanos.

—¡Hermes!

El perro se quedó totalmente inmóvil un instante. Sofía sabía exactamente lo que ocurrió durante ese instante: el perro oyó que Sofía lo llamaba, reconoció su voz y decidió comprobar si ella estaba allí, en el lugar de donde salía su voz. Y la descubrió y decidió correr hacia ella. Finalmente las cuatro patas echaron a correr como palillos de tambor.

Esto era mucho para un instante.

Vino corriendo hacia ella moviendo enérgicamente el rabo y le saltó encima.

—Hermes, buen perro... Bueno, bueno... no, no, no me lamas. ¡Siéntate! Así, muy bien.

Sofía sacó la llave para entrar en casa. Sherekan apareció entre la maleza. No parecía fiarse mucho del desconocido animal. Sofía puso comida para el gato, echó semillas en el plato de los pájaros, hojas de lechuga a la tortuga y escribió una nota para su madre.

Puso que iba a acompañar a Hermes y que llamaría si no llegaba antes de las siete.

De nuevo se fue para el centro. Esta vez se acordó de llevarse dinero. Pensó en coger el autobús con Hermes, pero decidió que no debía hacerlo hasta consultárselo a Alberto.

Andando con Hermes delante pensaba en lo que era un animal.

¿Cuál era la diferencia entre un perro y un ser humano? Se acordaba de lo que había dicho Aristóteles respecto a esto. Él había señalado que tanto las personas como los animales son seres vivos con muchos e importantes rasgos comunes. Pero también había una diferencia esencial entre un ser humano y un animal, y esa diferencia era la razón en el ser humano. ¿Cómo podía estar tan seguro de esta diferencia? Demócrito, por su parte, pensaba que los hombres y los animales son bastante parecidos, ya que tanto los seres humanos como los animales están compuestos por átomos. Pensaba además que ni los animales ni los hombres tenían un alma inmortal. Según él también el alma está compuesta de pequeños átomos que se van volando en todas las direcciones cuando muere un ser

humano. Pensaba, pues, que el alma de una persona estaba intrínsecamente unida al cerebro. ¿Pero cómo podía el alma estar compuesta de átomos? El alma no era algo tangible como el resto del cuerpo. Era algo espiritual.

Ya habían pasado la Plaza Mayor y se estaban acercando al casco antiguo. Cuando llegaron a la acera en la que Sofía encontró la moneda de diez coronas miró instintivamente al asfalto. Y allí, exactamente en el mismo lugar donde hacía muchos días se había agachado a recoger esa moneda, había ahora una postal con la imagen hacia arriba. La imagen era de un jardín con palmeras y naranjos.

Sofía se agachó y recogió la postal. Al mismo tiempo Hermes empezó a gruñir. Era como si no le gustara que Sofía tocara la postal.

La postal decía:

Querida Hilde. La vida está compuesta por una cadena de casualidades. No es totalmente improbable que la moneda que perdiste llegara a parar aquí. Quizás la encontrara una señora mayor en la plaza de Lillesand esperando el autobús para Kristiansand. Desde Kristiansand continuó viaje en tren para visitar a sus nietos, y luego puede que, muchas horas más tarde, perdiera la moneda aquí en la Plaza Nueva. También es muy posible que la misma moneda fuera recogida más tarde ese día por una muchacha que tuviera una gran necesidad de encontrar diez coronas para poder coger el autobús hacia su casa. Nunca se sabe Hilde, pero si realmente es así, habría que preguntarse si no existe una especie de providencia divina que está detrás de todo esto.

Abrazos de tu papá, que en el pensamiento está sentado sobre el borde del muelle en Lillesand.

P. S. Ya te dije en la otra postal que te ayudaría a encontrar la moneda.

En la parte de las señas ponía: "Hilde Møller Knag c/o alguien que pase por allí... ". La postal llevaba el matasellos del 15.6.

Sofía subió casi corriendo detrás de Hermes por la escalera. Cuando Alberto abrió la puerta ella dijo:

—Quítate, viejo. Aquí llega el cartero

Pensaba que tenía derecho a estar un poco gruñona en ese momento.

Alberto la dejó entrar. Hermes se tumbó debajo del perchero igual que la última vez.

—¿Ha vuelto a dejar el mayor su tarjeta de visita, hija mía?

Sofía le miró. De repente descubrió que Alberto había cambiado de disfraz. Lo primero en lo que se fijó fue en una peluca larga y rizada que llevaba puesta. Luego vio que llevaba un traje ancho e informe con un montón de encajes. Alrededor del cuello llevaba un cursipañuelo y encima del traje una capa roja. Llevaba medias blancas y zapatos finos de charol con un lacito.

En conjunto, el disfraz le recordaba a los cuadros que había visto de la corte de Luis

XIV.

—¡Qué cursi! —dijo, y le dio la postal.

—Hmm... ¿Es verdad que encontraste una moneda justo en el sitio donde estaba la postal?

—Sí.

—Se está volviendo cada vez más fresco. Pero quizás sea mejor así.

—¿Por qué?

—Porque entonces será más fácil descubrirle. Pero este último arreglo ha sido bastante asqueroso. Huele a perfume barato.

—¿A perfume?

—Que aparentemente es algo elegante, pero que es todo engaño. Fíjate en cómo se atreve a comparar su propia vigilancia sucia con la providencia divina.

Lo señaló en la postal. Luego la rompió en pedacitos igual que la última vez. Para no ponerle de peor humor aún, Sofía no le contó nada sobre la postal que se había encontrado en su cuaderno en el colegio.

—Vayamos a sentarnos en el salón, querida alumna. ¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—Hoy hablaremos del siglo XVII.

Entraron en el salón de techo abuhardillado, con la ventana en el mismo techo. Sofía se fijó en que Alberto había cambiado algunos objetos por otros. Había algunos que no estaban la última vez. En la mesa había una cajita con una pequeña colección de diferentes lentes. Junto a la cajita había un libro abierto. Era muy antiguo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía.

—Es la primera edición del famoso libro de Descartes *Discurso del Método*, del año 1637. Es uno de mis tesoros más preciados.

—¿Y la cajita... ?

—... es una excelente colección de lentes, o cristales ópticos. Fueron pulidos por el filósofo holandés Spinoza hacia mediados del siglo XVII. Me ha costado una fortuna pero es uno de mis más valiosos tesoros.

—Seguramente comprendería el valor del libro y de la cajita si supiera quienes fueron esos Spinoza y Descartes.

—Desde luego. Intentemos primero entrar un poco en la época en la que vivieron. Sentémonos.

Se sentaron igual que la última vez; Sofía en un gran sillón, y Alberto Knox en el sofá. Entre ellos se encontraba la mesa con el libro y la cajita. Al sentarse, Alberto se quitó la peluca y la puso sobre el escritorio.

—Vamos a hablar del siglo XVII, o de lo que solemos llamar época barroca .

—¿La época barroca? Qué nombre más raro, ¿no?

—La palabra "barroco" viene de otra que en realidad significa "perla irregular". Típicas del arte de la época barroca son las formas llenas de contrastes, a diferencia del arte renacentista, que era más sencillo y más armonioso. El siglo XVII se caracterizaba, en general, por una tensión entre contrastes irreconciliables. Por un lado, continuó el ambiente positivo y vitalista del Renacimiento, y por otro había muchos que buscaban el extremo opuesto, con una vida de negación del mundo y de retiro religioso. Tanto en el arte como en la vida real nos encontramos con una vitalidad pomposa y ostentosa, al mismo tiempo que surgieron movimientos monásticos que daban la espalda al mundo.

—Así que castillos majestuosos y conventos escondidos.

—Pues sí, algo así.

Una de las consignas de la época barroca era la expresión latina "carpe diem", que significa "goza de este día". Otra expresión latina que se citaba frecuentemente en la misma época era el lema «memento mori», que significa «recuerda que vas a morir». En cuanto a la pintura, un mismo cuadro podía mostrar una vitalidad bastante grandilocuente, a la vez que abajo, en una esquina, aparecía un esqueleto pintado. En muchos contextos la época barroca estaba caracterizada por la vanidad y la cursilería. Pero muchos también se interesaron por el revés de la medalla, ocupándose de lo "efímero" de todas las cosas. Es decir, que todo lo hermoso que nos rodea va a morir y desintegrarse.

—Pero es verdad. Yo me pongo triste cuando pienso en que nada dura.

—Entonces piensas exactamente igual que mucha gente en el siglo XVII. También políticamente el Barroco fue la época de los grandes contrastes. En primer lugar, Europa estaba traumatizada por las guerras. La peor de todas fue la Guerra de los Treinta Años, que arrasó el continente desde 1618 a 1648. Se trataba en realidad de toda una serie de guerras, especialmente perjudiciales para Alemania. Como consecuencia, en parte, de esta "guerra de los treinta años", Francia empezó a ser la potencia dominante en Europa.

—¿Por qué lucharon?

—En gran medida fue una lucha entre protestantes y católicos. Pero también se trataba de poder político

—Más o menos como en el Líbano.

—Por lo demás, el siglo XVII estaba caracterizado por grandes diferencias de clase. Seguramente habrás oído hablar de la nobleza francesa y de la corte de Versalles, pero no sé si habrás oído algo sobre la pobreza de la gente. Cualquier "despliegue de esplendor" supone un "despliegue de poder". Se ha dicho que la situación política de la época barroca puede compararse con el arte y la arquitectura de la época. Los edificios del barroco se caracterizaban por un sinnúmero de recovecos y recodos complicados, de la misma manera que la situación política se caracterizaba por alevosías e intrigas.

—¿No hubo un rey sueco que fue asesinado en un teatro?

—Estarás pensando en Gustavo III, que es un buen ejemplo de lo que estoy diciendo. Gustavo III no fue asesinado hasta 1792, pero bajo circunstancias bastante «barrocas».

Fue asesinado durante un gran baile de máscaras.

—Creía que había sido en un teatro.

—El gran baile de máscaras tuvo lugar en la ópera. La época barroca de Suecia duró hasta el asesinato de Gustavo III. El reinado de este rey se denomina "despotismo ilustrado", más o menos como bajo Luis XIV casi cien años antes; Gustavo III era un hombre muy vanidoso, amante de ceremonias afrancesadas y frases cortesanas. Cabe decir que también amaba el teatro...

—Lo que le causó la muerte.

—Pero el teatro fue en la época barroca algo más que una simple expresión artística.

También fue el símbolo más importante de la época.

—¿Símbolo de qué?

—De la vida, Sofía. No sé cuantas veces durante el siglo XVII se dijo aquello de que "la vida es un teatro", pero te aseguro que fueron muchas. Precisamente en la época barroca nació el teatro moderno, con decorados y maquinaria escénica. Se representaba en escena una ilusión, para revelar después que esa actuación en el escenario sólo había sido una ilusión. De esa manera, el teatro se convirtió en una imagen de la vida humana en general, que podía hacer una representación despiadada de la mezquindad humana.

—¿Shakespeare vivió en la época barroca?

—Escribió sus grandes obras alrededor de 1600, de modo que tenía un pie en el Renacimiento y otro en la época barroca. Pero ya en Shakespeare encontramos montones de frases sobre la vida como un teatro. ¿Quieres algunos ejemplos?

—Con mucho gusto.

—En la pieza *Como gustéis* dice:

*Todo el mundo es una escena
sobre la cual los hombres y mujeres son
pequeños actores que vienen y van.
Un hombre ha de hacer muchos papeles en la vida.*

Y en *Macbeth* dice:

*Sombra ambulante es esta vida,
miserable actor que en el escenario se afana
y pavonea un momento y al cabo,
para siempre, calla su voz.
Relato de un idiota lleno de ruido y furia,
que nada significa.*

—Muy pesimista, ¿no?

—Se interesaba por la brevedad de la vida. Puede que hayas oído la cita más famosa de todas las de Shakespeare.

—"Ser o no ser, ésa es la cuestión".

—Sí, eso lo dijo Hamlet. Un día andamos por el mundo, al día siguiente habremos desaparecido.

—Pues sí, empiezo a darme cuenta de eso.

—Cuando los poetas y escritores de la época barroca no comparaban la vida con un teatro, la comparaban entonces con un sueño. Shakespeare, por ejemplo, dijo: "Somos del mismo material del que se tejen los sueños, nuestra pequeña vida está rodeada de sueño...".

—Qué poético.

—El escritor español Calderón, que nació en 1600, escribió una obra de teatro que se llamaba *La vida es sueño*. En esa obra dice:

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción;
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*

—Tal vez tuviera razón. Hemos leído una obra en el instituto. Se llamaba *Jejpe en la Montaña*.

—Sí, de Ludvig Holberg. Aquí en el norte de Europa fue una gran figura de la transición entre la época barroca y la Ilustración.

—Jejpe se durmió en una cuneta y luego se despertó en la cama del barón. Entonces pensó que simplemente había soñado que era un pobre campesino. Luego, cuando vuelve a dormirse le llevan de nuevo a la cuneta donde se vuelve a despertar. Entonces cree que ha soñado que ha dormido en la cama del barón.

—Holberg tomó prestado este motivo de Calderón, y Calderón lo había tomado prestado de los viejos cuentos árabes de *Las mil y una noches*. No obstante, comparar la vida con un sueño constituye un motivo que encontramos aún más atrás en la Historia, sobre todo en la India y en China. El viejo sabio chino Zhuangzi, por ejemplo dijo:

Una vez soñé que era una mariposa, y ahora ya no sé si soy Zhuangzi que soñó que era una mariposa, o si soy una mariposa que sueña que soy Zhuangzi.

—Al menos no se podía comprobar cuál era la verdad.

—En Noruega tuvimos un genuino poeta barroco que se llamaba Petter Dass. Vivió

de 1647 a 1707. Por un lado quería describir la vida de aquí y ahora, y por otro lado subrayó que sólo Dios es eterno y constante:

*Dios es Dios aunque todas las tierras estén desiertas.
Dios es Dios aunque todas las gentes estén muertas...*

Pero en el mismo salmo también describió la naturaleza del norte de Noruega y hasta las especies de peces que allí se encuentran. Éstos son rasgos típicamente barrocos. Dentro del mismo texto se describe lo terrenal, lo de aquí, a la vez que lo celestial, lo del mas allá. Todo esto recuerda en cierto modo a la distinción que hacía Platón entre el mundo concreto de los sentidos y el mundo inalterable de las ideas.

—¿Y cómo era la filosofía?

—También la filosofía se caracterizaba por fuertes tensiones entre maneras de pensar completamente opuestas. Como ya hemos visto, algunos pensaban que la existencia era, en el fondo, de naturaleza espiritual. Ese punto de vista se llama idealismo.

El punto de vista contrario se llama materialismo, por el que se entiende una filosofía que reduce todos los fenómenos de la naturaleza a magnitudes físicas concretas. También el materialismo tenía muchos defensores en el siglo XVII. El más importante de todos ellos quizás fuera el filósofo inglés Thomas Hobbes. Todos los fenómenos, también hombres y animales, están compuestos exclusivamente de partículas de materia, dijo Hobbes. Incluso la conciencia del ser humano, o su alma, se debe a los movimientos de partículas minúsculas en el cerebro.

—Entonces pensaba lo mismo que Demócrito mil años antes.

—Tanto el "idealismo", como el "materialismo" se repiten continuamente a través de la historia de la filosofía. Pero en pocas otras épocas las dos tendencias han estado tan presentes al mismo tiempo como en la barroca. El materialismo se nutría constantemente de las nuevas ciencias naturales. Newton señaló que las mismas leyes de los movimientos rigen en todo el universo. Pensaba que todos los cambios que se dan en la naturaleza, es decir en la Tierra y en el espacio, se deben a la ley de gravedad y a las leyes sobre los movimientos de los cuerpos. Significa que todo está dirigido por las mismas leyes inquebrantables o "mecánica". Por tanto, es en principio posible calcular cualquier cambio en la naturaleza con una exactitud matemática. De esa forma, Newton colocó las últimas piezas en lo que llamamos «visión mecánica del mundo».

—¿Se imaginó el mundo como una gran máquina?

—Exactamente. La palabra «mecánico» proviene de la palabra griega *mechane*, que significa máquina. Pero conviene tomar nota de que ni Hobbes ni Newton observaron ninguna contradicción entre la visión mecánica del mundo y la fe en Dios. No fue siempre así entre los materialistas de los siglos XVIII y XIX.

El médico y filósofo francés La Mettrie escribió a mediados del siglo XVIII un libro que

se llamó *L'Homme machine*, que significa "El hombre máquina". De la misma manera que las piernas tienen músculos para andar, dijo, el cerebro tiene "músculos", para pensar. Más adelante, el matemático francés Laplace expresó un concepto extremadamente mecánico con el siguiente pensamiento: si una inteligencia hubiera conocido la situación de todas las partículas de materia en un momento dado, "no habría nada inseguro, y tanto el futuro como el pasado estarían abiertos ante ella". Esta frase expresa la idea de que todo lo que ocurre está decidido de antemano. Lo que va a suceder "está en las cartas". Este concepto lo llamamos *determinismo*.

—Entonces el ser humano no puede tener libre albedrío.

—No, todo es producto de procesos mecánicos, también lo son nuestros pensamientos y nuestros sueños. En el siglo XIX, varios materialistas alemanes dijeron que los procesos del pensamiento se relacionan con el cerebro como la orina con los riñones y la bilis con el hígado.

—Pero tanto la orina como la bilis son algo material. El pensamiento no lo es.

—Estás tocando un punto muy importante. Puedo contarte una historia que expresa lo mismo. Érase una vez un astronauta y un neurólogo rusos que discutían sobre religión. El neurólogo era cristiano, y el astronauta no. "He estado en el espacio muchas veces", se jactó el astronauta, "pero no he visto ni a Dios ni a los ángeles". "Y yo he operado muchos cerebros inteligentes, contestó el neurólogo, pero nunca he visto un solo pensamiento".

—Eso no significa que no existan los pensamientos.

—Pero subraya que los pensamientos no son cosas que puedan operarse o dividirse en partes cada vez más pequeñas. No resulta, por ejemplo, muy fácil extirpar, mediante una operación, una idea errónea; por algo se ha metido tan adentro. Un importante filósofo del siglo XVII, llamado Leibniz señaló que la gran diferencia entre lo que está hecho de "materia" y lo que está hecho de "espíritu", precisamente es que lo material puede dividirse en trozos cada vez más pequeños. Pero no se puede dividir un alma en dos.

—¿Pues qué cuchillo serviría para eso?

Alberto se limitó a mover la cabeza. Señaló la mesa y dijo:

—Los dos filósofos más importantes del siglo XVII fueron Descartes y Spinoza. También ellos lucharon con cuestiones como la relación entre "alma" y "cuerpo". Vamos a estudiarlos un poco más detenidamente.

—Por mí puedes empezar, pero si no hemos acabado a las siete tendré que llamar por teléfono.

Descartes

... Descartes quería retirar todo el viejo material de construcción...

Alberto se levantó para quitarse la capa roja, que puso sobre una silla, y se volvió a acomodar en el sofá.

—René Descartes nació en 1596 y vivió una vida errante por Europa. Desde muy joven había nutrido una fuerte esperanza de conseguir conocimientos seguros sobre la naturaleza de los hombres y del universo. Pero después de haber estudiado filosofía se convenció cada vez más de su propia ignorancia.

—¿Más o menos como Sócrates?

—Mas o menos como él, sí. Como Sócrates, estaba convencido de que sólo nuestra razón puede proporcionarnos conocimientos seguros. No podemos fiarnos de lo que dicen los viejos libros. Ni siquiera podemos fiarnos de lo que nos dicen nuestros sentidos.

—Así pensó Platón, también él opinó que sólo la razón nos puede proporcionar conocimientos seguros.

—Exacto. Hay una línea que va desde Sócrates y Platón y que pasa por San Agustín antes de llegar a Descartes. Todos estos filósofos fueron racionalistas. Opinaban que la razón es la única fuente segura de conocimiento. Tras extensos estudios, Descartes llegó a la conclusión de que los conocimientos que se habían heredado de la Edad Media no eran necesariamente de fiar. En este punto quizás podríamos compararlo con Sócrates, que no se fiaba de las opiniones corrientes con las que solía encontrarse en la plaza de Atenas. ¿Y entonces qué hace uno, Sofía, me lo puedes decir?

—Entonces uno empieza a filosofar por cuenta propia.

—Justamente. Descartes decidió empezar a viajar por Europa, de la misma manera que Sócrates empleó su vida en conversar con las gentes de Atenas. Descartes nos cuenta que a partir de entonces sólo buscará aquella ciencia que pueda encontrar en él mismo o en el gran libro del mundo. Se adhirió por tanto al servicio de la guerra, que le llevó a varios lugares de Centroeuropa. Más adelante vivió unos años en París, pero en 1629 se fue a Holanda, donde vivió casi 20 años trabajando en sus tratados filosóficos. En 1649 fue invitado a Suecia por la reina Cristina. Pero la estancia en ese lugar que él denominó la tierra de los osos, del hielo y las rocas, le provocó una pulmonía, y Descartes murió en el invierno de 1650.

—Con sólo 54 años.

—Pero llegaría a tener una gran importancia para la filosofía, incluso después de su

muerte. No es ninguna exageración decir que fue Descartes quien fundó la filosofía de los tiempos modernos. Tras el entusiasta redescubrimiento del renacimiento del ser humano y de la naturaleza, surgió de nuevo una necesidad de recoger las ideas de la época en un sistema filosófico consistente. El primer gran sistematizador fue Descartes. Luego le siguieron Spinoza y Leibniz, Locke y Berkeley, Hume y Kant...

—¿Qué quieres decir con un «sistema filosófico»?

—Con eso quiero decir una filosofía construida desde los cimientos y que procura encontrar una especie de esclarecimiento de todas las cuestiones filosóficas importantes. La Antigüedad había tenido grandes sistematizadores como Platón y Aristóteles. La Edad Media tuvo a Santo Tomás de Aquino, que quiso construir un puente entre la filosofía de Aristóteles y la teología cristiana. Luego llegó el Renacimiento, con un embrollo de viejos y nuevos pensamientos sobre la naturaleza y la ciencia, sobre Dios y el hombre. Hasta el siglo XVII no hubo por parte de la filosofía un intento de recoger las nuevas ideas en un sistema filosófico esclarecido. El primero en intentarlo fue Descartes. Él puso la primera piedra de lo que sería el proyecto más importante de la filosofía de las generaciones siguientes. Ante todo le interesaba averiguar lo que podemos saber, es decir, aclarar la cuestión de la certeza de nuestro conocimiento. La otra gran cuestión que le preocupó fue la relación entre el alma y el cuerpo. Estos dos planteamientos caracterizarían el debate filosófico durante los siguientes ciento cincuenta años.

—Entonces fue un hombre avanzado para su época.

—Sí, pero también eran cuestiones que se planteaban en esa época. En lo que se refiere al problema de conseguir conocimientos indudables, muchos expresaron un escepticismo filosófico total, opinando que los hombres tendrían que resignarse a no saber nada. Pero Descartes no se resignó a eso. Si se hubiera resignado, no habría sido un verdadero filósofo. De nuevo podemos establecer un paralelismo con Sócrates, que tampoco se resignó al escepticismo de los sofistas. Precisamente en la época de Descartes la nueva ciencia había desarrollado un método que proporcionaría una descripción totalmente segura y exacta de los procesos de la naturaleza. Descartes tuvo que preguntarse si no habría también un método seguro exacto para la reflexión filosófica.

—Entiendo.

—Pero eso sólo fue una cosa. La nueva física había planteado la cuestión sobre la naturaleza de la materia, es decir, sobre qué es lo que decide los procesos físicos de la naturaleza. Cada vez más se defendía una interpretación mecánica de la naturaleza. Pero cuanto más mecánicamente se conceptuaba el mundo físico, tanto más imperiosa se volvía la cuestión sobre la relación entre el alma y el cuerpo. Antes del siglo XVII era habitual considerar el alma como una especie de "respiración vital", que fluye por todos los seres vivos. El significado original de las palabras "alma" y "espíritu" es, de hecho, "aliento vital" o "respiración" en casi todos los idiomas europeos. Para Aristóteles el alma era algo presente en todo el organismo como «principio de la vida» de ese organismo, es decir,

algo que no se podía imaginar desprendido del cuerpo. Por tanto, Aristóteles también hablaba de "alma de planta" y "alma de animal". Hasta el siglo XVII no se introdujo una separación radical entre "alma" y "cuerpo". Todos los objetos físicos, también los cuerpos de los animales y los cuerpos humanos, fueron explicados como un proceso mecánico. Pero el alma del hombre no podía formar parte de esa "maquinaria corporal". ¿Donde estaría entonces el alma? Una cuestión importante que quedaba por explicar era cómo algo "espiritual" podía poner en marcha un proceso mecánico.

—En realidad es algo bastante curioso.

—¿Qué quieres decir?

—Decido levantar un brazo y entonces levanto el brazo. O decido ir corriendo a coger el autobús, e instantáneamente mis piernas comienzan a correr. Otras veces puedo pensar en algo triste. De repente, mis lágrimas empiezan a brotar. Entonces tiene que haber una misteriosa relación entre el cuerpo y la conciencia.

—Precisamente este problema puso en marcha los pensamientos de Descartes. Igual que Platón, estaba convencido de que había una clarísima separación entre "*espíritu*" y "*materia*". Pero Platón no pudo responder a la pregunta de cómo el cuerpo afecta al alma, o cómo el alma afecta al cuerpo.

—Yo tampoco puedo, así que me gustaría saber a qué conclusión llegó Descartes.

—Sigamos su propio razonamiento.

Alberto señaló el libro que estaba sobre la mesa que había entre ellos.

—En este pequeño libro, *Discurso del Método*, Descartes plantea la cuestión de que método debe emplear el filósofo cuando se dispone a solucionar un problema filosófico, pues las ciencias naturales ya tenían su nuevo método.

—Eso ya lo has dicho.

—Descartes constata primero que no podemos considerar nada como verdad si no reconocemos claramente que lo es. Para conseguir esto puede que sea necesario dividir un problema complejo en cuantas partes parciales sea posible. Entonces se puede empezar por las ideas más sencillas. Podría decirse que cada idea tendrá que "medirse y pesarse", más o menos como Galileo decía que todo tenía que medirse y que lo que no se podía medir tendría que hacerse medible. Descartes pensaba que la filosofía podía ir de lo simple a lo complejo. Así sería posible construir nuevos conocimientos. Al final había que hacer constantes recuentos y controles para poder asegurarse de que no se había omitido nada. Entonces, y no antes, puede ser alcanzable una conclusión filosófica.

—Casi suena a problema aritmético.

—Sí, Descartes quiso emplear el método matemático también en la reflexión filosófica. Quiso probar verdades filosóficas más o menos de la misma manera en la que se prueba un teorema matemático. También quiso emplear la misma herramienta que empleamos cuando trabajamos con números, es decir la razón. Pues solamente la razón nos proporciona conocimientos seguros. No resulta tan evidente que los sentidos sean de

fiar. Ya hemos subrayado su parentesco con Platón, quien también señaló que las matemáticas y los números nos podían proporcionar un conocimiento más certero que los testimonios de los sentidos.

—¿Pero es posible solucionar los problemas filosóficos de ese modo?

—Volvamos al razonamiento del propio Descartes, cuya meta era lograr conocimientos ciertos sobre la naturaleza de la vida. Empezó por afirmar que como punto de partida se debe dudar de todo, porque no quería edificar su sistema filosófico sobre un fondo de arena.

—Porque si fallan los cimientos podría derrumbarse todo el edificio.

—Gracias por tu ayuda, hija. No es que Descartes pensara que fuera razonable dudar de absolutamente todo, sino que *en principio* hay que dudar de todo. En primer lugar, no es del todo seguro que podamos continuar nuestra búsqueda filosófica leyendo a Platón o a Aristóteles, porque aunque ampliamos nuestros conocimientos históricos, no ampliamos nuestro conocimiento del mundo. Para Descartes resultaba imprescindible librarse de ideas viejas antes de comenzar su propia indagación filosófica.

—¿Quería retirar todo el viejo material de construcción antes de iniciar la nueva casa?

—Sí, con el fin de asegurarse completamente de que la nueva construcción de ideas fuera a aguantar, quería limitarse a utilizar exclusivamente material nuevo y fresco. No obstante, la duda de Descartes es más profunda que eso, pues decía que ni siquiera podemos fiarnos de lo que nos dicen nuestros sentidos. Quizás nos está tomando el pelo.

—¿Cómo?

—También cuando soñamos creemos que estamos viviendo algo real. ¿Hay, en realidad, algo que distinga nuestras sensaciones en estado de vigilia de las de los sueños? "Cuando reflexiono detenidamente sobre esto, no encuentro ni un solo criterio para distinguir la vigilia del sueño", escribe Descartes. Y sigue: "¿Cómo puedes estar seguro de que tu vida entera no es un sueño?"

—Jeppe en la Montaña creía que simplemente había soñado que había dormido en la cama del barón.

—Y cuando estaba acostado en la cama del barón, creía que su vida de campesino pobre sólo había sido un sueño. De este modo, Descartes acaba por dudar absolutamente de todo. Y en este punto habían acabado sus reflexiones muchos filósofos anteriores a él.

—Entonces no llegaron muy lejos.

—Descartes, sin embargo, intentó seguir trabajando precisamente a partir de ese punto cero. Había llegado a la conclusión de que estaba dudando de todo y que eso es lo único de lo que podía estar seguro. Y ahora se le ocurre algo. De algo sí puede estar totalmente seguro a pesar de todo: de que duda. Pero, si duda, también tiene que ser seguro que piensa, y puesto que piensa tiene que ser seguro que es un sujeto que piensa. O, como él mismo lo expresa: *Cogito, ergo sum*,

—¿Y eso que significa?

—"Pienso, luego existo".

—No me extraña mucho que llegara a esa conclusión.

—Cierto. Pero debes tomar nota de esa seguridad intuitiva con la que de repente se concibe a sí mismo como un yo pensante. A lo mejor recuerdas que según Platón lo que captamos con la razón es más real y existente que aquello que captamos con los sentidos. Lo mismo pasa con Descartes. No sólo capta que es un yo pensante, sino que al mismo tiempo entiende que este yo pensante es más real que ese mundo físico que captamos con los sentidos. Y luego continúa, Sofía. De ninguna manera ha concluido su investigación filosófica.

—Continúa, tú también.

—Ahora Descartes se pregunta si hay algo más que reconoce con la misma seguridad intuitiva que lo de la existencia del yo como sujeto pensante. Llega a la conclusión de que también tiene una idea clara y definida de un "ser perfecto". Es una idea que ha tenido siempre, y para Descartes es evidente que una idea como ésta no puede proceder de él, porque: "La idea de un ser perfecto no puede venir de algo que es imperfecto. De modo que esta idea de un ser perfecto tiene que proceder de ese mismo ser perfecto, o, con otras palabras, de Dios". En consecuencia, para Descartes resulta tan evidente que hay un Dios como que el que piensa es un ser pensante.

—Ahora me parece que empieza a sacar conclusiones demasiado rápidamente. Al principio tenía mucho cuidado.

—Sí, muchos han señalado esto como el punto más débil de Descartes. Pero tú dices "conclusiones". En realidad, no se trata de ninguna prueba. Lo que opina Descartes es simplemente que todos tenemos una idea de un ser perfecto, y que resulta inherente a esta idea es que ese ser perfecto exista. Porque un ser perfecto no sería perfecto si no existiera. Y además, nosotros no tendríamos ninguna idea de un ser perfecto si no hubiera tal ser perfecto. Nosotros somos imperfectos, entonces no puede venir de nosotros la idea sobre lo perfecto. La idea de un Dios es, según Descartes, una idea innata, está impresa en nosotros desde que nacemos, de la «misma manera que el artista imprime su firma en la obra».

—Pero aunque yo tenga una idea de un «cocofante», eso no quiere decir que el «cocofante» exista.

—Descartes te habría contestado que tampoco es inherente al concepto "cocofante" el que exista. En cambio, es inherente al concepto «un ser perfecto» que ese ser exista. Según Descartes esto es tan seguro como que es inherente a la idea de círculo el que todos los puntos del círculo se encuentren igual de lejos del centro del mismo. No puedes hablar de un círculo sin que cumpla ese requisito. De la misma manera tampoco puedes hablar de un ser perfecto que careciera de la cualidad más importante de todas, es decir, de la existencia.

—Es ésa una manera bastante especial de pensar.

—Es una manera de pensar marcadamente «racional». Descartes opinaba, como Sócrates y Platón, que hay una relación entre el pensamiento y la existencia. Cuanto más evidente resulte algo al pensamiento, tanto más segura es su existencia.

—Hasta ahora ha llegado a la conclusión de que es una persona que piensa y de que hay, además, un ser perfecto.

—Y con esto como punto de partida prosigue. En cuanto a todas esas ideas que tenemos de la realidad exterior, por ejemplo del sol y de la luna. podría ser que todo fueran simplemente imaginaciones o imágenes de sueños. Pero también la realidad exterior tiene algunas cualidades que podemos reconocer con la razón. Esas cualidades son las relaciones matemáticas, es decir, todo aquello que puede medirse, como la longitud, la anchura y la profundidad. Las cualidades cuantitativas y cualidades «cualitativas» Esas cualidades cuantitativas son tan claras y evidentes para la razón como que yo soy un ser pensante. Por otra parte, las cualidades «cualitativas» como el color, el olor y el sabor, están relacionadas con nuestros sentidos y no describen realmente la realidad exterior.

—¿De modo que la naturaleza no es un sueño, a pesar de todo?

—No lo es, no. Y en este punto Descartes vuelve a recurrir a nuestra idea sobre un ser perfecto. Cuando nuestra razón reconoce algo clara y nítidamente, como es el caso de las relaciones matemáticas de la realidad exterior, entonces tiene que ser así. Porque un Dios perfecto no nos engañaría. Descartes invoca la garantía de Dios para que lo que reconocemos con nuestra razón también corresponda a algo real.

—De acuerdo. Ahora ha llegado a la conclusión de que es un ser pensante, que existe un Dios y que además existe una realidad exterior.

—Pero la realidad exterior es esencialmente distinta a la realidad del pensamiento. Descartes ya puede constatar que hay dos formas distintas de realidad, o dos sustancias. Una sustancia es el *pensamiento* o alma, la otra es la *extensión* o «materia». El alma solamente es consciente, no ocupa lugar en el espacio y por ello tampoco puede dividirse en partes más pequeñas. La materia, sin embargo, sólo tiene extensión, ocupa lugar en el espacio y siempre puede dividirse en partes cada vez más pequeñas, pero no es consciente.

Según Descartes, las dos sustancias provienen de Dios, porque sólo Dios existe independientemente de todo. Pero aunque tanto el "pensamiento" como la "extensión", provengan de Dios, las dos sustancias son totalmente independientes la una de la otra. El pensamiento es totalmente libre en relación con la materia, y viceversa: los procesos materiales también actúan totalmente independientes del pensamiento.

—Y con esto la Creación de Dios se dividió en dos.

—Exactamente. Decimos que Descartes es un *dualista*, es decir que realiza una clara bipartición entre la realidad espiritual y la realidad extensa. Sólo el ser humano tiene alma. Los animales pertenecen plenamente a la realidad extensa. Su vida y sus movimientos se

realizan mecánicamente. Descartes consideró a los animales como una especie de autómatas complejos.

En cuanto a la realidad extensa tiene, pues, un concepto totalmente mecanicista de la realidad, exactamente como los materialistas.

—Dudo mucho de que Hermes sea una máquina o un autómata. Descartes seguramente no llegaría nunca a sentir cariño por ningún animal. ¿Y nosotros mismos? ¿También somos autómatas?

—Sí y no. Descartes llegaría a pensar que el hombre es un «ser dual», que piensa pero que también ocupa espacio; lo que significa que el hombre tiene un alma y al mismo tiempo un cuerpo extenso. Aristóteles y San Agustín ya habían dicho algo parecido. Ellos opinaban que el hombre tiene un cuerpo exactamente como los animales, pero también un alma como los ángeles. Según Descartes, el cuerpo humano es una pieza de mecánica. Pero el hombre también tiene un alma que puede actuar completamente libre en relación con el cuerpo. Los procesos corporales no tienen tal libertad, sino que siguen sus propias leyes. Pero lo que pensamos con la razón no ocurre en el cuerpo, sino en el alma, que está totalmente libre en relación con la realidad extensa. A lo mejor debo añadir que Descartes no excluía la posibilidad de que también los animales pudieran pensar. Pero si poseen esa capacidad entonces la misma bipartición entre "pensamiento", y "extensión", también tiene que ser válida para ellos.

—De eso ya hemos hablado. Si decide ir corriendo a coger el autobús, entonces se pone en marcha el autómata. Y si a pesar de ello pierdo el autobús, las lágrimas empiezan a brotar.

—Ni siquiera Descartes podía negar que ocurre constantemente una alternancia de ese tipo entre el alma y el cuerpo. Opinaba que mientras el alma se encuentra en el cuerpo, está relacionada con éste mediante un órgano cerebral especial que él llama la glándula pineal, en la que se está realizando una continua alternancia entre «espíritu» y "materia". De esta forma, el alma se deja confundir constantemente por sentimientos y afectos relacionados con las necesidades del cuerpo. No obstante, el alma puede independizarse de esos impulsos "bajos", y actuar libremente en relación al cuerpo. La meta es que la razón se encargue del control. Porque aunque la tripa me duela un montón, la suma de los ángulos de un triángulo sigue siendo 180°. De ese modo el pensamiento tiene la capacidad de elevarse por encima de las necesidades del cuerpo y actuar "razonablemente". En ese sentido el alma es totalmente superior al cuerpo. Nuestras piernas podrán hacerse viejas y pesadas, los dientes se nos podrán caer, pero $2 + 2$ seguirán siendo 4 mientras nosotros sigamos conservando la razón. Pues la razón no se vuelve vieja y pesada. Es nuestro cuerpo el que envejece. Para Descartes es la propia razón la que es el "alma". Afectos y sentimientos más bajos tales como el deseo y el odio están estrechamente relacionados con las funciones del cuerpo, y por ello con la realidad extensa.

—No acabo de comprender del todo la comparación que hace Descartes del cuerpo

con una máquina o un autómata.

—Esta comparación se debe a que la gente de la época de Descartes estaba fascinada por las máquinas y mecanismos de reloj que aparentemente eran capaces de funcionar por su cuenta. La palabra «autómata» significa precisamente algo que se mueve por sí mismo. Evidentemente era una mera ilusión eso de que se movieran por su cuenta. Un reloj astronómico, por ejemplo, está construido por el hombre, y es el hombre el que tiene que darle cuerda. Descartes subraya que esos aparatos artificiales están compuestos de un modo muy simple, con unas cuantas piezas, si se los compara con ese montón de huesos, músculos, nervios, arterias y venas de que están compuestos los cuerpos de los animales y de los humanos. ¿Por que no iba a hacer Dios un cuerpo de animal o de hombre basado en las leyes de la mecánica?

—Hoy en día mucha gente habla de la «inteligencia artificial».

—Entonces te refieres a los autómatas de nuestros tiempos. Hemos creado máquinas que a veces nos hacen pensar erróneamente que son realmente inteligentes. Esas máquinas habrían aterrorizado a Descartes. Quizás hubiera empezado a dudar de que la razón del hombre fuera tan libre e independiente como él pensaba. Porque hay filósofos que opinan que la vida espiritual del hombre no es más libre de lo que lo son los procesos fisiológicos. Es evidente que el alma de un ser humano es infinitamente más compleja que un programa de ordenador, pero algunos opinan que en principio somos tan poco libres como lo son esos programas. Pero mira, Sofía, voy a enseñarte algo.

Alberto señaló un gran escritorio en el otro extremo de la habitación. Allí había un pequeño ordenador. Se levantó y cruzó la habitación, seguido por Sofía.

Alberto conectó la máquina y en seguida apareció en la parte superior de la pantalla una C:. Escribió Laila y dijo:

—Éste es un avanzado programa de conversación.

Pronto apareció en la pantalla un texto:

"Hola, me llamo Laila. ¿Estás cómoda?"

Sofía tecleó dos letras:

"Sí", escribió. Alberto le puso una silla para que se sentara.

¿"Cómo te llamas"?, preguntó la pantalla.

«Sofía Amundsen», escribió Sofía, y la máquina contestó.

"Camino del Trébol, 3. Me alegro de conocerte, Sofía. Estás deseando que llegue tu cumpleaños, ¿verdad?"

Sofía se sobresaltó.

—Sólo le he dado tu nombre y tus señas además de tu fecha de nacimiento. Es como cuando te presentan a algún desconocido. De antemano, se suele contar con algunos datos informativos.

«No está mal», escribió Sofía.

"¿No estarás mal, Sofía? Intenta escribir frases enteras".

«Gracias, estoy perfectamente. ¿Puedo hacerte una pregunta?»
 «Me alegro de que estés perfectamente. Pregúntame, si quieres.»
 «¿Qué edad tienes?», escribió, Sofía.
 "Fui construido en Atlanta el 8 de agosto de 1988, pero fui traducido al noruego en la Escuela Superior de Tecnología de Noruega el 28 de marzo de 1990".
 «¡Caray!»
 "Te dije que tenías que escribir frases enteras."
 "Sólo dije caray".
 «No entiendo argot. Conozco mas de 100.000 palabras. Pero lo más cercano a caray que conozco es "caridad". ¿Eres creyente, Sofía?»
 «No lo sé.»
 "El no saber suele ser una fase en el camino hacia nuevos conocimientos".
 "Sócrates habría dicho lo mismo. O quizás también Descartes".
 "Sócrates fue un filósofo griego que vivió del 470 al 399 a. de C. Si quieres saber más, pulsa la tecla F7. Descartes fue un filósofo francés que vivió de 1596 a 1650. Si quieres saber más, pulsa la tecla F8".
 "Gracias. Es suficiente. ¿Puedo preguntar otra cosa?"
 "Me alegro de que fuera suficiente. Pregunta otra cosa."
 Alberto se moría de risa. Sofía escribió:
 "¿Quién es Hilde Møller Knag?"
 "Hilde Møller Knag vive en Lillesand y tiene la misma edad que Sofía Amundsen".
 «¿Cómo lo sabes?»
 «No sé cómo, pero lo encontré aquí en algún sitio del disco duro.»
 Sofía sintió una mano sobre el hombro.
 —Le he dado los pocos datos que tenemos sobre Hilde.
 "¿Sabes algo más de Hilde?", escribió Sofía.
 "El padre de Hilde es observador de las Naciones Unidas en el Líbano. Tiene el rango de mayor y envía constantemente postales a su hija."
 "Quiero que lo busques".
 «No puedo. No está en mis archivos, y no estoy conectado a ninguna otra base de datos.»
 «¡¡¡ Dije que lo buscaras!!!»
 "¿Estás enfadada, Sofía?" Tantas exclamaciones son un claro indicio de sentimientos agitados".
 "Quiero hablar con el padre de Hilde".
 «Tienes problemas para controlar tu voluntad. Si quieres hablar de tu infancia puedes pulsar la tecla F9."
 Alberto volvió a poner su mano sobre el hombro de Sofía.
 —Tiene razón. Esto no es ninguna bola de cristal, hija mía. "Laila" no es más que un

programa de ordenador.
 «¡Cállate!», escribió Sofía.
 «Como quieras, Sofía. Nuestra amistad sólo ha durado 13 minutos y 52 segundos. Me acordaré de todo lo que hemos dicho. Ahora interrumpo el programa.»
 Volvió a aparecer el signo C: en la pantalla.
 —Volvamos a sentarnos —dijo Alberto.
 Pero Sofía ya había tecleado nuevas letras.
 "Knag", había escrito.
 A continuación apareció en la pantalla el siguiente mensaje: "Aquí estoy". Ahora fue Alberto quien se sobresaltó.
 "¿Quién eres?" escribió Sofía.
 "El mayor Albert Knag a su servicio. Estoy conectando directamente desde el Líbano. ¿Qué desean los señores?"
 —¿Pero qué es esto? —suspiró Alberto—. El muy fresco ha logrado meterse en el disco duro.
 Empujó a Sofía para que se quitara de la silla y se sentó delante del teclado.
 "¿Cómo demonios conseguiste meterte en mi ordenador?" escribió.
 "Una menudencia, querido colega. Soy muy preciso al elegir dónde quiero aparecer".
 "¡Asqueroso virus informático!"
 "Bueno, bueno. Por el momento actúo como virus de cumpleaños. ¿Me permiten enviar un saludo especial?"
 "Gracias, empezamos a tener de sobra".
 «Me daré mucha prisa. Todo esto es en tu honor, querida Hilde. De nuevo te felicito con todo mi corazón en el día de tu cumpleaños. Tendrás que perdonar las circunstancias, pero quiero que mis felicitaciones crezcan por todas partes a tu alrededor. Recuerdos de papá, que está añorando poder abrazarte.»
 Antes de que Alberto tuviera tiempo de escribir algo más, volvió a aparecer el signo C: en la pantalla. Alberto tecleó «dir knag *.* y el siguiente mensaje apareció en la pantalla.

knag. lib 147. 643 15/06/90 12. 47

knag. lil 326. 439 23/06/90 22. 34

Alberto escribió: «erase knag *.* y apagó el ordenador.
 —Bueno, ya lo he quitado —dijo—. Pero es imposible saber dónde puede volver a aparecer.
 Se quedó, sentado mirando fijamente la pantalla del ordenador. Añadió:
 —Lo peor de todo era el nombre: Albert Knag...
 Hasta ahora Sofía no se había fijado en la similitud de los nombres: Albert Knag y

Alberto Knox. Pero Alberto estaba tan excitado que no se atrevió a decir nada. Volvieron a sentarse junto a la mesa.

Spinoza

... *Dios no es un titiritero...*

Llevaban mucho tiempo sentados sin decir nada. Al final Sofía dijo algo sólo para desviar los pensamientos de Alberto.

—Descartes debió de ser una persona muy singular. ¿Se hizo famoso?

Alberto respiró hondo un par de veces antes de contestar.

—Ejerció una gran influencia. Lo más importante quizás fue la influencia que tuvo sobre otro gran filósofo. Me refiero al holandés Baruch Spinoza, que vivió de 1632 a 1677.

—¿Vamos a hablar también de él?

—Así lo tenía planeado, sí. No nos dejemos detener por provocaciones militares.

—Soy todo oídos.

—Spinoza pertenecía a la comunidad judía de Amsterdam, pero pronto fue excomulgado y expulsado de la sinagoga por heterodoxo. Pocos filósofos en la era moderna han sido tan calumniados y perseguidos por sus ideas como este hombre. Incluso fue víctima de un intento de asesinato. La causa era sus críticas a la religión oficial. Pensaba que lo único que mantenía vivo tanto al cristianismo como al judaísmo eran los dogmas anticuados y los ritos externos. Fue el primero en emplear lo que llamamos una visión crítico-histórica de la Biblia.

—¡Explícate!

—Negó que la Biblia estuviera inspirada por Dios. Cuando leemos la Biblia debemos tener siempre presente la época en la que fue escrita. Una lectura crítica de este tipo también revelará una serie de discrepancias entre las distintas escrituras. No obstante, bajo la superficie de las escrituras del Nuevo Testamento, nos encontramos a Jesús, que muy bien puede ser denominado el portavoz de Dios. Porque la predicación de Jesús representó precisamente una liberación del anquilosado judaísmo. Jesús predicó una religión de la "razón" que ponía el amor sobre todas las cosas, y aquí Spinoza se refiere tanto al amor a Dios como al amor al prójimo. Pero el cristianismo también quedó pronto anquilosado en dogmas fijos y ritos externos.

—Entiendo que ideas como esas no fueran fácilmente aceptadas por las iglesias y sinagogas.

—Cuando la situación se agravó, Spinoza fue abandonado incluso por su propia familia, que intentó desheredarle debido a su heterodoxia. Lo paradójico es que pocos han hablado tanto a favor de la libertad de expresión y de la tolerancia religiosa como Spinoza. Toda esa oposición con la que se topó dio lugar a que viviera una vida tranquila

enteramente dedicada a la filosofía. Para ganarse el sustento pulía vidrios ópticos. Algunas de esas lentes son las que están ahora en mi poder.

—Impresionante.

—Casi tiene algo de simbólico que viviera de pulir lentes, pues los filósofos deben ayudar a los hombres a ver la existencia desde una nueva perspectiva. Un punto de la filosofía de Spinoza es precisamente ver las cosas bajo "el ángulo de la eternidad".

—¿Bajo el ángulo de la eternidad?

—Sí, Sofía. ¿Crees que serías capaz de ver tu propia vida en un contexto cósmico? En ese caso tendrías que cerrar los ojos a ti misma y a tu vida aquí y ahora...

—Hmm... no es fácil.

—Recuérdate a ti misma que sólo vives una minúscula parte de la vida de toda la naturaleza. Tú formas parte de un contexto inmenso.

—Creo que entiendo lo que quieres decir.

—¿Eres capaz de captarlo? ¿Eres capaz de captar toda la naturaleza de una vez... sí, el universo entero con una sola mirada?

—Depende. Quizás me hicieran falta algunos vidrios ópticos.

—No estoy pensando sólo en el inmenso espacio. También pienso en un inmenso espacio de tiempo. Hace treinta mil años vivió un niño en el valle del Rin. Formaba una minúscula parte de la naturaleza, un exiguo rizo en un mar inmenso. De la misma manera vives tú, Sofía, una minúscula parte de la vida de la naturaleza. No hay ninguna diferencia entre tú y ese niño.

—Al menos yo vivo ahora.

—De acuerdo, pero precisamente era a ese tipo de pensamiento al que deberías cerrar los ojos. ¿Quién serás tú dentro de treinta mil años?

—¿Esa fue la heterodoxia?

—Bueno... Spinoza no solo dijo que todo lo que existe es naturaleza, también decía que Dios es igual a Naturaleza. Veía a Dios en todo lo que existe, y veía todo lo que existe en Dios.

—Entonces era un panteísta.

—Cierto. Para Spinoza Dios no creo el mundo quedándose fuera de su Creación. No, Dios es el mundo. A veces se expresa de una manera un poco distinta. Afirma que el mundo está en Dios. Sobre este punto se remite al discurso de San Pablo en el monte del Areópago. "En Él vivimos, nos movemos y existimos", había dicho San Pablo. Pero sigamos ahora el razonamiento del propio Spinoza. Su libro más importante fue *Ética demostrada según el orden geométrico*.

—¿Ética... y método geométrico?

—A lo mejor suena raro a nuestros oídos. Con la palabra "ética", los filósofos se refieren a la enseñanza de cómo debemos vivir para conseguir la felicidad. Es en ese sentido en el que hablamos de la ética de Sócrates y Aristóteles. Es en nuestros días

cuando la ética se ha visto reducida a ciertas reglas de cómo vivir para no molestar a los demás.

—¿Porque pensar en la propia felicidad es ser egoísta?

—Algo así, sí. Cuando Spinoza utiliza la palabra «ética» podría traducirse tanto por «arte de vivir» como por moral.

—Pero... ¿«arte de vivir según el orden geométrico»?

—El método geométrico se refiere al lenguaje o la forma de presentación. Acuérdate de que Descartes también quería emplear el método matemático para la reflexión filosófica. Con esto quería decir una reflexión filosófica construida sobre conclusiones rígidas. Spinoza sigue esta tradición racionalista. En su ética quería mostrar cómo la vida del hombre está condicionada por las leyes de la naturaleza. Por ello debemos liberarnos de nuestros sentimientos y afectos, para así encontrar la paz y poder ser felices, opinaba el.

—¿Pero no estamos determinados únicamente por las leyes de la naturaleza?

—Bueno, Spinoza no es un filósofo fácil de entender, Sofía. Iremos por partes. Supongo que te acordarás de que Descartes opinaba que la realidad está compuesta de dos sustancias claramente diferenciadas, el "pensamiento", y la "extensión".

—¿Cómo podría haberlo olvidado en tan poco tiempo?

—La palabra "sustancia" puede traducirse por aquello de lo que algo consta, aquello que en el fondo es o de lo que proviene. Descartes hablaba pues de dos sustancias. Todo es "pensamiento" o "extensión", decía.

—No necesito que me lo repitas.

—Pero Spinoza no admitió esa distinción. Opinaba que sólo hay una sustancia. Todo lo que existe proviene de lo mismo, decía. Y lo llamaba «Sustancia». Otras veces lo llamaba Dios o Naturaleza. Por lo tanto Spinoza no tiene una concepción dualista de la realidad como la tenía Descartes. Decimos que es *monista*, lo que quiere decir que reconduce toda la naturaleza y todas las circunstancias de la vida a una sola sustancia.

—Difícilmente se puede estar más en desacuerdo.

—La diferencia entre Descartes y Spinoza no es tan grande como se ha dicho. También Descartes señaló que sólo Dios existe por sí mismo. No obstante, cuando Spinoza equipara a Dios con la naturaleza, o a Dios con la Creación, se aleja mucho de Descartes y también de los conceptos judíos y cristianos.

—Porque en ese caso la naturaleza *es* Dios, y se acabó.

—Pero cuando Spinoza emplea la palabra Naturaleza no sólo piensa en la naturaleza extensa. Con «Sustancia», «Dios» o «Naturaleza» quiere decir "todo lo que existe", también lo relativo al espíritu.

—Es decir «pensamiento» y «extensión».

—Pues eso. Según Spinoza, los seres humanos conocemos dos de las cualidades o formas de aparición de Dios. Spinoza llama a estas cualidades "*atributos*", de Dios, y esos atributos son precisamente el pensamiento y la extensión, de Descartes. Dios, o la

Naturaleza aparece, bien como pensamiento, bien como materia extendida. Puede que Dios tenga muchas más cualidades, además del pensamiento y la extensión, pero sólo estos dos atributos son conocidos por los hombres.

—Vale, pero me parece una manera muy retorcida de decirlo.

—Sí, hay que utilizar martillo y cincel para penetrar en el lenguaje de Spinoza. Por lo menos es un consuelo que uno al final encuentra una idea tan cristalina como un diamante.

—La estoy esperando.

—Todo lo que hay en la naturaleza es por tanto pensamiento o extensión. Cada uno de los fenómenos con los que nos encontramos en la vida cotidiana, por ejemplo una flor o un poema, constituyen diferentes modos del atributo del pensamiento o de la extensión. Una flor es un modo del atributo de la extensión, y un poema sobre esa misma flor es un modo del atributo del pensamiento. Pero las dos cosas son en último término la expresión de Sustancia, Dios o Naturaleza.

—¡Vaya tío!

—Pero sólo es su lenguaje lo que es complicado. Debajo de esas formulaciones tan retorcidas hay una maravillosa consciencia tan extremadamente sencilla que el lenguaje cotidiano no es capaz de explicar.

—A pesar de todo creo que prefiero el lenguaje cotidiano.

—Está bien. Empezaré por ti. Cuando te duele la tripa, ¿quién sufre el dolor?

—Tú lo has dicho. Yo.

—Correcto. Y cuando más adelante piensas en aquella vez en que te dolió la tripa, entonces ¿quién piensa?

—También yo.

—Porque eres una sola persona que en un momento puede tener dolor de tripa y en otro ser presa de una emoción. De esa manera, Spinoza pensó que todas las cosas físicas que existen o acontecen en nuestro entorno, son expresiones de Dios o de la Naturaleza. Así, todos los pensamientos que se piensan son pensamientos de Dios o de la Naturaleza. Porque todo es Uno. Sólo hay un Dios, una Naturaleza o una Sustancia.

—Pero cuando pienso algo, *soy yo* quien pienso. Y cuando me muevo *soy yo* quien me muevo. ¿Por qué mezclar a Dios en esto?

—Me gusta tu apasionamiento. ¿Pero quién eres tú? Eres Sofía Amundsen, pero también eres la expresión de algo infinitamente más grande. Puedes muy bien decir que tú piensas, o que tú te mueves, ¿pero no puedes decir también que es la naturaleza la que piensa tus pensamientos o que es la naturaleza la que se mueve en ti? Es más bien una cuestión de la lente con que se mire.

—¿Quieres decir que no decido sobre mí misma?

—Bueno, a lo mejor tienes una especie de libertad para mover el dedo meñique, si quieres. Pero ese dedo sólo puede moverse según su naturaleza. No puede saltar de la

mano o botar por la habitación. De la misma manera también tú tienes un lugar en el Todo, hija mía. Eres Sofía, pero también eres un dedo en el cuerpo de Dios.

—¿De modo que es Dios quien decide todo lo que hago?

—O la naturaleza o las leyes de la naturaleza. Spinoza pensaba que Dios, o las leyes de la naturaleza, son la causa interna de todo lo que ocurre. Él no es una causa externa, porque Dios se expresa exclusivamente mediante las leyes de la naturaleza.

—No sé si veo la diferencia.

—Dios no es un titiritero que tira de todos los hilos y así decide todo lo que ocurre. Un titiritero dirige a los títeres desde fuera y es por lo tanto la "causa externa", de los movimientos de los títeres. No es así como Dios dirige el mundo. Dios dirige el mundo mediante las leyes de la naturaleza. De esa manera Dios —o la naturaleza— es la "*causa interna*", de todo lo que ocurre. Es decir que todo lo que ocurre en la naturaleza ocurre necesariamente. Spinoza tenía una visión determinista de la vida de la naturaleza.

—Me parece haberte oído decir algo parecido antes.

—Tal vez estés pensando en los estoicos. También ellos afirmaron que todo ocurre necesariamente. Por eso era tan importante responder a todo lo que sucede con una "serenidad estoica". Los hombres no debían dejarse llevar por sus emociones. Esta es también, muy resumida, la ética de Spinoza.

—Creo que entiendo lo que quiere decir. Pero no me gusta pensar que no decido sobre mí misma.

—Vamos a centrarnos de nuevo en aquel niño de la Edad de Piedra que vivió hace treinta mil años. Conforme iba creciendo tiraba jabalinas a los animales salvajes, amó a una mujer que se convirtió en la madre de sus hijos, y además seguramente adoraba a los dioses de la tribu. ¿Piensas que él decidía todo esto?

—No sé.

—O piensa en un león en África. ¿Crees que es él el que decide vivir como una fiera? ¿Por eso se lanza encima de un antílope cojo? ¿No debería haber decidido vivir como vegetariano?

—No, el león vive según su naturaleza.

—O, con otras palabras, según las leyes de la naturaleza. Eso lo haces tú también, Sofía. porque tu también eres naturaleza. Ahora podrás objetar, con el apoyo de Descartes, que el león es un animal y no un ser humano con capacidad espiritual libre. Pero piensa en un niño recién nacido. Lloro y grito, y si no se le da leche se chupa el dedo. ¿Tiene este bebé una voluntad libre?

—No.

—¿Entonces cuándo obtiene el niño, la libre voluntad? A los dos años corretea por todas partes señalando lo que hay a su alrededor. A los tres da la lata a su mamá y a los cuatro de pronto le da miedo de la oscuridad. ¿Dónde está la libertad, Sofía?

—No lo sé.

—A los quince años se pone delante del espejo y hace pruebas con el maquillaje. ¿Es ahora cuando torna sus propias decisiones personales y hace lo que quiere?

—Entiendo lo que quieres decir.

—Ella es Sofía Amundsen, ya lo creo. Pero también vive según las leyes de la naturaleza. Lo que pasa es que no se da cuenta de eso porque hay muchas y muy complejas causas detrás de cada cosa que hace.

—No creo que quiera oír ya más.

—De todos modos has de contestar a una última pregunta. Dos árboles de la misma edad crecen en un gran jardín. Uno de ellos crece en un lugar con mucho sol y tiene fácil acceso a tierra nutritiva y al agua. El otro árbol crece en una tierra mala en un sitio de mucha sombra. ¿Cuál de los dos árboles crees que se hará más grande? ¿Y cuál de los dos dará más frutos?

—Naturalmente, el árbol que ha tenido las mejores condiciones de crecimiento.

—Según Spinoza ese árbol es libre. Ha tenido una libertad total para desarrollar sus posibilidades inherentes. Pero si es un manzano no ha tenido posibilidad de dar peras o ciruelas. Lo mismo ocurre con los seres humanos. Se nos puede inhibir nuestra evolución y nuestro crecimiento personal por ejemplo mediante determinadas condiciones políticas. De esa manera, una fuerza exterior nos puede poner impedimentos. Sólo vivimos como seres libres cuando podemos desarrollar libremente nuestras posibilidades inherentes. Pero estamos tan determinados por disposiciones internas y condiciones externas como aquel niño del valle del Rin en la Edad de Piedra, el león de África o el manzano del jardín.

—Estoy a punto de resignarme.

—Spinoza afirma que sólo un ser que plenamente es la causa de sí mismo puede actuar en total libertad. Sólo Dios o la Naturaleza presentan una actividad así de libre y "no casual". Un ser humano puede esforzarse por conseguir una libertad que le permita vivir sin presiones externas. Pero jamás conseguirá una "voluntad libre". Nosotros no decidimos todo lo que ocurre con nuestro cuerpo, que es un modo del atributo de la extensión. Tampoco elegimos lo que pensamos. El hombre no tiene por tanto un "alma libre" que está más o menos presa en un cuerpo mecánico.

—Eso me resulta un poco difícil de entender.

—Spinoza pensaba que son las pasiones de los seres humanos, por ejemplo la ambición y el deseo, las que nos impiden lograr la verdadera felicidad y armonía. No obstante, si reconocemos que todo ocurre por necesidad, podremos lograr un reconocimiento intuitivo de la naturaleza como tal. Podremos llegar a una vivencia cristalina del contexto de todas las cosas, de que todo es Uno. La meta es captar todo lo que existe con una sola mirada panorámica. Hasta entonces no podremos alcanzar la máxima felicidad y serenidad de espíritu. Esto fue lo que Spinoza llamó ver todo «*sub specie aeternitatis*»

—¿Y qué significa?

—Ver todo "bajo el ángulo de la eternidad". ¿No fue por dónde empezamos?

—Y por donde tenemos que acabar. Me tengo que ir corriendo a casa.

Alberto se levanta y bajó a la mesa una gran fuente de fruta de la librería.

—¿No quieres una fruta antes de irte?

Sofía se sirvió un plátano. Alberto cogió una manzana verde.

Ella rompió la parte superior del plátano y empezó a quitar la cáscara.

—Aquí pone algo —dijo de repente.

—¿Dónde?

—Aquí... en la parte interior de la cáscara del plátano. Parece como si estuviera escrito algo con rotulador negro...

Sofía se inclinó hacia Alberto para enseñarle el plátano.

—"*¡Aquí estoy de nuevo, Hilde. Estoy en todas partes, hijita. Felicidades*".

—¡Qué divertido! —dijo Sofía.

—Se vuelve cada vez más astuto.

—¿Pero no es... totalmente imposible? ¿Sabes si se cultivan plátanos en el Líbano?

Alberto dijo que no con la cabeza.

—No me lo comeré.

—Déjalo entonces. Una persona que escribe felicitaciones a su hija en el interior de un plátano no pelado tiene que estar loco. Pero también tiene que ser bastante listo...

—Sí, las dos cosas.

—¿Entonces podemos afirmar aquí y ahora que Hilde tiene un padre listo? No es tonto, vamos.

—Ya lo dije. Y entonces puede que sea él quien te hiciera llamarme Hilde la última vez que estuve aquí. Puede ser el quien nos ponga todas las palabras en la boca.

—No se debe excluir ninguna posibilidad. Pero hay que dudar de todo.

—Por lo que sabemos, puede que toda nuestra existencia sea un sueño.

—Pero no debemos precipitarnos. Todo puede tener una explicación más sencilla.

—Sea lo que sea, tengo que darme prisa. Mi madre me está esperando.

Alberto acompañó a Sofía a la puerta. En el momento en que se marchaba él dijo:

—Volveremos a vernos, querida Hilde.

Al instante siguiente, la puerta se había cerrado tras ella.

Locke

... tan vacía y falta de contenido como la pizarra antes de entrar el profesor en la clase...

Sofía llegó a casa a las ocho y media, hora y media después de lo acordado, que en realidad no había sido ningún acuerdo; simplemente se había saltado la comida y dejado una nota a su madre diciendo que volvería a las siete como muy tarde.

—Así no podemos seguir, Sofía. He tenido que llamar a Información para preguntar si había algún Alberto en el casco viejo. Se rieron de mí.

—No fue fácil librarse. Creo que estamos a punto de resolver un gran misterio.

—¡Tonterías!

—No, es verdad.

—¿Le invitaste a la fiesta del jardín?

—Ah no, se me olvidó.

—Pues ahora te exijo que me lo presentes. Mañana mismo. No es sano para una chica joven verse tanto con un señor mayor.

—No tienes ninguna razón para tener miedo de Alberto. Quizás sea peor el padre de Hilde.

—¿Quién es Hilde?

—La hija de ese que está en el Líbano. Creo que es un verdadero granuja. Tal vez controle el mundo entero...

—Si no me presentas inmediatamente a ese Alberto, te prohíbo que lo vuelvas a ver. No estaré segura hasta no haber visto su aspecto.

De repente, a Sofía se le ocurrió una idea. Subió corriendo a su habitación.

—¿Pero qué te pasa? —gritó la madre por la escalera.

Sofía volvió enseguida al salón.

—Ahora mismo vas a ver qué aspecto tiene. Y entonces espero que me dejes en paz. Y con una cinta de vídeo en la mano, se acercó al televisor.

—¿Te ha dado una cinta de vídeo?

—De Atenas...

Las imágenes de la Acrópolis comenzaron a aparecer en la pantalla. La madre se sentó, muda de asombro cuando Alberto apareció en la pantalla y comenzó a dirigirse directamente a Sofía.

Sofía también se fijó en algo que ya tenía olvidado. En la Acrópolis había muchísima

gente de diversas agencias de viajes. En medio de uno de los grupos se veía un pequeño cartel en el que ponía "HILDE"...

Alberto prosiguió su paseo por la Acrópolis. Luego bajó por la parte de la entrada y se colocó en el monte del Areópago, desde donde San Pablo había hablado a los atenienses. Continuó hablando a Sofía desde la antigua plaza.

La madre seguía sentada comentando el vídeo con frases entrecortadas.

—Increíble... ¿ése es Alberto? De él viene lo de ese conejo... Bueno... pues sí, realmente te esta hablando a ti, Sofía. Yo no sabía que San Pablo hubiera estado en Atenas...

El vídeo se estaba aproximando al punto en el que la antigua Atenas renace de repente de las ruinas. Sofía se apresuró a parar la cinta en el último momento. Ya le había presentado a su madre a Alberto, no haría falta presentarle también a Platón.

Se hizo un silencio total en el salón.

—¿No te parece un tío bastante majo? —preguntó Sofía en broma.

—Pero tiene que ser una persona extraña para dejarse filmar en Atenas sólo con el fin de enviar la película a una muchacha que apenas conoce. ¿Cuándo estuvo en Atenas?

—Ni idea.

—Y también hay algo más...

—¿Qué?

—Se parece muchísimo a ese mayor que vivió algunos años en aquella cabaña del bosque.

—Entonces quizás sea él, mamá.

—Pero nadie le ha vuelto a ver desde hace quince años.

—Tal vez haya estado viviendo por ahí. En Atenas, por ejemplo.

La madre dijo que no con la cabeza.

—Cuando yo le vi alguna vez en los años setenta no era ni un día más joven que este Alberto que acabo de ver ahora. Tenía un apellido extranjero...

—¡Knox!

—Sí, quizás fuera eso, Sofía. Tal vez se llamara Knox.

—¡O sería Knag!

—No, no soy capaz de acordarme... ¿De qué Knox o Knag estás hablando?

—Uno es Alberto, el otro es el padre de Hilde.

—Creo que me voy a volver loca.

—¿Hay algo para comer?

—Puedes calentar las albóndigas.

Pasaron exactamente dos semanas sin que Sofía supiera nada más de Alberto. Recibió una nueva postal de cumpleaños para Hilde, pero aunque el día se iba acercando no recibía ninguna postal para ella misma.

Una tarde Sofía bajó al casco viejo y llamó a la puerta de Alberto. No estaba en casa, pero había una nota en la puerta que decía:

¡Felicidades, querida Hilde! El momento crucial está cerca. El momento de la verdad, hija mía. Cada vez que pienso en ello me río tanto que por poco me parto. Tiene que ver con Berkeley, claro. ¡Espera y verás!

Sofía arrancó la nota y la metió en el buzón de Alberto antes de marcharse.

—¡Vaya faena! ¿Se habría marchado Alberto de nuevo a Atenas? ¿Cómo podía dejar a Sofía sola con todas esas preguntas sin contestar?

Cuando volvió del colegio el jueves 14 de junio, encontró a Hermes en el jardín. Sofía se precipitó hacia él y el perro le saltó encima de alegría. Ella le abrazó como si el perro fuera a solucionar todos los misterios.

De nuevo dejó una nota para su madre, pero esta vez también le dejó la dirección de Alberto.

Atravesando la ciudad con Hermes, Sofía pensó en el día siguiente. No tanto en su propio cumpleaños, que no celebraría de verdad hasta la noche de San Juan, sino en el de Hilde. Sofía estaba convencida de que ese día sucedería algo extraordinario. Al menos, las felicitaciones del Líbano dejarían de llegar.

Pasaron un parque infantil de camino a casa de Alberto. Allí Hermes se detuvo delante de un banco, como indicando a Sofía que se sentara.

Se sentó y acarició la nuca del perro amarillo mirándole a los ojos. Notó como unas fuertes sacudidas por el cuerpo del perro. Está a punto de ladrar, pensó Sofía.

Sus mandíbulas comenzaron de repente a vibrar, pero Hermes ni ladró ni gruñó. Abrió la boca y dijo:

—¡Felicidades, Hilde!

Sofía se quedó como petrificada. ¿Le había hablado el perro?

Habrían sido imaginaciones, porque en ese momento estaba pensando en Hilde. No obstante, en su interior estaba convencida de que Hermes había pronunciado esa palabra con una voz de bajo muy sonora.

Al instante siguiente todo estaba como antes. Hermes ladró un par de veces, como para disimular que acababa de hablar con voz humana. Al entrar en el portal de Alberto, Sofía echó una mirada al cielo. Hasta entonces había hecho buen tiempo, pero ahora había pesadas nubes en la lejanía.

Cuando Alberto abrió la puerta Sofía dijo:

—No quiero frases de cortesía. Eres muy tonto, y tú lo sabes.

—¿Qué pasa ahora, hija mía?

—El mayor ha enseñado a hablar a Hermes.

—Vaya por Dios. ¿Hasta esos extremos llega?

—Pues sí, hasta esos extremos.

—¿Y qué dijo?

—Puedes adivinarlo.

—Supongo que dijo "felicidades", o algo así.

—Justo.

Alberto dejó entrar a Sofía. También hoy llevaba un nuevo disfraz. No era muy diferente al de la otra vez, pero hoy no llevaba tantos lazos ni cintas ni encajes.

—Pero hay algo más —dijo Sofía.

—¿En qué estás pensando?

—¿No encontraste la nota en el buzón?

—Ah, sí, la tiré en seguida.

—Por mí que le parta un rayo cada vez que piensa en Berkeley. Pero no sé qué tiene ese filósofo para que el otro reaccione así.

—Esperaremos a ver.

—Pero toca hoy.

—Es hoy, sí.

Alberto se acomodó. Luego dijo:

—La última vez que estuvimos aquí sentados te hablé de Descartes y Spinoza. Dijimos que tenían una importante cosa en común: los dos eran racionalistas.

—Y un racionalista es uno que tiene mucha fe en la razón.

—Sí, un racionalista cree en la razón como fuente de conocimientos. Opina que el ser humano nace con ciertas ideas, que existen por tanto en la conciencia de los hombres antes de cualquier experiencia. Y cuanto más clara es la idea, mayor es la seguridad de que corresponde a algo real. Recordarás que Descartes tenía una clarísima imagen de lo que es un "ser perfecto". Partiendo de esta idea deduce que verdaderamente existe un Dios.

—No me suelo olvidar de las cosas.

—Este modo racionalista de pensar era típico de la filosofía del siglo XVII, y también había sido corriente en la Edad Media. Lo recordamos de Platón y de Sócrates. Pero en el siglo XVIII estuvo expuesto a críticas cada vez más profundas. Varios filósofos adoptaron el punto de vista de que no tenemos absolutamente ningún contenido en la conciencia antes de adquirir nuestras experiencias mediante los sentidos. Este punto de vista se llama *empirismo*.

—¿Y de esos empiristas me vas a hablar hoy?

—Lo intentaré. Los empiristas, o filósofos de la experiencia, más importantes fueron Locke, Berkeley y Hume, y los tres eran británicos. Los racionalistas dominantes en el siglo XVII eran el francés Descartes, el holandés Spinoza y el alemán Leibniz. Por ello solemos distinguir entre el *empirismo británico* y el *racionalismo continental*.

—Vale, pero son demasiadas palabras. ¿Puedes repetir lo que significa empirismo?

—Un empirista desea hacer derivar todo conocimiento sobre el mundo de lo que nos

cuentan nuestros sentidos. La fórmula clásica de una actitud empírica viene de Aristóteles, quien dijo que no hay nada en la conciencia que no haya estado antes en los sentidos. Este punto de vista implicaba una crítica acentuada de Platón, que había opinado que los hombres traían consigo una serie de ideas innatas del mundo de las Ideas. Locke retoma las palabras de Aristóteles, y las dirige contra Descartes.

—¿No hay nada en la conciencia... que no haya estado antes en los sentidos?

—No tenemos ninguna idea innata sobre el mundo. En realidad no sabemos nada de este mundo en el que nos han colocado antes de haberlo visto. Si tenemos una idea o un concepto que no se puede conectar con hechos experimentados, se trata de un concepto o de una idea falsa. Cuando por ejemplo usamos palabras como "Dios", "eternidad" o "sustancia", la razón funciona sin combustible, porque nadie ha llegado a *conocer* ni a Dios, ni la eternidad, ni aquello que los filósofos llaman, "sustancia". De esa forma se pueden escribir tesis eruditas que en el fondo no contienen ningún tipo de conocimiento nuevo. Un sistema filosófico de esa clase puede parecer impresionante, pero no son más que quimeras. Los filósofos de los siglos XVII y XVIII habían heredado una serie de tesis eruditas de ese tipo. Ahora había que estudiarlas con lupa. Había que limpiarlas de vacíos. Quizás pudiéramos compararlo con el lavado del oro. La mayor parte es arena pero, dentro, resplandecen las pepitas de oro.

—¿Entonces esas pepitas de oro son conocimientos auténticos?

—O, por lo menos, pensamientos que se pueden relacionar con los conocimientos humanos. Para los empiristas británicos era muy importante analizar todas las ideas humanas, con el fin de ver si podían ser demostradas mediante experiencias auténticas. Pero vayamos por partes y estudiemos un filósofo cada vez.

—¡Empieza!

—El primero fue el inglés John Locke que vivió entre 1632 y 1704. Su libro más importante se tituló *Ensayo sobre el conocimiento humano* y fue publicado en 1690. Locke intenta aclarar dos cuestiones. En primer lugar pregunta de dónde recibe el ser humano sus ideas y conceptos. En segundo lugar si podemos fiarnos de lo que nos cuentan nuestros sentidos.

—No es exactamente un proyecto pequeño

—Estudiemos un problema cada vez. Locke está convencido de que todo lo que tenemos de pensamientos y conceptos son sólo reflejos de lo que hemos visto y oído. Antes de captar algo con nuestros sentidos, nuestra conciencia es como una *tabula rasa* o pizarra en blanco.

—Con que lo hubieras dicho en noruego hubiera sido suficiente.

—Antes de captar algo con los sentidos, la conciencia está tan vacía y falta de contenido como la pizarra antes de entrar el profesor en la clase. Locke también compara la conciencia con una habitación sin amueblar. Pero luego empezamos a captar con los sentidos. Vemos el mundo a nuestro alrededor, saboreamos, olemos y oímos. Y nadie lo

hace con más intensidad que los niños pequeños. De esta manera surgen lo que Locke llama ideas simples de los sentidos. Pero la conciencia no sólo recibe esas impresiones externas de un modo pasivo. Algo sucede también dentro de la conciencia. Las ideas simples de los sentidos son elaboradas mediante el pensamiento, el razonamiento, la fe y la duda. Así surge lo que Locke llama ideas de reflexión de los sentidos. Como ves, distingue entre "sentir" y "reflexionar". Pues la conciencia no es siempre una receptora pasiva. Ordena y elabora todas las sensaciones que entran poco a poco en la conciencia. Hay que estar en guardia.

—¡En guardia!

—Locke subraya que lo único que recibimos a través de los sentidos son impresiones simples. Cuando me como una manzana, por ejemplo, no capto con los sentidos toda la manzana en una sola sensación. En realidad recibo una serie de esas «sensaciones sencillas», como que algo es verde, huele a fresco y sabe jugoso y ácido. Después de haber comido muchas veces una manzana, soy consciente de estar comiendo una manzana. Cuando éramos pequeños y probamos por primera vez una manzana, no tuvimos esa sensación. Pero vimos algo verde, saboreamos algo fresco y jugoso, y también un poco ácido. Poco a poco vamos juntando esas sensaciones formando conceptos como «manzana», «pera» o «naranja». Pero todo el material de nuestro conocimiento sobre el mundo entra al fin y al cabo por los sentidos. Por lo tanto, los conocimientos que no pueden derivarse de sensaciones simples son conocimientos falsos y deben ser rechazados.

—Al menos podemos estar seguros de que lo que vemos y oímos, olemos y saboreamos es como verdaderamente lo sentimos.

—Sí y no. Ésta es la segunda pregunta a la que Locke intenta contestar. Primero ha contestado a la pregunta de dónde recibimos nuestras ideas y conceptos. Pero luego también se pregunta si el mundo realmente es como nosotros lo percibimos. Porque eso, Sofía, no resulta tan evidente. No hay que precipitarse demasiado. Eso es lo único que un filósofo no se puede permitir.

—No digo nada.

—Locke distinguía entre lo que llamaba cualidades "*primarias*" y "*secundarias*" de los sentidos. En este punto entronca con los filósofos anteriores a él, por ejemplo con Descartes.

—¡Explícate!

—Con cualidades primarias de los sentidos, se refiere a la extensión de las cosas; su peso, forma, movimiento, número. En cuanto a estas cualidades podemos estar seguros de que los sentidos reproducen las verdaderas cualidades de las cosas. Pero también captamos otras cualidades de las cosas. Decimos si algo es dulce o agrio, verde o rojo, frío o caliente. Locke llamaba a estas cualidades secundarias de los sentidos. Y estas sensaciones, como color, olor, sabor o sonido, no reflejan las verdaderas cualidades que

son inherentes a las cosas mismas, sino que sólo reflejan la influencia de la realidad exterior sobre nuestros sentidos.

—Sobre los gustos no se puede discutir.

—Exactamente. Las cualidades primarias, tales como tamaño y peso, es algo sobre lo que todo el mundo puede estar de acuerdo, porque están en las cosas mismas. Pero las cualidades secundarias, tales como color y sabor, pueden variar de un animal a otro y de una persona a otra, según la constitución de los sentidos de cada uno.

—Cuando Jorunn come una naranja adopta exactamente la misma expresión que otras personas cuando comen un limón. Suele poder con un solo gajo cada vez. "Está ácida", dice. Y yo a lo mejor encuentro la misma naranja dulce y rica.

—Y ninguna de vosotras tiene razón, y ninguna está equivocada. Simplemente describís cómo la naranja actúa sobre vuestros sentidos. Lo mismo ocurre con la percepción del color. A lo mejor a ti no te gusta el color rojo. Si Jorunn acaba de comprarse un vestido precisamente de ese color, a lo mejor sería inteligente por tu parte callarte tu opinión. Tenéis diferentes pareceres sobre el color, pero el vestido no es ni feo ni bonito.

—Pero todo el mundo está de acuerdo en que la naranja es redonda.

—Si, si tienes una naranja redonda, no puedes "opinar", que tiene forma de dado. Te puede "parecer" dulce o agria, pero no te puede parecer que pesa ocho kilos si sólo pesa doscientos gramos. Si quieres, puedes "crear" que pesa varios kilos, pero en ese caso estarías totalmente perdida. Cuando varias personas intentan adivinar cuanto pesa una cosa determinada, siempre hay una que acierta más que las demás. Lo mismo ocurre con el número de las cosas. O hay novecientos ochenta y seis guisantes en la botella o no. Lo mismo pasa con el movimiento. Un coche o se mueve o está quieto.

—Entiendo.

—En lo que se refiere a la realidad extensa, Locke está de acuerdo con Descartes en que esta realidad tiene ciertas cualidades que los seres humanos pueden captar con su razón.

—No debería ser muy difícil estar de acuerdo en eso.

—Locke también dio pie a lo que él llamaba «conocimiento intuitivo» o "demostrativo". Opinaba por ejemplo que para todos existen ciertas reglas básicas, y defiende la llamada idea de "derecho natural", que es un rasgo racionalista. Otro rasgo igualmente racionalista de Locke es que pensaba que es inherente a la mente del hombre el pensar que hay un Dios.

—Quizás tuviera razón.

—¿En qué?

—En que hay un Dios.

—Puede ser, claro está. Pero no lo deja en una simple cuestión de fe. Opina que el reconocimiento de los hombres de la existencia de Dios emana de la razón humana.

También eso es un rasgo racionalista. Debo añadir que abogó por la libertad de pensamiento y la tolerancia. Además le interesaba la igualdad entre los sexos. Pensaba que la idea de que la mujer estuviera sometida al hombre era una idea creada por los seres humanos. Por lo tanto también puede ser alterada por ellos.

—Estoy bastante de acuerdo.

—Locke fue uno de los primeros filósofos de la época moderna que se preocupó por los papeles de los sexos. Tendría una gran importancia para su tocayo John Stuart Mill, que jugaría a su vez un importante papel para la igualdad entre los sexos. Locke anticipó en general muchas ideas liberales que más adelante, durante la Ilustración, llegaron a florecer en la Francia del siglo XVIII. Por ejemplo él fue quien primero habló a favor de lo que llamamos principio de *división de los poderes*...

—Lo que quiere decir que el poder del Estado queda repartido en varias instituciones.

—¿También te acuerdas de qué instituciones se trata?

—El poder legislativo o la asamblea nacional. Luego viene el «poder judicial» o los tribunales de justicia, y finalmente el poder ejecutivo, o el gobierno.

—Esta tripartición proviene del filósofo francés Montesquieu, de la época de la Ilustración. Locke había señalado que, ante todo, los poderes legislativo y ejecutivo deberían estar separados, con el fin de evitar la tiranía. Fue contemporáneo de Luis XIV, quien había reunido todo el poder en una sola mano. "El Estado soy yo", dijo. Decimos que fue autocrático. Hoy en día lo habríamos considerado un Estado sin derecho. Con el fin de asegurar un Estado de derecho, los representantes del pueblo deberían legislar y el rey o el gobierno ejecutar las leyes, pensaba Locke.

Hume

... déjaselo a las llamas...

Alberto se quedó sentado mirando la mesa. Una vez se volvió para mirar por la ventana.

—Se está nublando —dijo Sofía.

—Sí, hace bochorno.

—¿Vas a hablarme ahora de Berkeley?

—Él fue el siguiente de los tres empiristas británicos. Pero ya que en muchos sentidos pertenece a una categoría aparte, nos centraremos antes en David Hume, que vivió de 1711 a 1776. Su filosofía ha pasado a ser la más importante entre los empiristas. Su importancia se debe también en parte al hecho de que fue él quien inspiró al gran filósofo Immanuel Kant.

—¿No importa que me interese más la filosofía de Berkeley, verdad?

—No, no importa. Hume se crió en Escocia, en las afueras de Edimburgo. Su familia quería que fuera abogado, pero él mismo dijo que sentía «una resistencia infranqueable hacia todo lo que no era filosofía y enseñanza». Vivió en la época de la Ilustración, al mismo tiempo que grandes pensadores franceses como Voltaire y Rousseau, y viajó mucho por Europa antes de establecerse de nuevo en Edimburgo. Su obra más importante, *Tratado acerca de la naturaleza humana*, se publicó cuando Hume tenía veintiocho años. Pero él mismo dijo que a los quince años ya tenía la idea del libro.

—Entonces debo darme prisa.

—Tú ya estás en marcha.

—Pero si yo fuera a hacer mi propia filosofía sería bastante diferente a todo lo que he oído hasta ahora.

—¿Hay algo que hayas echado especialmente de menos?

—En primer lugar, todos los filósofos de los que he oído hablar son hombres. Creo que los hombres viven en su propio mundo. A mí me interesa más el mundo de verdad. El mundo de flores y animales y niños que nacen y crecen. Esos filósofos tuyos hablan constantemente del "ser humano" y ahora me hablas otra vez de un tratado sobre la "naturaleza humana". Pero tengo la sensación de que ese "ser humano" es un hombre de mediana edad. Al fin y al cabo, la vida empieza con el embarazo y el parto. Me parece que ha habido demasiado pocos pañales y llanto de niños hasta ahora. Quizás también haya habido demasiado poco amor y amistad.

—Evidentemente tienes toda la razón. Pero quizás precisamente Hume fuera un filósofo que pensaba de otra manera. Él, más que ningún otro, parte del mundo cotidiano. Creo además que Hume tiene fuertes sentimientos sobre cómo los niños perciben el mundo.

—Haré un esfuerzo para escuchar.

—Como empirista, Hume consideró una obligación el ordenar todos los conceptos y pensamientos confusos que habían inventado todos aquellos hombres. Se hablaba y se escribía con palabras muy viejas y anticuadas, procedentes de la Edad Media y de los filósofos racionalistas del siglo XVII. Hume desea volver a la percepción inmediata del mundo de los hombres. Ningún filósofo podrá "jamás llevarnos detrás de las experiencias cotidianas o darnos reglas de conducta distintas a las que elaboremos meditando sobre la vida cotidiana", decía el.

—Hasta aquí suena muy bien. ¿Puedes ponerme algún ejemplo?

—En la época de Hume estaba muy extendida la creencia de que había ángeles. Al decir "ángel", nos referimos a una figura de hombre con alas. ¿Has visto alguna vez un ángel, Sofía?

—No.

—¿Pero habrás visto una figura de hombre?

—Qué pregunta más tonta.

—¿También has visto alas?

—Claro que sí, pero nunca en una persona.

—Según Hume, "ángel", es un *concepto compuesto*. Consta de dos experiencias diferentes que no están unidas en la realidad, pero que, de todos modos, en la imaginación del hombre han sido conectadas. Se trata pues de una idea falsa que inmediatamente debe ser rechazada. De la misma manera tenemos que ordenar nuestros pensamientos e ideas. Hume dijo: "Cuando tenemos un libro en la mano, preguntémosnos: ¿Contiene algún razonamiento abstracto referente a tamaños y cifras? No. ¿Contiene algún razonamiento de experiencia referente a hechos y existencia? No. Entonces déjaselo a las llamas, pues no contiene nada más que pedantería y quimeras".

—Me parece muy drástico.

—Pero después queda el mundo, Sofía. Con más frescor y con contornos más nítidos que antes. Hume quiere volver a la percepción infantil del mundo, antes de que todos los pensamientos y reflexiones hayan ocupado sitio en la conciencia. ¿No acabas de decir que muchos de esos filósofos de los que has oído hablar vivían en su propio mundo, y que a ti te interesaba más el mundo real?

—Algo así, sí.

—Hume podría haber dicho exactamente lo mismo. Pero sigamos su propio razonamiento un poco más a fondo.

—Aquí estoy.

—Hume empieza por constatar que el hombre tiene dos tipos diferentes de percepciones, que son *impresiones* e *ideas*. Con "impresiones" quiere decir la inmediata percepción de la realidad externa. Con "ideas" quiere decir el recuerdo de una impresión de este tipo.

—¡Ejemplos, por favor!

—Si te quemas en una estufa caliente, recibes una «impresión» inmediata. Más adelante puedes pensar en aquella vez que te quemaste. Es a esto a lo que Hume llama "idea". La diferencia es que la impresión, es más fuerte y más viva que el recuerdo de la reflexión sobre el recuerdo. Podrías decir que la sensación es el original, y que la "idea" o el recuerdo de la sensación sólo es una pálida copia. Porque la impresión, es la causa directa de la idea que se esconde en la conciencia.

—Hasta ahora te sigo.

—Además Hume subraya que tanto una "impresión", como una "idea" pueden ser o simples o compuestas. Te acordarás de que hablamos de una manzana en relación con Locke. La experiencia directa de una manzana es una "impresión compuesta" de ese tipo. Asimismo también la idea de la conciencia de la manzana es una "idea compuesta".

—Perdona que te interrumpa, pero ¿es esto muy importante?

—¿Qué si es muy importante? Aunque sea verdad que los filósofos a veces se ocupan de problemas muy artificiales, no debes rechazar el participar en un razonamiento. Hume daría la razón a Descartes en que es importante construir un razonamiento desde abajo.

—Me resigno.

—Lo que quiere decir Hume es que algunas veces podemos componer esas «ideas» sin que estén compuestas así en la realidad. De ese modo surgen las ideas y conceptos falsos que no se encuentran en la naturaleza. Ya hemos mencionado a los ángeles. Y hablamos en una ocasión de los "cocofantes". Otro ejemplo es el "pegasus", es decir, un caballo con alas. En todos esos casos tenemos que reconocer que la conciencia ha jugado su propio juego. Ha cogido las alas de una impresión y el caballo de otra. Todos esos conceptos han sido percibidos en alguna ocasión y han entrado en el teatro de la conciencia como "impresiones" auténticas. Nada ha sido inventado por la propia conciencia. La conciencia ha utilizado tijeras y pegamento y de esa manera ha construido "ideas" y conceptos falsos.

—Entiendo. Ahora comprendo que esto pueda ser importante.

—Bien. Por tanto, Hume quiere investigar cada concepto con el fin de averiguar si está compuesto de una manera que no encontramos en la realidad. Él pregunta: ¿de qué impresión viene este concepto? Ante todo tiene que encontrar cuáles son las ideas simples de las que consta un concepto compuesto. Dispone, así, de un método crítico para analizar las ideas o conceptos de los hombres. De este modo quiere ordenar nuestros pensamientos y conceptos.

—¿Tienes algunos ejemplos?

—En la época de Hume había mucha gente con ideas muy claras sobre el "Cielo" o "la Nueva Jerusalén". A lo mejor recuerdas que Descartes había señalado que "ideas claras y nítidas" en sí podían ser una garantía de que correspondiesen a algo que realmente existía.

—Como ya te he dicho antes, no suelo olvidarme de las cosas.

—Nos damos cuenta de que "Cielo" es una idea tremendamente compuesta. Mencionemos algunos elementos. En el Cielo hay un "portal de perlas", hay "calles de oro", "ángeles" a montones, etc., etc. Pero aún no hemos descompuesto todo en sus distintos componentes. Porque también "portal de perlas", "calles de oro", y «ángeles» son conceptos compuestos. Cuando finalmente podamos constatar que nuestra idea de Cielo consta de ideas simples como "perla", "portal", "calle", "oro", "figura vestida de blanco" y "alas", podremos preguntarnos si realmente hemos tenido las correspondientes "impresiones simples".

—Las hemos tenido. Pero mediante las tijeras y el pegamento hemos hecho de todas las «impresiones simples» una imagen soñada.

—Pues sí, así es. Porque precisamente cuando dormimos es cuando más tijeras y pegamento usamos. Pero Hume subrayó que todos esos materiales que usamos para componer imágenes soñadas tienen que haber entrado en la conciencia alguna vez como "impresiones simples". El que nunca haya visto oro tampoco podrá imaginarse una calle de oro.

—Era bastante listo. ¿Qué pasa con Descartes, que tenía una idea clara y nítida de Dios?

—También a esta pregunta Hume te ofrece una respuesta. Digamos que nos imaginamos a Dios como un ser infinitamente inteligente, sabio y bueno. Tenemos, pues, una idea "compuesta" que consta de algo infinitamente inteligente, algo infinitamente sabio y algo infinitamente bueno. Si nunca hubiéramos conocido la inteligencia, la sabiduría y la bondad, nunca podríamos haber tenido tal concepto de Dios. Quizás también esté en nuestra idea de Dios el que sea un «padre severo pero justo», es decir, una idea compuesta por "padre", "severo" y "justo". Después de Hume, muchos críticos de la religión han señalado que el origen de esa idea de Dios puede encontrarse en cómo percibíamos a nuestro propio padre cuando eramos pequeños. La idea de un padre ha conducido a la idea de un «padre en el Cielo», se ha dicho.

—A lo mejor es verdad. Pero yo nunca he aceptado que Dios tenga que ser necesariamente un hombre. A veces mamá, para conservar el equilibrio, llama Diosa a Dios.

—Como ves, Hume quiere atacar todas aquellas ideas y pensamientos que no tienen su origen en su correspondiente sensación. Quiere "ahuyentar toda esa palabrería que durante tanto tiempo ha dominado el pensamiento metafísico y lo ha desprestigiado", dice. También a diario utilizamos conceptos compuestos sin pensar si son válidos. Esto

se refiere por ejemplo a la idea de un "yo" o de un núcleo de personalidad. Pues esta idea constituía la mismísima base de la filosofía de Descartes; la clara y nítida idea sobre la que estaba edificada toda su filosofía.

—Espero que Hume no pretenda negar que yo soy yo. En ese caso se convierte en un mero charlatán.

—Sofía, hay una sola cosa que quiero que aprendas mediante este curso de filosofía, y es que no debes precipitarte en sacar conclusiones.

—Sigue.

—No, tú misma puedes emplear el método de Hume para analizar lo que consideras tu "yo".

—Entonces debo, ante todo, preguntarme si la idea del yo, es una idea simple o compuesta.

—¿A qué respuesta llegas?

—Tengo que admitir que me siento bastante compuesta. Por ejemplo, tengo muy mal genio. Y a veces me resulta difícil decidirme por algo. Además puede gustarme o disgustarme una misma persona.

—Entonces el concepto yo es una idea compuesta.

—Vale. Ahora he de preguntarme si tengo una impresión compuesta, correspondiente a mi propio yo. La tendré. Supongo que la tengo constantemente.

—¿Hay algo que te hace dudar sobre este aspecto?

—Voy cambiando constantemente. No soy la misma hoy que cuando tenía cuatro años. Tanto mi humor como mi juicio sobre mí misma cambian de minuto en minuto. De vez en cuando ocurre que me siento como una nueva persona.

—De modo que esa sensación de tener un núcleo inalterable de personalidad es falsa. La idea del yo es en realidad una larga cadena de impresiones simples que nunca has percibido *simultáneamente*. No es más que un manojo o un montón de juicios diferentes que se suceden el uno al otro con una rapidez increíble, y que están constantemente en cambio y movimiento, dice Hume. La conciencia es una especie de teatro donde aparecen los distintos juicios sucediéndose los unos a los otros; pasan, vuelven, se marchan y se mezclan en una infinidad de posturas y situaciones. Lo que quiere decir Hume es que no tenemos ninguna personalidad que esté detrás o debajo de tales juicios y estados de ánimo que van y vienen. Pasa como con las imágenes sobre la pantalla de cine. Como cambian tan deprisa, no notamos que la película está "compuesta por imágenes simples". Pero en realidad las «imágenes» no están conectadas la una con la otra. La película es realmente una suma de momentos.

—Creo que me resigno.

—¿Significa eso que renuncias a la idea de tener un núcleo de personalidad inalterable?

—Supongo que sí.

—Hace un momentito pensabas otra cosa. Debo añadir que el análisis de Hume de la conciencia humana y su negación de admitir que los hombres tengan un núcleo de personalidad inalterable, fue introducida casi 2.500 años antes en un lugar del planeta muy lejano.

—¿Por quién?

—Por Buda. Casi resulta escalofriante ver lo parecidas que son las formulaciones de los dos. Buda consideró la vida humana como una línea ininterrumpida de procesos mentales y físicos que cambian a cada momento. El bebé no es igual que el adulto, y yo no soy igual que ayer. De nada puedo decir «esto es mio», dijo Buda, y de nada puedo decir "esto soy yo". No existe, pues, ningún núcleo inalterable de personalidad.

—Sí, se parece muchísimo a Hume.

—En la extensión de la idea de un yo inalterable, muchos racionalistas también habían dado por sentado que el hombre tiene un «alma» inmortal.

—¿Pero también eso es una idea falsa?

—Según Hume y Buda, sí. ¿Sabes lo que dijo Buda a sus discípulos justo antes de morir?

—No, ¿cómo quieres que lo sepa?

—«Todo lo que es perecedero es compuesto», dijo. Quizás Hume hubiera podido decir lo mismo. Y también Demócrito. Al menos sabemos que Hume rechazó cualquier intento de probar la inmortalidad del alma o la existencia de Dios. No significa que excluyera la posibilidad de ninguna de las dos cosas, pero creer que se puede probar la fe religiosa con la razón humana, es un disparate para él. Hume no era cristiano, pero tampoco era un ateo convencido. Era lo que llamamos un *agnóstico*.

—¿Y eso qué significa?

—Un agnóstico es alguien que no sabe si existe un Dios. Cuando Hume recibió en su lecho de muerte la visita de un amigo, el amigo le preguntó si no creía en una vida después de la muerte. Se dice que Hume contestó: También es posible que un trozo de carbón puesto al fuego no arda.

—¿Ah sí?

—La respuesta es típica de su falta total de prejuicios. Solo aceptó como verdadero aquello sobre lo que tenía sensaciones seguras. Y mantuvo abiertas todas las demás posibilidades. No rechazó ni la fe en el cristianismo ni la fe en los milagros. Pero esas dos cosas tratan precisamente de fe y no de conocimiento o razón. Podríamos decir que la última conexión entre fe y razón fue disuelta mediante la filosofía de Hume.

—¿Has dicho que no rechazó los milagros?

—Pero eso no significa que creyera en los milagros, más bien al contrario. Suele señalar que la gente aparentemente tiene una gran necesidad de cosas que hoy en día llamaríamos sucesos "sobrenaturales", y que es curioso que todos los milagros de los que se habla sucedieran siempre en un lugar o tiempo muy lejanos. En ese sentido, Hume

rechaza los milagros simplemente porque no los ha experimentado. Pero no rechaza que puedan ocurrir milagros.

—Esto me lo tendrás que explicar más a fondo.

—Un milagro es, según Hume, una ruptura con las leyes de la naturaleza. Pero no tiene sentido decir que hemos *percibido* las leyes de la naturaleza. Percibimos que una piedra cae al suelo cuando la soltamos y, si no hubiera caído, nos habría extrañado.

—Yo diría que, entonces, se habría producido un milagro, o algo sobrenatural.

—Entonces crees que existen dos naturalezas: una "naturaleza", en sí y una "sobrenaturaleza". ¿No crees que estás volviendo a las confusiones de los racionalistas?

—Tal vez, pero yo creo que la piedra caerá al suelo cada vez que se suelte.

—¿Por qué?

—¿Por qué tienes que ser tan desagradable?

—No soy desagradable, Sofía. Para un filósofo nunca es malo preguntar. Quizás estemos tocando ahora el aspecto más importante de la filosofía de Hume. Contéstame, ¿cómo puedes estar tan segura de que la piedra caerá siempre al suelo?

—Lo he visto tantas veces que estoy completamente segura. Has experimentado muchas veces que una piedra cae al suelo. Pero no has experimentado que siempre caerá. Se suele decir que la piedra cae al suelo debido a la ley de la gravedad. Pero nunca hemos experimentado tal ley. Solamente hemos experimentado que las cosas caen.

—¿No es lo mismo?

—No del todo. Dijiste que crees que la piedra caerá al suelo porque lo has visto muchas veces. Y ése es el punto clave de Hume. Estás tan acostumbrada a que una cosa suceda a otra, que siempre esperas que ocurra lo mismo cuando intentas soltar una piedra. Así surgen las ideas sobre lo que llamamos *leyes inquebrantables de la naturaleza*.

—¿Pero cree él realmente que cabe la posibilidad de que una piedra no caiga al suelo?

—Estaría tan convencido como tú de que caerá al suelo cada vez que la suelte. Pero señalo que no ha percibido por qué cae.

—¿No nos hemos vuelto a alejar un poco de los niños y de las flores?

—No, al contrario. Se puede muy bien utilizar a los niños como testigos de la verdad de Hume. ¿Quién, en tu opinión, se sorprendería más al ver una piedra quedarse una hora o dos flotando en el aire, un niño de un año o tú?

—Me sorprendería más yo.

—¿Por qué, Sofía?

—Probablemente porque yo entiendo mejor que el niño lo antinatural que sería.

—¿Y por qué el niño no entendería lo antinatural que sería?

—Porque aún no ha aprendido cómo es la naturaleza.

—O porque aún no ha habido tiempo para que, para él, la naturaleza se convierta en un hábito.

—Entiendo lo que quieres decir. Hume quería que la gente agudizara sus sentidos.

—Te pondré el siguiente ejercicio, Sofía. Si un niño pequeño y tú presenciáis el espectáculo de un gran prestidigitador que, por ejemplo, hace volar cosas por el aire, ¿quién se divertirá más durante el rato que dure el espectáculo?

—Creo que yo me divertiría más.

—¿Y por qué?

—Porque yo habría entendido lo improbable que era el que eso sucediese.

—De acuerdo. Porque el niño no encuentra ninguna satisfacción en ver la anulación de las leyes de la naturaleza antes de haberlas aprendido a conocer.

—Así se puede expresar, sí.

—Y seguimos en el núcleo de la "filosofía de la percepción," de Hume. El habría añadido que el niño no es aún esclavo de las expectativas. El niño es el que tiene menos prejuicios de los dos. También puede ser que el niño sea mejor filósofo. Porque el niño no tiene opiniones preestablecidas. Y eso, Sofía, es la mayor virtud del filósofo. El niño percibe el mundo tal como es, sin añadir a las cosas más de lo que simplemente percibe.

—Me fastidia mucho cada vez que me siento predispuesta contra algo.

—Cuando Hume discute el poder del hábito, se concentra en la ley causa-efecto. Esa ley dice que todo lo que ocurre tiene que tener una causa. Hume usa como ejemplo dos bolas de billar. Si tiras una bola de billar negra contra una bola de billar blanca que está en reposo, ¿qué ocurre entonces con la bola blanca?

—Si la bola negra toca la blanca, la blanca comienza a moverse.

—De acuerdo, y ¿por qué?

—Porque ha sido golpeada por la bola negra.

—En este caso se suele decir que el golpe de la bola negra es la causa de que la bola blanca se ponga en marcha. Pero hay que recordar que sólo tenemos derecho a expresar algo con seguridad si lo hemos percibido.

—De hecho, yo lo he percibido un montón de veces, porque Jorunn tiene una mesa de billar en el sótano.

—Hume dice que lo único que has percibido es que la bola negra toca la blanca y que a continuación la bola blanca empieza a rodar sobre la mesa. No has percibido la causa en sí de que la bola blanca empiece a rodar. Has percibido que un suceso sigue a otro en el tiempo, pero no has percibido que el segundo suceso ocurra *a causa* del primero.

—¿No es eso un poco sutil?

—No, es importante. Hume subraya que la expectación de que lo uno siga a lo otro no está en los mismos objetos, sino en nuestra conciencia. Y la expectación tiene que ver con el hábito, como ya hemos visto. De nuevo podemos utilizar el ejemplo del niño pequeño. Él no se habría sorprendido si una bola hubiese tocado la otra y las dos bolas se hubiesen quedado quietas. Cuando hablamos de «leyes de la naturaleza» o "causa y efecto", hablamos en realidad del hábito de las personas y no de lo "racional". Las leyes de la naturaleza no son ni racionales ni irracionales, simplemente *son*. Esto significa que la

expectación de que la bola blanca de billar se ponga en marcha al ser alcanzada por la negra no es innata. No nacemos con una serie de expectativas sobre cómo es el mundo o cómo se comportan las cosas del mundo. El mundo es cómo es, esto es algo que vamos percibiendo poco a poco.

—Vuelvo a tener la sensación de que esto no puede ser tan importante.

—Puede ser importante si la expectación creada nos hace sacar conclusiones precipitadas. Hume no niega que haya "leyes inquebrantables de la naturaleza", pero debido a que no somos capaces de percibir las leyes en la naturaleza en sí, corremos el riesgo de sacar conclusiones demasiado rápidamente.

—¿Puedes ponerme algún ejemplo?

—Aunque yo vea una manada entera de caballos negros no significa que todos los caballos sean negros.

—En eso evidentemente tienes razón.

—Y aunque durante toda mi vida sólo haya visto cuervos negros, no significa que no pueda haber un cuervo blanco. Es muy importante tanto para el filósofo como para el científico no rechazar la posibilidad de que exista un cuervo blanco. Casi podríamos decir que la búsqueda del cuervo blanco es la tarea más importante de la ciencia.

—Entiendo.

—En cuanto a la relación entre causa y efecto puede que muchos piensen que el relámpago es la causa del trueno, porque el trueno siempre viene después del relámpago. Este ejemplo no es muy distinto al de las dos bolas de billar. ¿Pero es en realidad así? ¿Es el relámpago la causa del trueno?

—No del todo, porque en realidad hay truenos y relámpagos a la vez.

—Porque tanto el relámpago como el trueno se producen debido a una descarga eléctrica. Aunque siempre percibimos que el trueno llega después del relámpago, no significa que el relámpago sea la causa del trueno. En realidad, hay un tercer factor que lo desencadena.

—Comprendo.

—Un empirista de nuestro siglo, Bertrand Russell, ha dado un ejemplo muy grotesco. Un pollito que todos los días percibe que el encargado de las gallinas cruza el patio, acabará por sacar la conclusión de que hay una relación causal entre el hecho de que el encargado cruce el patio y que la comida llegue al plato.

—¿Y si un día no dan de comer al pollito?

—Un día el encargado cruza el patio y degüella al pollito.

—¡Qué horrible!

—El que algo se suceda en el tiempo no significa necesariamente que se trate de una relación causa-efecto. Una de las misiones principales de los filósofos es la de advertir a la gente que no saque conclusiones demasiado precipitadamente. De hecho, algunas de éstas han dado origen a muchas formas de superstición.

—¿Cómo?

—Ves un gato negro que cruza el camino. Un poco más tarde, ese día, te caes y te rompes el brazo. Pero no significa que haya ninguna relación causal entre esos dos sucesos. Sobre todo es importante no sacar conclusiones precipitadas en un contexto científico. Aunque mucha gente se cure después de haber tomado una determinada medicina, no significa que sea la medicina la que los haya curado. Así pues, es preciso contar con un gran grupo de personas que crean que reciben la misma medicina, pero que en realidad sólo están tomando harina y agua. Si también estas personas se curan, tiene que haber un tercer factor, por ejemplo la fe en la medicina que las ha curado.

—Creo que empiezo a entender lo que se quiere decir con empirismo.

—También en lo que se refiere a la ética y la moral, Hume se rebeló contra el pensamiento racionalista. Los racionalistas habían opinado que es inherente a la razón del hombre el saber distinguir entre el bien y el mal. Esta idea del llamado derecho natural está presente en muchos filósofos desde Sócrates hasta Locke. Pero según Hume, no es la razón la que decide lo que decimos y lo que hacemos.

—¿Entonces qué es?

—Son nuestros sentimientos. Si te decides a ayudar a alguien necesitado de ayuda, son tus sentimientos, no tu razón, lo que te pone en marcha.

—¿Y si no me da la gana ayudar?

—También en ese caso son tus sentimientos los que deciden. No es ni sensato ni insensato no ayudar a alguien que necesite ayuda, pero puede ser vil.

—Pero en algún sitio habrá un límite. Todo el mundo *sabe* que no está bien matar a otra persona.

—Según Hume todo el mundo tiene cierto sentimiento hacia el bien de los demás. Tenemos la capacidad de mostrar compasión. Pero todo esto no tiene nada que ver con la razón.

—No sé si estoy de acuerdo en eso.

—No resulta siempre irrazonable quitar de en medio a una determinada persona, Sofía. Si uno desea conseguir algo, puede resultar incluso bastante útil.

—¡Por favor! ¡Protesto!

—Entonces intenta explicar por qué no se debe matar a una persona molesta.

—También el otro ama la vida. Por eso no puedes matarle.

—¿Es ésa una prueba lógica?

—No lo sé.

—Partiendo de una *frase descriptiva*, también el otro ama la vida, has llegado a lo que llamamos una *frase normativa*, por eso no debes matarlo. En un sentido racional esto es un disparate. Podrías igualmente decir "hay mucha gente que comete fraude fiscal, por eso yo también debo cometer fraude fiscal". Hume señaló que nunca se debe partir de frases de «es», para llegar a frases de «debe». Y sin embargo esto es muy corriente, sobre

todo en artículos periodísticos, programas de partidos políticos y discursos parlamentarios. ¿Quieres que te ponga algún ejemplo?

—Me encantaría.

—"Cada vez hay más gente que desea viajar en avión. Por eso deben construirse más aeropuertos". ¿Te parece sostenible esta conclusión?

—No, es una tontería. También debemos pensar en el medio ambiente. Yo pienso que deberíamos construir mas tramos de ferrocarril.

—O se dice: «La explotación de nuevos campos petrolíferos aumentará el nivel de vida del país en un 10%. Por eso debemos desarrollar cuanto antes nuevos campos petrolíferos».

—Tonterías. También en este tema tenemos que pensar en el medio ambiente. Además el nivel de vida noruego es lo suficientemente alto.

—A veces se dice que «esta ley ha sido aprobada por el Parlamento, por eso todos los ciudadanos deben cumplirla». Pero muchas veces seguir tales «leyes aprobadas» va en contra de las convicciones más íntimas de una persona.

—Entiendo.

—Hemos señalado que no podemos probar con la razón cómo debemos actuar. Actuar responsablemente no equivale a agudizar la razón, sino a agudizar los sentimientos que uno tiene hacia los demás. "No va en contra de la razón el preferir la destrucción del mundo entero a tener un rasguño en un dedo", dijo Hume.

—Qué postulado más odioso.

—Quizás resulte aún más siniestro confundir los conceptos. Sabes que los nazis mataron a millones de judíos. Dirías que algo anduvo mal en la razón de esa gente o en sus emociones.

—Ante todo en sus sentimientos.

—Muchos de ellos también tenían la cabeza muy despejada, lo que demuestra que, en muchos casos, puede haber un cálculo tremendamente frío detrás de las decisiones crueles e insensibles. Después de la guerra, muchos nazis fueron condenados, pero no porque hubieran sido "irracionales", sino porque habían sido "cruels". De hecho, sucede que se absuelve a gente que no ha tenido la mente despejada en el momento de cometer un crimen. Entonces se dice que han actuado en un "momento de enajenación mental". Nunca se absuelve a alguien por haber carecido de sentimientos.

—¡Faltaría mas!

—Tampoco hace falta ir a los ejemplos más grotescos. Si una catástrofe natural como una inundación, por ejemplo, provoca que mucha gente necesite ayuda, son los sentimientos los que deciden si vamos a acudir o no. Si hubiéramos sido insensibles, dejando la decisión a la «fría razón», quizás habríamos pensado que se murieran unos cuantos millares de personas en un mundo que está amenazado de sobrepoblación.

—Es terrible que alguien pueda pensar así.

—No es tu razón la que se enfada.

—Basta.

Berkeley

... como un planeta mareado alrededor de un sol en llamas...

Alberto se levantó y se dirigió a la ventana que daba a la ciudad. Sofía se puso a su lado. Estando así, un pequeño avión de hélices irrumpió en el aire, volando bajo sobre los tejados. De la avioneta colgaba una cinta en la que ponía: ¡FELICIDADES, HILDE!, EN TU DECIMOQUINTO CUMPLEAÑOS.

—Qué pesado —fue el comentario de Alberto.

Desde las colinas en el sur bajaban nubes oscuras sobre la ciudad. La avioneta desapareció en una de las nubes.

—Me temo que va a haber tormenta —dijo Alberto.

—Entonces cogeré el autobús para ir a casa.

—Espero que no sea ese mayor el que esté detrás de la tormenta también.

—¿Pero no puede ser omnipotente, no?

Alberto no contestó. Cruzó la habitación y se volvió a sentar junto a la mesita.

—Tenemos que hablar un poco de Berkeley —dijo al cabo de un rato.

Sofía ya se había sentado. Se dio cuenta de que había empezado a morderse las uñas.

— George Berkeley fue un Obispo irlandés que vivió de 1685 a 1753 —comenzó Alberto, sin luego continuar.

—Sí, Berkeley fue un obispo irlandés —repitió Sofía.

—Pero también era filósofo...

—¿Sí?

—Él sentía que la filosofía y la ciencia de la época estaban amenazando los conceptos cristianos de la vida, y que ese materialismo cada vez más dominante era una amenaza contra la fe cristiana en que es Dios quien crea y conserva todo lo que hay en la naturaleza.

—¿Sí?

—Al mismo tiempo Berkeley fue el empirista más consecuente de todos.

—¿También opinaba que no podemos saber nada más del mundo que lo que percibimos a través de nuestros sentidos?

—Y más que eso. Berkeley opinaba que las cosas en el mundo son precisamente como las sentimos, pero que no son «cosas».

—Explicame eso, por favor.

—Recordarás que Locke había señalado que no podemos pronunciarlos sobre las

"cualidades secundarias", de las cosas. No podemos decir que una manzana es verde o está ácida. Son impresiones de nuestros sentidos. Pero Locke también había dicho que las "cualidades primarias", tales como firmeza, peso, solidez, pertenecen realmente al mundo exterior, lo cual quiere decir que la realidad exterior tiene una "sustancia" física.

—Sigo teniendo buena memoria. Creo recordar además que Locke señalaba una importante distinción.

—Bueno, Sofía, ojalá fuera así.

—¡Sigue!

—Locke opinaba, igual que Descartes y Spinoza, que el mundo físico es una realidad.

—Sí, ¿y...?

—Precisamente eso es lo que Berkeley pone en duda, y lo hace practicando un empirismo consecuente. Dijo que lo único que existe es lo que nosotros percibimos. Pero no percibimos la "materia". No percibimos que las cosas son «cosas» concretas. El presumir que aquello que percibimos tiene una "sustancia" propia, es saltar demasiado rápido a la conclusión. No tenemos en absoluto ninguna base de experiencia para hacer tal aseveración.

—¡Tonterías! ¡Mira esto!

Sofía golpeó la mesa con el puño.

—¡Ay! —exclamó, porque se golpeó muy fuerte—. No prueba esto suficientemente que la mesa es una mesa real y material?

—¿Qué sentiste?

—Sentí algo duro.

—Has tenido una clara sensación de algo duro, pero no sentiste la materia de la mesa. De la misma manera puedes soñar que te das contra algo duro, pero dentro del sueño no hay nada duro, ¿verdad que no?

—En el sueño, no.

—Además se puede sugestionar a una persona para que "sienta" esto y aquello. Se puede hipnotizar a una persona y hacerle sentir calor y frío, caricias suaves y golpes duros.

—Pero si la propia mesa no es la que era dura, ¿entonces qué fue lo que me hizo sentir que lo era?

—Berkeley pensaba que era "una voluntad o un espíritu". Pensaba que todas nuestras ideas tienen una causa fuera de nuestra propia conciencia, pero esta causa no es de naturaleza material, sino espiritual.

Sofía había vuelto a morderse las uñas. Alberto prosiguió.

—Según Berkeley, mi propia alma puede ser la causa de mis propias ideas, como cuando sueño, pero solamente otra voluntad o espíritu puede ser la causa de aquellas ideas que constituyen nuestro mundo "material". Todo se debe al espíritu que causa "todo en todo" y gracias a lo cual "todas las cosas subsisten", dijo.

—¿Qué clase de "espíritu" sería ese?

—Berkeley piensa evidentemente en Dios. Dijo que "incluso podemos afirmar que la existencia de Dios se percibe mucho más nítidamente que la existencia de los hombres".

—¿Ni siquiera es seguro que nosotros existamos?

—Bueno... Todo lo que vemos y sentimos es una consecuencia de la fuerza de Dios, dijo Berkeley. Porque Dios está íntimamente presente en nuestra conciencia y suscita en ella toda esa multitud de ideas y sensaciones a las que estamos constantemente expuestos. Toda la naturaleza que nos rodea y toda nuestra existencia reposan por lo tanto en Dios. Él es la única causa de todo lo que hay.

—Estoy más bien asombrada.

—Ser o no ser, no es, pues, toda la cuestión. Otra cuestión es *qué* somos. ¿Somos personas reales? ¿Nuestro mundo esta compuesto por cosas verdaderas, o estamos rodeados de conciencia?

Una vez más Sofía empezó a morderse las uñas. Alberto prosiguió.

—Berkeley no sólo duda de la realidad material. También duda de que el «tiempo» y el espacio tengan una existencia absoluta o independiente. También nuestra vivencia del tiempo y del espacio puede ser algo que sólo se encuentre en nuestra conciencia. Una semana o dos para nosotros no tiene por que ser una semana o dos para Dios...

—Dijiste que "para Berkeley" ese espíritu en el que todo reposa es el Dios cristiano.

—Lo habré dicho. Pero para nosotros...

—¿Sí?

—... para nosotros esa voluntad o espíritu, que causa todo en todo, también podría ser el padre de Hilde.

Sofía se quedó muda. Su cara era como un signo de interrogación. Al mismo tiempo se dio cuenta de repente de algo.

—¿Tú crees?

—No veo otra posibilidad. Quizás sea la única explicación posible de todo lo que nos ha pasado. Me refiero a todas esas postales y peticiones que han ido surgiendo por tantos sitios. Pienso en que Hermes ha comenzado a hablar, y pienso en mis propios lapsus.

—Yo...

—Fíjate, llámame Sofía, Hilde. ¿Como si no supiera que no te llamas Sofía?

—¿Pero qué dices? Creo que te estás mareando.

—Sí, todo está dando vueltas, hija mía, como un planeta mareado alrededor de un sol en llamas.

—¿Y ese sol es el padre de Hilde?

—Se podría decir así, sí.

—¿Quieres decir que ha sido como una especie de Dios para nosotros?

—Sin modestia, sí. ¡Pero debería darle vergüenza!

—¿Y qué pasa con Hilde?

—Ella es un ángel, Sofía.

—¿Un ángel?

—Hilde es aquella a la que se dirige el espíritu.

—¿Quieres decir que Alberto Knag nos está hablando de Hilde?

—O escribiendo sobre nosotros. Porque no podemos percibir la sustancia de la que nuestra realidad está hecha, eso ya lo sabemos. No podemos saber si nuestra realidad exterior está hecha de ondas de sonido o de papel y escritura. Según Berkeley sólo podemos saber que somos espíritu.

—Y Hilde es un ángel...

—Es un ángel, así es. Dejémoslo ahí. Felicidades, Hilde.

La habitación se llenó de una luz azulada. Unos instantes después se oyó un fuerte trueno que sacudió la casa.

Alberto se quedó sentado con la mirada fija en algo muy lejano.

—Tengo que irme a casa —dijo Sofía.

Se levantó y se precipitó hacia la salida. En el momento de salir por la puerta, Hermes, que había estado durmiendo bajo el perchero, se despertó y fue como si dijera algo de despedida:

—Hasta pronto, Hilde.

Sofía bajó corriendo la escalera y salió a la calle. No había nadie. De repente comenzó a llover a cántaros.

Un par de coches pasaron por el asfalto mojado, pero Sofía no veía ningún autobús. Cruzó la Plaza Mayor corriendo. En su cabeza sólo había un pensamiento. Mañana es mi cumpleaños, pensó. ¿No resultaba demasiado penoso tener que reconocer que la vida es un sueño justo el día antes de cumplir quince años? Era como soñar que te tocaban diez millones en la lotería y de repente, justo antes del gran sorteo, darte cuenta de que todo había sido un sueño. Sofía cruzó corriendo el campo de deportes mojado. De repente se dio cuenta de que una persona venía corriendo hacia ella. Era su madre. Los rayos reventaron el cielo repetidamente. Cuando se encontraron las dos, la madre la abrazó.

—¿Qué es lo que nos está sucediendo, mi pequeña?

—No lo sé —contestó Sofía llorando—. Es como una pesadilla.

Bjerkely

... un viejo espejo mágico que la bisabuela había comprado a una gitana...

Hilde Møller Knag se despertó en la buhardilla de la vieja villa en las afueras de la pequeña ciudad de Lillesand. Miró el reloj. Sólo eran las seis, y sin embargo era totalmente de día. Una ancha franja de sol matutino cubría ya casi toda la pared.

Salió de la cama y se acercó a la ventana tras haber arrancado una hoja del calendario que había sobre el escritorio. Jueves 14 de junio de 1990. Hizo una bolita con la hoja y la tiró a la papelera. Viernes 15 de junio de 1990, ponía ya muy claramente en el calendario. Ya en enero había escrito "QUINCE AÑOS" en esta hoja. Le pareció especialmente significativo cumplir quince años el día quince. ¡Eso no volvería a sucederle nunca!

¡Quince años! ¿No sería ése el primer día de su vida de "adulta"? No podía volverse a la cama como si nada. Además, era el último día de colegio antes de las vacaciones. Hoy sólo tenían que ir a la iglesia a la una. Y había algo más: dentro de una semana volvería papá del Líbano. Había prometido estar en casa para San Juan.

Hilde se colocó junto a la ventana y miró el jardín y el muelle y la pequeña caseta donde se guardaba la barca. Aún no habían sacado la barca de motor, pero el viejo bote estaba amarrado en el muelle. Tenía que acordarse de achicar el agua después de la fuerte lluvia de anoche.

Mirando la pequeña bahía se acordó de pronto de que una vez, cuando tenía seis o siete años, se metió en el bote y se fue remando sola hacia el mar. Luego se cayó al agua y a duras penas pudo llegar a la playa. Calada hasta los huesos subió por los matorrales. Cuando por fin estuvo en el jardín, delante de la casa, su madre llegó corriendo. El bote y los dos remos se habían quedado flotando en el agua. Todavía soñaba de vez en cuando con el bote abandonado flotando allí fuera solo. Había sido una experiencia humillante.

El jardín no era especialmente frondoso, ni estaba especialmente bien cuidado, pero era grande y era de Hilde. Un manzano doblado por el viento y unos pocos frambuesos que casi no tenían frutos habían sobrevivido a duras penas a los fuertes temporales del invierno. Entre matorrales y piedras estaba el viejo balancín en el pequeño trozo de césped. Tenía un aspecto un poco triste, tan solo en la fuerte luz de la mañana. Parecía aun más triste porque habían recogido los cojines. Habría sido mamá anoche, para ponerlos a salvo de la tormenta. Todo el gran jardín estaba rodeado de abedules. Así,

quedaba al menos protegido de los fuertes golpes de viento. Estos abedules fueron los que dieron el nombre de Bjerkely a la finca hacía más de cien años.

El bisabuelo de Hilde había construido la casa justo antes del cambio de siglo. Fue capitán en uno de los últimos grandes veleros. Todavía hoy había mucha gente que conocía la casa como Villa del Capitán.

Esa mañana en el jardín había huellas de la fortísima lluvia de la noche anterior. Hilde se había despertado varias veces por los truenos. Ahora no se veía ni una sola nube. Todo parecía muy fresco tras esos chaparrones de verano. Las últimas semanas habían sido secas y calurosas, los abedules tenían ya un feo tono amarillo en la capa exterior de las hojas. Ahora era como si el mundo estuviera recién lavado. Hilde tenía además la sensación de que toda su infancia había desaparecido con la tormenta de la noche anterior. "Claro que duele cuando brota..." ¿Era una poetisa sueca la que había dicho algo así? ¿O quizás finlandesa? Hilde se puso delante del gran espejo de latón que colgaba encima de la vieja cómoda que perteneció a su abuela. ¿Era guapa? Al menos no era muy fea. No era ni guapa ni fea.

Tenía el pelo rubio y largo. A Hilde le hubiera gustado tener un pelo un poco más rubio o un poco más oscuro. Así, ni lo uno ni lo otro, resultaba un poco soso. En la parte positiva anotó sus rizos. Muchas de sus amigas se rizaban el pelo, pero los rizos de Hilde eran naturales. Anotó también en la parte positiva los ojos verdes, muy verdes, por cierto. «Son verdaderamente verdes», solían decir sus tíos y tías mirándola fijamente.

Hilde se preguntó si esa imagen que estaba estudiando era el reflejo de una chica o de una mujer joven. Llegó a la conclusión de que no era ni lo uno ni lo otro. Su cuerpo tenía algo de mujer, pero su cara parecía una manzana sin madurar.

Este viejo espejo tenía algo que a Hilde siempre le hacía pensar en su padre. Antes había estado colgado abajo en el estudio. El estudio era la biblioteca, lugar de retiro y cuarto de poeta de su padre, situado encima de la caseta de la barca. Alberto como le llamaba Hilde cuando él estaba en casa, siempre había soñado con escribir algo grande. Una vez había intentado escribir una novela, pero todo quedó en el intento. De vez en cuando publicaba algún poema o esbozo sobre la costa en el periódico local. A Hilde le enorgullecía casi tanto como a él ver el nombre de su padre impreso: ALBERT KNAG. Al menos en Lillesand era un nombre que tenía cierta resonancia. También el bisabuelo se había llamado Albert.

Volvió a pensar en el espejo. Hace muchos años su padre había bromeado diciendo que era posible guiñarse un ojo a sí mismo en un espejo, pero que no se podía uno guiñar a sí mismo los dos ojos a la vez. La única excepción era este espejo de latón, porque era un viejo espejo mágico que la bisabuela había comprado a una gitana, poco después de casarse.

Hilde lo había intentado muchas veces, pero era tan difícil guiñarse los dos ojos a la vez como intentar alejarse de su propia sombra. Al final le habían regalado a ella el viejo

tesoro heredado. Durante toda su infancia había vuelto de vez en cuando a intentar lo imposible.

No era de extrañar que hoy estuviera un poco pensativa. Tampoco era de extrañar que hoy se sintiera un poco egocéntrica. Quince años...

Hasta ese momento no había mirado la mesilla de noche. ¡Había un gran paquete! Envuelto en un precioso papel azul celeste y con cinta roja de seda. ¡Tenía que ser un regalo de cumpleaños!

¿Sería "el" regalo? ¿Podría ser el gran REGALO de papá, ese que había estado envuelto en tanto misterio? Papá había hecho un montón de extrañas insinuaciones en las postales. Pero se había "impuesto a sí mismo una severa censura."

El regalo era algo que "crecía y crecía", había dicho en una postal. Luego había insinuado algo sobre una chica a la que pronto conocería, y a la que le había mandado copia de todas las postales. Hilde había intentado preguntárselo a su madre, pero ella tampoco tenía ni idea.

Lo más raro de todo fue un comentario acerca del regalo sobre que tal vez "pudiera compartirse con otras personas". Por algo trabajaba para las Naciones Unidas. Una de las ideas fijas —tenía muchas— del padre de Hilde era que las Naciones Unidas deberían tener una especie de responsabilidad de gobierno sobre todo el mundo. "Ojalá las Naciones Unidas logren algún día unir a la humanidad", había escrito en una de las postales.

¿Podría abrir el paquete antes de que mamá subiera con panecillos y bebida, el regalo y las banderitas? Suponía que sí, pues si no, no lo habrían dejado en su mesilla.

Hilde cruzó el cuarto de puntillas y cogió el paquete de la mesilla. ¡Pesaba un montón! Encontró una tarjetita: "A Hilde, en su decimoquinto cumpleaños, de papa".

Se sentó en la cama y comenzó a quitar cuidadosamente la cinta roja. Luego quitó el papel.

¡Era una carpeta grande de anillas!

¿Ése era el regalo? ¿Ese era el regalo del que tanto se había hablado? ¿Ése era el regalo que había "crecido y crecido" y que además podía compartirse con otros?

Una rápida ojeada reveló que la carpeta estaba llena de hojas escritas a máquina. Hilde conocía el tipo de letra de la máquina de escribir que papá se había llevado al Líbano.

¡Le había escrito un libro entero!

En la primera hoja ponía con letras mayúsculas escritas a mano:

EL MUNDO DE SOFÍA.

Un poco más abajo en la página ponía escrito a máquina:

LO QUE ES EL SOL PARA LA TIERRA
NEGRA,

LA VERDADERA ILUSTRACIÓN LO ES PARA EL AMIGO DE LA TIERRA.

N. F. S. Grundtvig

Hilde pasó la hoja. En la parte superior de la siguiente página comenzaba el primer capítulo, cuyo título era: El jardín del Edén.

Se acomodó en la cama, apoyo la carpeta contra las rodillas y comenzó a leer.

Sofía Amundsen volvía a casa después del instituto. La primera parte del camino la había hecho en compañía de Jorunn. Habían hablado de robots. Jorunn opinaba que el cerebro humano era como un sofisticado ordenador. Sofía no estaba muy segura de estar de acuerdo. Un ser humano tenía que ser algo más que una máquina.

Hilde continuó leyendo, y pronto se olvidó de todo. Se olvidó incluso de que era su cumpleaños. No obstante, de vez en cuando un pensamiento lograba meterse entre las líneas de lo que estaba leyendo.

¿Papá había escrito una novela? ¿Por fin se había puesto a escribir su gran novela? ¿La había acabado en el Líbano? Se había quejado muchas veces de que el tiempo se hacía muy largo en aquellas latitudes.

También el padre de Sofía estaba viajando. ¿Sería ella la chica a la que Hilde conocería...?

Cuando había conseguido tener una fuerte sensación de que un día desaparecería del todo, entendía realmente lo enormemente valiosa que es la vida... ¿De dónde viene el mundo?... Al fin y al cabo, algo tuvo que surgir en algún momento de donde no había nada de nada. ¿Pero era eso posible? ¿No resultaba eso tan imposible como pensar que el mundo había existido siempre?

Hilde seguía leyendo. Confundida, daba saltos en la cama cuando leía que Sofía Amundsen recibía postales del Líbano. "Hilde Møller Knag: c/o Sofía Amundsen, Camino del Trébol, 3..."

Querida Hilde. Te felicito de corazón en tu decimoquinto cumpleaños. Como puedes ver, quiero hacerte un regalo con el que podrás crecer. Perdóname por enviar la postal a Sofía. Resulta más fácil así. Con todo cariño, papá.

¡Ese granuja! Hilde siempre había pensado que papá era un tunante, pero ahora se había superado a sí mismo. En lugar de adjuntar esta postal al paquete la había incorporado al mismo libro-regalo.

Pero la pobre Sofía estaba totalmente confusa.

¿Por qué un padre iba a enviar una felicitación a la dirección de Sofía cuando estaba clarísimo que iba destinada a otra persona? ¿Qué padre privaría a su hija de la ilusión de recibir una tarjeta de cumpleaños enviándola a otras señas? ¿Por qué resultaba «más fácil así»? Y ante todo: ¿cómo encontraría a Hilde? Exactamente, ¿cómo iba a hacerlo?

Hilde dio la vuelta a la página y comenzó a leer el segundo capítulo. Se titulaba «El sombrero de copa». Luego venía una larga carta que la misteriosa persona había escrito a Sofía. Hilde contuvo el aliento.

Interesarse por el por qué vivimos no es, por lo tanto, un interés tan fortuito o tan casual como, por ejemplo, coleccionar sellos. Quien se interesa por cuestiones de ese tipo está preocupado por algo que ha interesado a los seres humanos desde que viven en este planeta. El cómo ha nacido el universo, el planeta y la vida aquí...

«Sofía se sentía agotada.» Así se sentía también Hilde. Papá no sólo le había escrito un libro para su decimoquinto cumpleaños, sino que había escrito un libro extraño y misterioso.

Un breve resumen: se puede sacar un conejo blanco de un sombrero de copa vacío. Dado que se trata de un conejo muy grande, este truco dura muchos miles de millones de años. En el extremo de los finos pelillos de su piel nacen todas las criaturas humanas. De esa manera son capaces de asombrarse por el imposible arte de la magia. Pero conforme se van haciendo mayores, se adentran cada vez más en la piel del conejo, y allí se quedan...

No sólo era Sofía la que tenía la sensación de encontrarse en un lugar muy dentro de la piel del conejo blanco. Hoy Hilde cumplía quince años. También tuvo la sensación de que había llegado la hora de decidir por qué camino seguiría gateando hacia arriba.

Leyó acerca de todos los filósofos de la naturaleza. Hilde sabía que su padre se interesaba por la filosofía. Había escrito en el periódico que la filosofía debería ser una asignatura más en la escuela. ¿Por qué se debe incluir la asignatura de filosofía en el nuevo plan de estudios?, se titulaba el artículo. Papá también había sacado el tema en una reunión de padres de la clase de Hilde. A ella le había dado mucha vergüenza.

Miró el reloj. Eran las siete y media. Afortunadamente, su madre tardaría otra hora en subir con la bandeja del cumpleaños; en ese momento no había nada que le interesara más que Sofía y todas aquellas preguntas filosóficas. Leyó el capítulo que se titulaba

"Demócrito". Primero se planteaba a Sofía una pregunta para que la meditara: ¿por qué las piezas del lego son el juguete más genial del mundo? Luego encontró un «sobre amarillo grande» en el buzón.

Demócrito estaba de acuerdo con sus predecesores en que los cambios en la naturaleza no se debían a que las cosas realmente «cambiaran». Suponía, por lo tanto, que todo tenía que estar construido por unas piecitas pequeñas e invisibles, cada una de ellas eterna e inalterable. A estas piezas más pequeñas Demócrito las llamó átomos.

Hilde se indignó al leer que Sofía encontró su pañuelo rojo de seda debajo de la cama. ¡Conque ése era el camino que había tomado su pañuelo! ¿Pero cómo puede desaparecer un pañuelo simplemente para entrar en un cuento? Tendría que estar también en otro sitio.

El capítulo sobre Sócrates comenzó cuando Sofía leyó "unas líneas sobre el batallón noruego de las Naciones Unidas en el Líbano", en un periódico. ¡Típico de su padre! Le obsesionaba mucho que los noruegos no mostraran más interés por la labor de paz llevada a cabo por los cascos azules de las Naciones Unidas. Si a nadie más le interesaba, por lo menos debía interesarle a Sofía. De esta manera papá se inventaba una especie de atención por parte de los medios de comunicación.

No pudo evitar una sonrisita al leer una «P.S.» en la carta del profesor de filosofía a Sofía:

Si encontraras un pañuelo rojo de seda, ruego lo guardes bien. De vez en cuando, objetos de este tipo se cambian por error en colegios y lugares así, y ésta es una escuela de filosofía.

Hilde oyó ruidos en la escalera. Seguramente era su madre que venía con la bandeja del cumpleaños. Antes de que llamara a la puerta, Hilde tuvo tiempo de leer que Sofía había encontrado en el lugar secreto del jardín la cinta de vídeo de Atenas.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo querida Hilde, cumpleaños feliz! —mamá empezó a cantar ya en la escalera.

—Adelante —dijo Hilde, mientras leía que el profesor de filosofía había empezado a hablar a Sofía directamente desde la Acrópolis. Era casi idéntico al padre de Hilde, con la "barba negra muy aseada", y la boina azul.

—¡Felicidades, Hilde!

—Hmm...

—Pero, Hilde, ¿qué te pasa?

—Ponlo allí si quieres.

—¿No vas a...?

—¿No ves que estoy ocupada?

—¡Pensar que tienes ya quince años!

—¿Has estado en Atenas, mamá?

—No, ¿por qué?

—Es curioso que los viejos templos aún estén allí. Tienen 2.000 años. El más grande se llama "Morada de la Virgen".

—¿Has abierto el regalo de papá?

—¿Qué regalo?

—Por favor, Hilde, levanta la vista de una vez. Estás como enloquecida.

Hilde dejó caer la carpeta sobre sus rodillas.

Su madre se inclinó sobre la cama. En la bandeja traía una vela encendida, panecillos con mantequilla y una Fanta. También había un paquetito en la bandeja.

—Mil gracias, mamá. Eres un encanto, pero, ¿sabes?, no tengo mucho tiempo.

—Pero si no tienes que estar en la iglesia hasta la una.

Por fin Hilde se dio cuenta de verdad de dónde estaba, y por fin la madre puso la bandeja en la mesilla.

—Perdóname, estaba completamente absorta en esto.

Señaló la carpeta y prosiguió:

—Es de papá...

—¿Qué es lo que ha escrito? Yo estaba tan ilusionada como tú. Y no he podido sacarle a tu padre una palabra sensata en meses.

Por alguna razón Hilde se sintió de pronto un poco tímida.

—Ah, es sólo un cuento.

—¿Un cuento?

—Sí, un cuento. Y luego un libro de filosofía. Bueno, algo así.

—¿No vas a abrir mi paquete?

Hilde no podía establecer diferencias entre sus padres, de modo que también desenvolvió el paquete de la madre. Era una pulsera de oro.

—¡Qué preciosidad! ¡Muchísimas gracias!

Hilde se levantó y abrazó a su madre. Se quedaron un rato sentadas charlando.

—Ya puedes marcharte —dijo de pronto Hilde—. En este momento está en lo alto de la Acrópolis, ¿sabes?

—¿Quién?

—Ni idea. Sofía tampoco lo sabe. Eso es precisamente lo interesante.

—Bueno, tengo que ir a la oficina. Come un poco, hija. Tu vestido está colgado abajo.

Por fin. La madre desapareció por la escalera. Lo mismo ocurrió con el profesor de Sofía, bajando las escaleras de la Acrópolis. Se colocó en el monte del Areópago, y un poco más tarde apareció en la vieja plaza de Atenas.

Hilde se sobresaltó cuando los viejos edificios se levantaron de repente de las ruinas. Una de las ideas fijas de su padre era que todos los países de las Naciones Unidas deberían unirse para construir una copia exacta de la antigua plaza de Atenas, donde se pudiera trabajar en cuestiones filosóficas y además en actividades de desarme. Un gigantesco proyecto de este tipo uniría a la humanidad, pensaba él. "Ya sabemos construir plataformas petrolíferas y naves espaciales."

Luego leyó acerca de Platón. "Sobre las alas del amor volará el alma a casa, al mundo de las Ideas, donde será librada de la cárcel del cuerpo".

Sofía se había metido por el seto siguiendo a Hermes, pero él pronto desapareció. Después de haber leído sobre Platón, ella se adentró más en el bosque y llegó a una cabaña junto a un pequeño lago. Allí había colgada una pintura de Bjerkely. Por la descripción resultaba evidente que tenía que ser la Bjerkely de Hilde. También había allí un retrato de un señor llamado Berkeley.

«¿No resultaba curioso?»

Hilde dejó la voluminosa carpeta sobre la cama, se acercó a la librería y miró en una enciclopedia que le habían regalado en su decimocuarto cumpleaños. Berkeley... ya.

Berkeley, George (1685-1853), filósofo inglés, obispo de la ciudad de Cloyne. Niega la existencia de un mundo material fuera de la conciencia del hombre. Nuestras sensaciones están producidas por Dios. B. es también famoso por su crítica a las ideas generales abstractas. Obra principal: Tratado concerniente a los principios del conocimiento humano (1710).

Pues sí, era curioso. Hilde se quedó unos instantes de pie, pensando, antes de volver a la cama y a la carpeta.

De alguna manera era su padre el que había colgado los dos cuadros. ¿Podía haber otra conexión aparte del parecido de nombres?

Entonces Berkeley era un filósofo que negaba la existencia de un mundo material fuera de la conciencia del hombre. ¡Qué cosas tan raras se podían afirmar! Pero no resultaba siempre tan fácil refutar aquellas afirmaciones. La descripción encajaba muy bien en el mundo de Sofía, sin embargo. Pues sus "sensaciones", habían sido provocadas por el padre de Hilde.

Se enteraría mejor cuando leyera más. Hilde se rió cuando leyó que Sofía vio el reflejo de una chica que le guiñaba los dos ojos. "Parecía como si la muchacha del espejo guiñara los ojos a Sofía. Era como si quisiera decir: te veo, Sofía". Estoy aquí, al otro lado".

Encontró su monedero verde, con el dinero y todo. ¿Cómo había ido a parar

allí?

¡Tonterías! Durante un instante Hilde había pensado que Sofía realmente lo había encontrado. Pero también intentó identificarse con Sofía para sentir cómo habría sido todo aquello para ella. Para ella todo era muy misterioso y muy enigmático.

Por primera vez Hilde sintió un verdadero deseo de encontrarse cara a cara con Sofía. Tenía ganas de hablar con ella sobre la explicación de todo esto.

Pero Sofía tendría que salir de la cabaña antes de ser cogida en flagrante. El bote estaría flotando en el agua, claro. Papá no podía dejar de recordarle la vieja historia del bote.

Hilde bebió un trago de Fanta y empezó un panecillo con ensalada de gambas mientras leía la carta sobre el "hombre ordenado", Aristóteles, que había criticado la doctrina de Platón.

Aristóteles señaló que no existe nada en la mente que no haya estado antes en los sentidos, y Platón podría haber dicho que no hay nada en la naturaleza que no haya estado antes en el mundo de las ideas. En ese sentido, opinaba Aristóteles, Platón «duplicaba el número de las cosas».

Hilde no sabía, de hecho, que fue Aristóteles quien había inventado ese juego del "reino vegetal, reino animal y reino mineral."

Aristóteles se propuso hacer una buena limpieza en el cuarto de la naturaleza. Intentó mostrar que todas las cosas de la naturaleza pertenecen a determinados grupos y subgrupos.

Cuando se enteró de la visión que tenía Aristóteles de la mujer, se desilusionó y se indignó muchísimo. ¿Cómo podía ser un filósofo tan agudo y a la vez tan idiota?

Sofía se había inspirado en Aristóteles para ordenar su propio cuarto. ¡Y allí, junto a todos los demás trastos, encontró aquella media blanca que había desaparecido hacía un mes del cajón de Hilde! Sofía metió todas las hojas que le había dado Alberto en una carpeta de anillas. ¡Ya había más de cincuenta páginas! Hilde, por su parte, había llegado a la página ciento veinticuatro, pero, claro, ella tenía toda la historia sobre Sofía, además de todas las "cartas del curso" de Alberto Knox.

"El helenismo" se titulaba el siguiente capítulo. Lo primero que sucedió en este capítulo fue que Sofía encontró una postal con la foto de un jeep de las Naciones Unidas. Llevaba el matasellos del Batallón de las Naciones Unidas,

del 15 del 6. De nuevo una postal para Hilde, pegada en el cuento en lugar de enviada por correo:

Querida Hilde. Supongo que piensas celebrar tu decimoquinto cumpleaños. ¿Lo harás al día siguiente? Bueno, la duración del regalo no tiene ninguna importancia. De alguna manera durará toda la vida. Te vuelvo a felicitar. Ahora habrás entendido por qué envió las postales a Sofía. Estoy seguro de que ella te las enviará a ti.

P.S. Mamá me dijo que habías perdido tu cartera. Prometo pagar las coronas que perdiste. En el colegio te darán otro carnet escolar, supongo, antes de que cierre por vacaciones.

Mucho cariño de tu papá.

No estaba mal. Significaba que se había ganado 150 coronas. A lo mejor papá había pensado que sólo con un regalo casero era suficiente.

Resultaba, pues, que también el 15.6 era el cumpleaños de Sofía. Pero el calendario de Sofía sólo había llegado hasta la primera quincena de mayo. Sería cuando su padre escribió precisamente ese capítulo, y entonces habría fechado por adelantado la tarjeta de cumpleaños para Hilde.

Y la pobre Sofía corriendo al centro comercial para encontrarse con Jorunn.

¿Quién era Hilde? ¿Cómo era posible que el padre de esa chica diera más o menos por sentado que Sofía conocería a Hilde? En todo caso no parecía lógico que enviara las postales a Sofía, en lugar de enviarlas directamente a su hija.

También Hilde se sentía elevada por encima de la habitación mientras leía acerca de Plotino.

Digo que hay algo de misterio divino en todo lo que existe. Lo vemos brillar en un girasol o en una amapola. Y también intuimos algo del inescrutable misterio cuando vemos a una mariposa levantar el vuelo desde una rama, o a un pez dorado que nada en su pecera. Pero donde más cerca de Dios podemos estar es en nuestra propia alma. Sólo allí podemos unirnos con el gran misterio de la vida. En muy raros momentos podemos incluso llegar a sentir que *nosotros mismos somos el misterio divino*.

Hasta ahora esto era de lo más vertiginoso que había leído Hilde. Y al mismo tiempo lo más sencillo: todo es Uno, y ese "Uno", es un misterio divino

del que todo el mundo forma parte. Esto no era en realidad algo en lo que hiciera falta creer. Es así, pensó Hilde. Y cada uno puede interpretar la palabra «divino» como quiera.

Pasó rápidamente al capítulo siguiente. Sofía y Jorunn se iban de excursión con tienda de campaña la noche del 1 de mayo. Luego fueron a la Cabaña del Mayor.

Hilde no había leído aún muchas páginas antes de levantarse y dar unos pasos por la habitación con la carpeta de anillas en los brazos.

¡Qué cara! En esa pequeña cabaña del bosque su padre dejó que las dos amigas encontraran copias de todas las postales que él había enviado a Hilde durante la primera parte de mayo. Las copias eran auténticas.

Cuando Hilde recibía esas postales de su padre solía leerlas dos y tres veces. Reconoció cada palabra.

Querida Hilde. Estoy tan a punto de explotar con todos mis secretos relacionados con tu cumpleaños que varias veces al día tengo que frenar el deseo de ir a llamarte por teléfono y contártelo todo. Es algo que crece y crece. Y sabes que, cuando una cosa no hace más que crecer, resulta cada vez más difícil mantenerla escondida...

Sofía recibió una nueva carta del curso de filosofía de Alberto. Trataba de judíos y griegos y de las dos grandes civilizaciones. A Hilde le gustó esta amplia perspectiva de pájaro sobre la Historia. Nunca había aprendido algo parecido en el colegio. Allí todo eran detalles y más detalles. Al leer la carta tuvo la sensación de que su padre le acababa de dar una perspectiva totalmente nueva de Jesús y el cristianismo.

Le gustó la cita de Goethe que decía que «el que no sabe llevar su contabilidad por espacio de tres mil años se queda como un ignorante en la oscuridad y solo vive al día».

El siguiente capítulo empezaba con un trozo de cartulina pegada a la ventana de la cocina de Sofía. Era, evidentemente, una felicitación para Hilde.

Querida Hilde. No sé si esta postal te llegará el día de tu cumpleaños. Espero que así sea o que si no, al menos, no hayan transcurrido demasiados días. Que transcurra una semana o dos para Sofía no significa necesariamente que transcurra tanto tiempo para nosotros. Yo volveré a casa la víspera de San Juan. Entonces nos sentaremos juntos en el balancín mirando al mar, Hilde. Tenemos tantas cosas de que hablar...

Luego Alberto llamó a Sofía. Era la primera vez que ella oía su voz.

—Suenan como a una especie de guerra.

—Lo llamaría más bien una lucha espiritual. Tendremos que llamar la atención de Hilde y conseguir que se ponga de nuestra parte, antes de que su padre vuelva a Lillesand.

Así fue como Sofía se encontró con Alberto Knox disfrazado de filósofo medieval en la vieja iglesia del siglo XII.

La iglesia... Hilde miró el reloj. Eran la una y cuarto... Se había olvidado completamente de la hora.

A lo mejor no importaba demasiado que no fuera a la iglesia el día de su cumpleaños, pero había algo de ese cumpleaños que la irritaba. Iba a perderse un montón de felicitaciones.

Y de todos modos tendría que escuchar sermones pronto. A Alberto no le costaba ningún trabajo hacer el papel de cura.

Cuando hubo leído el capítulo en el que Sophia había aparecido ante Hildegarda, tuvo que acudir de nuevo a la enciclopedia. Pero esta vez no encontró nada, ni sobre la una ni sobre la otra. ¡Típico! Cuando se trataba de una mujer o de algo femenino, la enciclopedia era tan muda como un cráter de la luna. ¿Estaría censurada la enciclopedia por la Asociación de Protección a los Machos, o qué?

Hildegarda de Eibingen había sido predicadora, escritora, médico, botánica e investigadora de la naturaleza. Además, podía considerarse "un símbolo de que a menudo las mujeres eran las más realistas, incluso las más científicas, de la Edad Media". Pero ni una palabra en la enciclopedia. ¡Qué vergüenza!

Hilde no había oído hablar nunca de ningún "lado femenino" o «naturaleza materna» de Dios. Se llamaba Sophia, pero no se merecía ni un poco de tinta de imprenta.

Lo único que encontró en la enciclopedia fue algo sobre la Iglesia de Sofía en Constantinopla. Se llamaba "Hagia Sofía", lo cual quería decir la "sagrada sabiduría". Esta «sabiduría» había dado nombre a una capital y a un sinnúmero de reinas, pero no ponía nada sobre ella en la enciclopedia. ¿No era eso censura?

Era verdad que Sofía aparecía ante la "mirada interior", de Hilde. Tenía constantemente la sensación de imaginarse a la chica con el pelo negro.

Cuando Sofía volvió a casa tras haber pasado casi toda la noche en la Iglesia de María, se puso delante del espejo de latón que se había traído de la cabaña del bosque a casa.

Vio los nítidos contornos de su propia cara pálida enmarcada por el pelo negro, que no se adaptaba a otro peinado que el de la propia naturaleza, un peinado de pelo lacio. Pero debajo de este rostro también aparecía, como un espectro, la imagen de otra muchacha. De pronto la muchacha desconocida empezó a guiñarle enérgicamente los dos ojos. Era como si quisiera dar a entender que de verdad estaba allí dentro, al otro lado. Sólo duró unos segundos. Luego desapareció.

Hilde misma había estado delante del espejo exactamente de la misma manera, buscando la imagen de otra persona. ¿Pero cómo podía saberlo papá? ¿Y no había estado buscando a una mujer de pelo negro? Pues la bisabuela había comprado el espejo a una gitana. Hilde notó que le temblaban las manos, con las que tenía agarrada la gran carpeta de anillas. Se le ocurrió la idea de que Sofía existía de verdad allí dentro, «al otro lado».

Ahora Sofía soñó con Hilde y Bjerkely. Hilde no la podía ni ver ni oír, pero entonces Sofía encontró la cruz de oro de Hilde en el borde del muelle. Y la misma cruz, con las iniciales de Hilde y todo, apareció en la cama de Sofía cuando se despertó después del sueño.

Hilde tuvo que pararse a pensar. ¿No había perdido también la cruz de oro? Se fue a la cómoda y buscó el joyero. La cruz de oro que le había regalado su abuela por su bautizo había desaparecido.

Entonces también había perdido la cruz. ¡Vaya! ¿Pero cómo podía saberlo su padre si ni ella misma lo sabía?

Y aún había algo más: al parecer, Sofía había soñado que el padre de Hilde volvía del Líbano. Pero todavía faltaba una semana. ¿Sería el sueño de Sofía una profecía? ¿Querría decir su padre que cuando él volviera también Sofía, de alguna manera, estaría allí? Había escrito algo sobre que Hilde iba a tener una nueva amiga.

En una visión inmensamente clara pero también tremendamente breve, Hilde se sintió convencida de que Sofía era algo más que papel y tinta de imprenta. *Existía.*

La Ilustración

... desde cómo se hace una aguja hasta cómo se funde un cañón...

Hilde había empezado a leer el capítulo sobre el Renacimiento cuando de pronto oyó la puerta de abajo. Miro el reloj. Eran las cuatro.

La madre subió la escalera corriendo y abrió la puerta.

—¿No has estado en la iglesia?

—Sí, sí.

—Pero... ¿con qué ropa?

—Con la que llevo ahora.

—¿En camisón?

—Mmm... he estado en la Iglesia de María.

—¿La Iglesia de María?

—Es una vieja iglesia de la Edad Media.

—¡Hilde!

Dejó la carpeta y miró a su madre.

—Me olvidé de la hora, mamá. Lo siento, pero estoy leyendo algo apasionante, ¿sabes?

La madre no pudo sino sonreír.

—Es un libro mágico —añadió Hilde.

—Bueno, bueno. Y una vez más: felicidades, Hilde.

—¡No sé si soporto ya más felicitaciones!

—Pero yo no... Bueno, me voy a acostar un rato, y luego haré una cena estupenda. He comprado fresones.

—Yo seguiré leyendo.

La madre desapareció y Hilde siguió leyendo.

Sofía acompañó a Hermes a través de la ciudad. En el portal de Alberto encontró una nueva postal del Líbano fechada el 15.6. De pronto entendió el sistema de las fechas. Las postales fechadas antes del 15 de junio eran copias de postales que Hilde ya había recibido. Las que llevaban la fecha de hoy sólo le llegaban mediante la carpeta de anillas.

Querida Hilde. Sofía está llegando a casa del profesor de filosofía.

Ella pronto cumplirá quince años, pero tú ya los cumpliste ayer. ¿O es hoy Hildecita? Si es hoy, será muy adentrado el día...

Hilde leyó cómo Alberto explicaba a Sofía el Renacimiento y la nueva ciencia, los racionalistas del siglo XVII y el empirismo británico. Reaccionó varias veces al encontrarse con nuevas postales y felicitaciones que su padre había pegado a las narraciones. Había conseguido que esos comunicados se cayesen de cuadernos, apareciesen en el interior de un plátano y se metieran dentro de un ordenador. Sin costarle el más mínimo esfuerzo conseguía que Alberto tuviera lapsus al hablar y llamara Hilde a Sofía. El colmo era que hubiera hecho hablar a Hermes: «¡Felicidades, Hilde!»

Hilde estaba de acuerdo con Alberto en que se estaba pasando al compararse a sí mismo con Dios y con la providencia divina. ¿Pero con quien estaba realmente de acuerdo en ese caso? ¿No era su padre el que había puesto esas palabras de reproche, o de reproche hacia él mismo, en boca de Alberto? Llegó a pensar que la comparación con Dios no era tan mala a pesar de todo. Su padre era más o menos un dios omnipotente para el mundo de Sofía.

Cuando Alberto estaba a punto de empezar a hablar de Berkeley, Hilde estaba tan expectante como lo había estado Sofía. ¿Qué pasaría ahora? Desde hacía tiempo se veía venir que algo muy especial iba a suceder cuando llegaran a este filósofo que había negado la existencia de un mundo material fuera de la conciencia del hombre. Pues Hilde ya había consultado la enciclopedia.

Empezó con que estaban delante de la ventana viendo que el padre de Hilde había enviado un avión con una cinta donde ponía «Felicidades» y que surcaba el aire. Al mismo tiempo «empezaron a aparecer nubes negras en la lejanía».

«Ser o no ser» no es, pues, toda la cuestión. Otra cuestión es qué somos. ¿Somos personas reales? ¿Nuestro mundo está compuesto por cosas verdaderas, o estamos rodeados de conciencia?

No era de extrañar que Sofía comenzara a morderse las uñas. Hilde nunca había tenido ese vicio, pero en ese momento no se sentía muy valiente ella tampoco.

Y resultó que: "... para nosotros esa voluntad o espíritu" que causa "todo en todo" también podría ser el padre de Hilde.

—¿Quieres decir que ha sido como una especie de Dios para nosotros?

—Sin modestia, sí. ¡Pero debería darle vergüenza!

—¿Y qué pasa con Hilde?

—Ella es un ángel, Sofía.

—¿Un ángel?

—Hilde es aquella a la que se dirige el «espíritu».

Con esto, Sofía se marchó corriendo de casa de Alberto y salió a la tormenta. ¿Podría haber sido la misma tormenta que había llegado a Bjerkely unas horas después de que Sofía cruzara la ciudad corriendo?

Mañana es mi cumpleaños, pensó. ¿No resultaba demasiado penoso tener que reconocer que la vida es un sueño justo el día antes de cumplir quince años?

Era como soñar que te tocaban diez millones en la lotería y de repente, justo antes del gran sorteo, darte cuenta de que todo había sido un sueño.

Sofía cruzó corriendo el campo de deportes mojado. De repente se dio cuenta de que una persona venía corriendo hacia ella. Era su madre. Los rayos reventaron el cielo repetidamente.

Cuando se encontraron las dos, la madre la abrazó.

—¿Qué es lo que nos está sucediendo, mi pequeña?

—No lo sé —contestó Sofía llorando—. Es como una pesadilla.

Hilde notó que sus ojos estaban húmedos. "Ser o no ser, ésa es la cuestión."

Tiró la carpeta sobre la cama y se levantó para pasearse por la habitación. Al final se puso delante del espejo de latón, y allí se quedó de pie hasta que su madre vino para avisarla de que estaba preparada la cena. Cuando llamó a la puerta, Hilde no tenía idea de cuánto tiempo había estado así, de pie. Pero estaba segura, estaba totalmente segura de que el reflejo del espejo le había guiñado los ojos.

Durante la cena intentó ser una homenajeadada agradecida. Pero estaba pensando constantemente en Alberto y Sofía. Qué les pasaría ahora que sabían que el padre de Hilde era el que decidía todo?

Aunque... saber saber... en realidad no sabían nada. ¿No era más bien que papá hacía como si supieran? Pero de todos modos el problema seguía siendo el mismo: ahora que Sofía y Alberto lo sabían todo, habían llevado en cierta manera al final del camino.

Estuvo a punto de atragantarse con un trozo grande de patata, cuando de pronto se dio cuenta de que ese planteamiento a lo mejor era también aplicable

a su propio mundo.

Los hombres habían llegado cada vez más lejos en la comprensión de las leyes de la naturaleza. ¿La Historia podía simplemente seguir y seguir incluso después de que las últimas piezas de los puzzles de la filosofía y de la ciencia se hubiesen colocado? ¿O los hombres se estaban acercando al fin de la Historia? ¿No había una conexión entre el desarrollo del pensamiento y de la ciencia, por un lado, y el efecto invernadero y selvas tropicales quemadas, por el otro? Quizás no fuera, al fin y al cabo, ninguna tontería llamar «pecado original», a la necesidad del hombre de saber.

Esta pregunta era tan grande y tan aterradora que Hilde intentó olvidarse de ella. Además seguramente entendería más al seguir leyendo el regalo de cumpleaños de papá.

Cuando se terminaron el helado con fresas italianas, dijo la madre:

—Ahora haremos exactamente lo que más te apetezca.

—Sé que suena un poco raro, pero sólo tengo ganas de seguir leyendo el regalo de papá.

—Sí, pero no debes permitir que te deje completamente aturdida.

—No te preocupes.

Hilde se acordó de cómo Sofía había hablado con su madre. ¿A lo mejor papá había metido algo de la madre de Hilde en esa otra madre? Decidió no hablar de conejos blancos que se sacan del sombrero de copa del universo, al menos no hoy.

—Por cierto... —dijo al levantarse de la mesa.

—¿Sí?

—No encuentro mi cruz de oro.

La madre la miró con cara de misterio.

—La encontré junto al muelle hace muchas semanas.

—Debiste de perderla allí, ¿despistada!

—¿Se lo has contado a papá?

—No me acuerdo; pues, sí, supongo.

—¿Entonces dónde está?

Su madre fue a buscarla en su propio joyero. Hilde oyó un grito de sorpresa desde el dormitorio: pronto volvió al salón.

—¿Sabes...?, en este momento no la encuentro.

—Lo suponía.

Abrazó a su madre y subió a la buhardilla de nuevo. Por fin pudo seguir leyendo sobre Sofía y Alberto. Se tumbó en la cama con la pesada carpeta sobre las rodillas.

Sofía se despertó cuando su madre entró en su cuarto con una bandeja llena de regalos. En una botella vacía había metido una bandera.

—¡Felicidades, Sofía!

Sofía se restregó los ojos para despertarse. Intentó acordarse de todo lo que había pasado el día anterior. Pero todo eran simplemente piezas sueltas de un rompecabezas. Una de las piezas era Alberto, otras eran Hilde y el mayor. Una era Berkeley, otra era Bjerkely. La pieza más negra era la tremenda tormenta. Casi le había dado una especie de ataque de nervios. Su madre le había dado un masaje y la había metido en la cama con una taza de leche caliente con miel. Se había dormido instantáneamente.

—Creo que estoy viva —balbució.

—Claro que estás viva. Y hoy cumples quince años.

—¿Estás completamente segura?

—Completamente segura. ¿No iba a saber una madre el día en que nació su única hija? El 15 de junio de 1975... , a la una y media, Sofía. Fue el momento más feliz de mi vida.

—¿Estás segura de que no es todo un sueño?

—Pero al menos es un buen sueño despertarse con panecillos y Fanta y regalos de cumpleaños.

Dejó la bandeja con los regalos sobre una silla y salió un momento de la habitación. Cuando volvió trajo otra bandeja, esta vez con panecillos y Fanta. La puso en el extremo de la cama de Sofía.

Y fue como todos los cumpleaños. Desenvolvieron los paquetes mientras recordaban tiempos pasados, hasta el parto hacía quince años. Su madre le regaló una raqueta de tenis.

Nunca había jugado al tenis, pero había una pista al aire libre muy cerca de su casa. Su padre le había enviado un mini-televisor con radio incorporada. La pantalla no era mayor que una fotografía normal. Y había otras cosas de tías y de amigos de la familia.

Al cabo de un rato, su madre dijo:

—¿Te parece que debo tomarme el día libre hoy?

—No, ¿por qué?

—Es que ayer estabas muy desconcertada. Si esto sigue así creo que tendremos que pedir hora a un psicólogo.

—Te lo puedes ahorrar.

—¿Sólo fue la tormenta, o también fue ese Alberto?

—¿Y tú, qué «¿Qué nos está pasando, hija mía?», dijiste.

—Me preocupaba que últimamente estuvieras vagando por la ciudad para encontrarte con extraños. Quizás sea culpa mía...

—Nadie tiene la culpa de que yo haga un pequeño cursillo de filosofía en mi tiempo libre. Vete al trabajo, mamá. Tenemos una reunión en el

colegio hoy a las diez. Sólo para que nos den las notas y para tomar algo.

- ¿Sabes ya las notas?
- Sólo sé que tendré más sobresalientes que la última vez. Al poco rato de marcharse la madre, sonó el teléfono.
- Sofía Amundsen.
- Soy Alberto.
- Ah...
- El mayor estuvo derrochando dinamita ayer.
- No entiendo lo que quieres decir.
- Por los truenos, Sofía.
- No sé qué pensar.
- Esa es la mayor virtud del filósofo. Estoy orgulloso de cuánto has aprendido en tan poco tiempo.
- Tengo miedo de que nada sea real.
- Se llama angustia existencial y suele ser simplemente una transición a un nuevo conocimiento.
- Creo que necesito una pausa en el curso.
- ¿Hay muchas ranas en tu jardín estos días?
- Sofía tuvo que reírse. Alberto prosiguió.
- Creo que deberíamos seguir trabajando. Por cierto, Felicidades. Tenemos que acabar completamente el curso antes de San Juan. Es nuestra última esperanza.
- ¿Nuestra última esperanza de qué?
- ¿Estás cómodamente sentada? Vamos a necesitar un poco de tiempo, ¿sabes?
- Estoy cómoda.
- ¿Te acuerdas de Descartes?
- «Pienso, luego existo.»
- Por el momento estamos completamente vacíos en nuestra duda metódica. Quizás resulte que somos pensamiento, y eso es algo muy distinto a pensar uno mismo. Tenemos buenas razones para creer que pertenecemos a la imaginación del padre de Hilde y de ese modo constituimos una especie de entretenimiento en el cumpleaños de la hija del mayor en Lillesand. ¿Me sigues?
- Sí...
- Pero en esto también va incorporada una contradicción. Si somos fruto de la imaginación de alguien, no tenemos derecho a «creer» nada en absoluto. En ese caso, toda esta conversación telefónica es pura imaginación.
- Y entonces no tenemos libre albedrío. Es el mayor el que planifica todo lo que decimos y hacemos. De modo que simplemente podemos

colgar.

- No, ahora estás simplificando demasiado.
- ¡Explícate!
- ¿Dirías que una persona planifica todo aquello con lo que sueña? Puede que el padre de Hilde esté al tanto de todo lo que hacemos, y que intentar escapar de su omnisciencia resulte tan difícil como intentar escapar de la propia sombra. Pero puede ser, y por eso he empezado a elaborar un plan, que el mayor no haya decidido de antemano lo que va a pasar. Puede ser que no lo decida hasta el mismo momento, es decir, hasta el momento de la creación. Puede que justo en ese momento tengamos iniciativa propia para dirigir nuestros hechos y nuestros movimientos. Una iniciativa así estará compuesta de impulsos tremendamente débiles comparados con los del mayor. Poca resistencia podremos poner contra fuertes situaciones exteriores tales como perros que hablan, aviones de hélice con cintas de felicitación, recados en plátanos y truenos encargados de antemano. Pero no debemos excluir que tengamos una pequeñísima y débil voluntad propia.
- ¿Cómo puede ser posible eso?
- El mayor es evidentemente omnisciente en nuestro pequeño mundo, pero no significa que sea omnipotente. Al menos debemos intentar vivir nuestras vidas como si no lo fuera.
- Creo que entiendo lo que quieres decir.
- El truco sería poder lograr hacer algo completamente por nuestra cuenta, me refiero a algo que el mayor ni siquiera fuera capaz de descubrir.
- ¿Cómo va a ser eso posible si no existimos?
- ¿Quién ha dicho que no existimos? La cuestión no es si existimos sino qué somos y quién somos. Aunque resultara que solamente somos impulsos en la compleja mente del mayor, eso no nos quita nuestra poca existencia.
- ¿Y tampoco nuestro libre albedrío?
- Estoy en ello, Sofía.
- Pero el padre de Hilde también sabrá que tú «estás en ello».
- Decididamente. Pero no conoce el plan en sí. Intento encontrar un punto «arquimédico».
- ¿Un punto «arquimédico»?
- Arquímedes era un científico helenístico. «Dame un punto fijo», dijo, «y yo moveré el mundo». Un punto así es lo que tenemos que buscar para podernos salir del universo interno del mayor.
- Sería una verdadera hazaña.
- Pero no nos vamos a poder escapar antes de haber terminado del todo el curso de filosofía. Hasta entonces nos tendrá bien cogidos. Al

parecer ha decidido que yo debo guiarte a través de los siglos hasta nuestra propia época. Pero nos quedan pocos días antes de que coja el avión de vuelta en Oriente Medio. Si no hemos logrado librarnos de su pegajosa imaginación antes de que llegue a Bjerkely, entonces estaremos perdidos.

—Me das miedo...

—Primero tendré que darte la primera información indispensable sobre la Ilustración francesa. Luego tendremos que mirar a grandes rasgos la filosofía de Kant, antes de acercarnos al Romanticismo. Y para nosotros dos, Hegel será una pieza importante. Y con él tampoco podemos evitar describir el indignado ajuste de cuentas de Kierkegaard a la filosofía hegeliana. También tendremos que decir algunas palabras sobre Marx, Darwin y Freud. Y si nos da tiempo a hacer unos comentarios concluyentes sobre Sartre y el existencialismo, el plan podrá ponerse en marcha.

—Eso es mucho para sólo una semana.

—Por eso tenemos que empezar ahora mismo. ¿Puedes venir ahora?

—Tengo que ir al colegio. Nos van a dar las notas y vamos a tomar algo.

—Déjalo. Si somos pura conciencia sólo es pura imaginación el que dulces y coca-colas y cosas así sepan a algo en absoluto.

—Pero las notas...

—Sofía, o vives en un universo maravilloso en un planeta minúsculo en una de los millones de galaxias, o constituyes algunos impulsos electromagnéticos en la conciencia del mayor. Y tú hablas de «notas». ¡Debería darte vergüenza!

—Lo siento.

—Pero bueno, pásate por el colegio antes de vernos. Podría tener mala influencia sobre Hilde el que tú hicieras novillos el último día de colegio. Ella seguramente va al colegio aunque sea su cumpleaños, porque es un ángel.

—Entonces iré justo después del colegio.

—Podemos vernos en la Cabaña del Mayor.

—¿En la Cabaña del Mayor?

—Clic.

Hilde puso la carpeta de anillas sobre las rodillas. Con eso último su padre lograba que le remordiera un poco la conciencia por haber hecho novillos el último día del colegio. ¡El granuja!

Se quedó un instante meditando en qué clase de plan podía tramar Alberto.

Se sintió tentada a mirar la última hoja de la carpeta, pero no, eso sería hacer trampa. Más valía darse prisa y seguir leyendo.

No obstante, estaba convencida de que Alberto sí tenía razón en un punto. Una cosa era que el padre tuviera una especie de control sobre lo que les sucedía a Sofía y Alberto. Pero seguro que no sabía lo que les iba a suceder mientras estaba escribiendo. A lo mejorescribía alguna cosa a toda prisa, algo que no descubriría hasta mucho más tarde. Precisamente en este espacio estaba la relativa libertad de Sofía y Alberto.

De nuevo Hilde tuvo la sensación de que Sofía y Alberto eran personas reales. Aunque el mar esté en calma total, no significa que no esté sucediendo algo en la profundidad, pensó.

¿Pero por qué lo pensó?

Por lo menos no era un pensamiento que se movía en la superficie.

En el colegio todo el mundo felicitó a Sofía.

En cuanto hubo escuchado los últimos «feliz verano» del profesor, Sofía se fue corriendo a casa. Jorunn intentó retenerla, pero Sofía le dijo que tenía cosas que hacer.

En el buzón encontró dos postales del Líbano.

En ambas postales ponía «HAPPY BIRTHDAY. 15 YEARS». Eran de esas tarjetas que se compran para los cumpleaños. Una de las dos iba dirigida a «Hilde Møller Knag c/o Sofía Amundsen...». Pero la otra tarjeta era para la propia Sofía. Ambas llevaban el matasellos del Batallón de las Naciones Unidas del 15 de junio. Sofía leyó primero la tarjeta dirigida a ella:

Querida Sofía Amundsen. Hoy también tú te mereces una felicitación. Felicidades, Sofía.

Y gracias por todo lo que has hecho por Hilde hasta ahora.

Atentamente, Mayor Albert Knag.

Sofía no sabía muy bien cómo reaccionar al ver que el padre de Hilde le había enviado una postal también a ella. De alguna manera, le pareció un bonito detalle.

En la tarjeta para Hilde ponía:

Mi pequeña Hilde. No sé ni en qué día estamos ni qué hora será en Lillesand. No importa mucho. Si te conozco bien, no es demasiado tarde para mandar desde aquí una última o al menos penúltima felicitación. ¡Pero tampoco debes quedarte hasta muy tarde! Alberto pronto te hablará sobre las ideas de la Ilustración francesa. Se centrará

en los siete puntos siguientes:

5. *Rebelión contra las autoridades*
6. *Racionalismo.*
7. *La idea de «ilustrar».*
8. *Optimismo cultural.*
9. *Vuelta a la naturaleza.*
10. *Cristianismo humanizado.*
11. *Derechos humanos.*

Era evidente que seguía teniéndolos bajo control.

Sofía abrió la puerta con la llave y dejó el boletín de las notas con todos los sobresalientes sobre la mesa de la cocina. A continuación se metió por el seto y se fue corriendo al bosque. De nuevo tuvo que cruzar el pequeño lago a remo. Alberto estaba sentado en los escalones de la cabaña cuando ella llegó. Le hizo señas para que se sentara a su lado.

Hacía bueno, pero de la pequeña laguna subía una húmeda y fresca corriente. Era como si el tiempo no se hubiese recuperado aún después de la tormenta.

—Vayamos al grano —dijo Alberto—. Después de Hume el siguiente gran sistematizador fue el alemán Kant. Pero también Francia produjo muchos pensadores importantes en el siglo XVIII. Podemos decir que el centro de gravedad filosófico de Europa se encontraba en Inglaterra en la primera mitad del siglo XVIII, en Francia a mediados del mismo siglo y en Alemania hacia finales.

—Un desplazamiento del oeste al este, por así decirlo.

—Exactamente. Mencionaré brevemente algunas ideas que fueron comunes en muchos de los filósofos franceses de la Ilustración, como Montesquieu, Voltaire, Rousseau y muchos otros. Me he concentrado en siete puntos.

—Ya lo sabía. Sofía le alcanzó la postal del padre de Hilde. Alberto suspiró profundamente.

—Podría haberse ahorrado esto... Una primera frase clave es, como ya sabes, «rebelión contra las autoridades». Varios de los filósofos franceses de la Ilustración visitaron Inglaterra, país que, en muchos aspectos, era más liberal que su propia patria. Quedaron fascinados por las ciencias naturales inglesas, particularmente por Newton y su física universal. Pero también fueron inspirados por la filosofía británica, muy especialmente por Locke y su filosofía política. De vuelta a su patria, Francia, comenzaron a atacar a las viejas autoridades. Pensaban que era muy importante adoptar una postura escéptica ante todas las verdades heredadas, y que el propio individuo tenía que buscar las respuestas a las preguntas. En este punto estaban influenciados por

Descartes.

—Porque él había construido todo desde la base.

—Exacto. La rebelión contra las viejas autoridades se dirigía en parte contra el poder de la Iglesia, del rey y de la nobleza. En el siglo XVII estas instituciones eran mucho más poderosas en Francia que en Inglaterra.

—Y vino la Revolución.

—Sí, en 1789. Pero las nuevas ideas llegaron mucho antes. La siguiente palabra clave es «racionalismo».

—Yo creía que el racionalismo murió con Hume.

—El mismo Hume no murió hasta 1776, aproximadamente veinte años después que Montesquieu y sólo dos años antes que Voltaire y Rousseau, que murieron en 1778 los dos. Pero los tres habían estado en Inglaterra y conocían bien la filosofía de Locke. Tal vez recuerdes que Locke no fue un empirista muy consecuente, porque opinaba, por ejemplo, que tanto la fe en Dios como ciertas normas morales, son inherentes a la razón del hombre. Este punto es también el núcleo de la filosofía francesa de la Ilustración.

—Dijiste además que los franceses siempre han sido un poco más racionalistas que los británicos.

—Y esa diferencia tiene sus raíces en la Edad Media. Cuando los ingleses hablan de «sentido común», los franceses suelen hablar de «evidencia». La expresión inglesa tiene que ver con la «experiencia común», y la francesa con «lo evidente», es decir con la razón.

—Entiendo.

—Al igual que los humanistas de la Antigüedad, como Sócrates y los estoicos, la mayor parte de los filósofos de la Ilustración tenía una fe inquebrantable en la razón del hombre. Esto era tan destacable que muchos llaman a la época francesa de la Ilustración simplemente «Racionalismo». Las nuevas ciencias naturales habían demostrado que la naturaleza estaba organizada racionalmente. Los filósofos de la Ilustración consideraron su cometido construir una base también para la moral, la religión y la ética, de acuerdo con la razón inalterable de las personas. Esto fue precisamente lo que condujo a la propia idea de «Ilustración». Ese fue el punto número tres. Ahora hacía falta «ilustrar» a las grandes capas del pueblo, porque ésta era la condición previa para una sociedad mejor. Se pensaba que la miseria y la opresión se debían a la ignorancia y a la superstición. Por lo tanto, había que tomarse muy en serio la educación de los niños y del pueblo en general. No es una casualidad que la pedagogía como ciencia tenga sus raíces en la Ilustración.

—Entonces el sistema escolar data de la Edad Media y la pedagogía

de la Ilustración.

—Pues sí, así es. La obra más representativa de la Ilustración es una gran enciclopedia. Me refiero a la Enciclopedia, que salió en 28 tomos entre 1751 y 1772, con aportaciones de todos los grandes filósofos de la Ilustración. «Aquí está todo», se decía, «desde cómo se hace una aguja hasta cómo se funde un cañón».

—El siguiente punto es «optimismo cultural».

—Podrías hacerme el favor de no mirar esa postal mientras estoy hablando.

—Perdona.

—En cuanto se difundieron la razón y los conocimientos, la humanidad haría grandes progresos, pensaron los filósofos de la Ilustración. Era simplemente cuestión de tiempo que la sinrazón y la ignorancia cedieran ante una humanidad «ilustrada». Esta idea ha sido predominante en Europa Occidental hasta hace un par de décadas. Hoy en día ya no estamos tan convencidos de que todo desarrollo sea para bien. Pero incluso esta crítica contra la «civilización», fue planteada por los filósofos ilustrados franceses.

—Quizás deberíamos haberlos escuchado.

—Algunos de ellos se convirtieron en defensores de «una vuelta a la naturaleza». Para los filósofos de la época, la «naturaleza» significaba casi lo mismo que la «razón». Porque la razón humana proviene de la naturaleza, al contrario que la Iglesia y la civilización. Señalaron que los «pueblos naturales» a menudo eran más sanos y más felices que los europeos, debido a que no estaban «civilizados». Rousseau fue quien lanzó la consigna: «Tenemos que volver a la naturaleza». Porque la naturaleza es buena, y el hombre es bueno «por naturaleza». El mal está en la sociedad. Rousseau pensaba también que el niño debe vivir en su estado «natural» de inocencia mientras pueda. Podríamos decir que la idea de valorar la infancia en sí data de la Ilustración. Hasta entonces la infancia había sido considerada más bien como una preparación a la vida de adulto. Pero somos seres humanos, y vivimos nuestras vidas en la Tierra también mientras somos niños.

—Ya lo creo.

—Hubo que convertir la religión en algo natural.

—¿Qué querían decir con eso?

—Había que colocar la religión en concordancia con la razón natural de los hombres. Muchos lucharon por lo que podemos llamar «concepto humanizado del cristianismo», lo cual constituye el punto seis de nuestra lista. Evidentemente había varios materialistas tan consecuentes que no creían en ningún Dios, y que por lo tanto tomaron una postura atea. Pero la mayoría de los filósofos de la Ilustración pensó que era

irracional concebir un mundo sin Dios. Para eso el mundo estaba organizado demasiado racionalmente. El mismo punto de vista había sido adoptado por Newton, por ejemplo. Asimismo se consideraba razonable creer en la inmortalidad del alma. Como para Descartes, la cuestión de si el hombre tiene un alma inmortal se convirtió más en una cuestión de razón que de fe.

—Eso me resulta un poco extraño. Para mí es un típico ejemplo de aquello que uno sólo puede creer y no saber.

—Pero tú tampoco vives en el siglo XVIII. Según los filósofos de la Ilustración había que eliminar del cristianismo todos aquellos dogmas irracionales que se habían añadido a la sencilla predicación de Jesús en el curso de la historia de la Iglesia.

—Entonces lo comprendo.

—Muchos también defendieron algo que se llama *deísmo*.

—¡Explícate!

—«Deísmo» viene de una idea que dice que Dios creó el mundo alguna vez hace muchísimo tiempo, pero que desde entonces no ha aparecido ante el mundo. De esta forma Dios queda reducido a un «ser superior» que sólo se da a conocer ante los hombres mediante la naturaleza y sus leyes, es decir, no se revela de ninguna manera «sobrenatural». Un tal «Dios filosófico» lo encontramos también en Aristóteles, para quien Dios era la «causa primera» o «primer motor» del universo.

—Entonces sólo nos queda un punto, y se refiere a *derechos humanos*.

—Sí, que tal vez sea lo más importante. En general podemos decir que la filosofía de la Ilustración francesa tenía una orientación más práctica que la inglesa.

—¿Fueron consecuentes con su filosofía y actuaron de acuerdo con ella?

—Sí, los filósofos de la Ilustración francesa no se contentaron con tener puntos de vista teóricos sobre el lugar del hombre en la sociedad. Lucharon activamente a favor de lo que llamaron los «derechos naturales» de los ciudadanos. En primer lugar se trataba de la lucha contra la censura, y, por tanto, a favor de la libertad de imprenta. Había que garantizar el derecho del individuo a pensar libremente y a expresar sus ideas referentes a la religión, la moral y la ética. Además se luchó en contra de la esclavitud de los negros y a favor de un trato más humano a los delincuentes.

—Creo que estoy de acuerdo con casi todo esto.

—El principio de la «inviolabilidad del individuo» fue finalmente incorporado a la «Declaración de los Derechos Humanos», que fue

aprobada por la Asamblea Nacional Francesa en 1789. Esta declaración de derechos humanos constituiría una importante base para nuestra propia Constitución de 1814.

—Pero todavía hay mucha gente que tiene que luchar por estos derechos.

—Sí, desgraciadamente. Pero los filósofos de la Ilustración querían afirmar ciertos derechos que todos los seres humanos tenemos simplemente en virtud de haber nacido seres humanos. Eso era lo que querían decir con «derechos naturales». Aún hoy en día se habla de un «derecho natural» que a menudo puede contrastar con las leyes de un determinado país. Todavía hay individuos, o grupos enteros de la población, que reivindican este «derecho natural» para rebelarse contra la falta de derecho, la falta de libertad y la represión.

—¿Y qué pasó con los derechos de la mujer?

—La revolución de 1789 confirmó una serie de derechos que serían válidos para todos los «ciudadanos». Pero «ciudadano» era más bien considerado el hombre. Y no obstante vemos precisamente en la revolución francesa los primeros ejemplos de la lucha de la mujer.

—Ya era hora.

—Ya en 1787 el filósofo ilustrado Condorcet publicó un escrito sobre los derechos de la mujer. Pensaba que las mujeres tenían los mismos «derechos naturales» que los hombres. Durante la revolución de 1789 las mujeres participaron activamente en la lucha contra la vieja sociedad feudal. Eran las mujeres, por ejemplo, las que iban al frente en las manifestaciones que al final obligaron al rey a marcharse del palacio de Versalles. En París se formaron grupos de mujeres. Aparte de la demanda de los mismos derechos políticos que los hombres, también pedían cambios en las leyes del matrimonio y en la condición social de la mujer.

—¿Obtuvieron esos derechos?

—No. Como tantas veces más tarde, la cuestión de los derechos de la mujer surgió en relación con una revolución. Pero en cuanto las cosas se tranquilizaron dentro de un nuevo orden, se volvió a instaurar la vieja sociedad machista.

—Típico.

—Una de las que más lucharon a favor de los derechos de la mujer durante la revolución francesa fue Olympe de Gouges. En 1791, es decir dos años después de la revolución, hizo pública una declaración sobre los derechos de la mujer. Ya que la declaración sobre los «derechos de los ciudadanos» no contenía ningún artículo sobre los «derechos naturales» de las mujeres, Olympe de Gouges exigió para las mujeres los mismos derechos que regían para los hombres.

—¿Cómo le fue?

—Fue ejecutada en 1793. Y se prohibió toda clase de actividad política a la mujer.

—¡Qué asco!

—Hasta el siglo XIX, no se puso verdaderamente en marcha la lucha de la mujer, tanto en Francia como en el resto de Europa. Paulatinamente la lucha iba dando fruto. En Noruega, por ejemplo, las mujeres no obtuvieron el sufragio universal hasta 1913. Y todavía existen muchos países en los que las mujeres tienen mucho por qué luchar.

—Pueden contar con mi apoyo.

Alberto se quedó sentado mirando al pequeño lago. Al fin dijo:

—Creo que esto era lo que tenía que decirte sobre la filosofía de la Ilustración.

—¿Por qué dices «creo»?

—No tengo la sensación de que vaya a salir nada más.

Mientras hablaba empezaron a suceder cosas junto al agua. En medio del lago, el agua comenzó a salir a chorros desde el fondo. Pronto se levantó algo enorme y feo sobre la superficie.

—¡Un monstruo marino! —exclamó Sofía.

La criatura oscura serpenteó varias veces por el agua. Luego volvió al fondo y el agua se volvió a quedar tan en calma como antes.

Alberto dijo simplemente:

—Entremos en la cabaña.

Se levantaron y entraron en la casita.

Sofía se puso delante de los cuadros de Berkeley y Bjerkely. Señaló la pintura de Bjerkely y dijo:

—Creo que Hilde vive dentro de este cuadro.

Entre los dos cuadros también había colgado un bordado en el que ponía «LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD».

Sofía se dirigió a Alberto:

—¿Lo has colgado tú aquí?

El se limitó a decir que no con la cabeza, con un gesto desolador.

En ese momento Sofía descubrió un sobre en la repisa de la chimenea. «Para Hilde y Sofía», ponía en el sobre. Sofía entendió en seguida de quién era la carta, pero el que ya contara también con ella, constituía una novedad.

Abrió el sobre y leyó en voz alta:

Queridas ambas. El profesor de filosofía de Sofía también debería haber subrayado la importancia que tuvo la filosofía francesa de la Ilustración para los ideales y principios sobre los que se basan las

Naciones Unidas. Hace doscientos años el lema «Libertad, igualdad y fraternidad» contribuyó a unir a la burguesía francesa. Hoy estas mismas palabras deberían unir al mundo entero. La humanidad es una sola familia. Nuestros descendientes son nuestros propios hijos y nietos. ¿Qué clase de mundo van a heredar de nosotros?

La madre de Hilde llamó por la escalera diciendo que la película empezaría en diez minutos y que había metido una pizza en el horno. Hilde se sentía completamente agotada después de todo lo que habla leído. Llevaba levantada desde las seis.

Decidió emplear el resto de la tarde en celebrar su cumpleaños en compañía de su madre. Pero antes tenía que mirar algo en la enciclopedia.

Gouges... no. ¿De Gouges? Otra vez negativo. ¿Olympe de Gouges? Tampoco. Su enciclopedia no traía ni una palabra de una mujer que había sido ejecutada por su lucha a favor de las mujeres. Era escandaloso.

¿Porque no podía ser un personaje inventado por papá?

Hilde bajó al salón a mirar en una enciclopedia más grande.

—Sólo voy a consultar una cosa —dijo a su madre, que la miraba asombrada.

Se llevó a su habitación el tomo que iba de FORV a GP. Gouges... ¡Sí, ahí estaba!

Gouges, Marie Olympe de (1748—1793), escritora francesa. Durante la Revolución Francesa fue conocida por numerosos folletos sobre cuestiones sociales y una serie de obras de teatro. Fue una de las pocas personas que durante la Revolución trabajó por que los derechos humanos rigieran también para las mujeres. Publicó en 1791 La declaración de los derechos de la mujer. Fue ejecutada en 1793 por haberse atrevido a defender a Luis XVI y atacar a Robespierre. (Bibliografía: L. Lacour, Les Origines du féminisme contemporain, 1900.)

Kant

... el cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mí...

Alrededor de medianoche Albert Knag llamó por teléfono a casa para felicitar a Hilde en su decimoquinto cumpleaños. La madre cogió el teléfono.

—Es para ti, Hilde.

—¿Sí?

—Soy papá.

—Estás loco. Son casi las doce.

—Sólo quería felicitarte.

—Me has estado felicitando todo el día.

—... pero quería esperar para llamar a que hubiese acabado el día.

—¿Por qué?

—¿No has recibido el regalo?

—Ah, sí. ¡Muchísimas gracias!

—No me tortures. ¿Qué te ha parecido?

—Impresionante. Casi no he comido en todo el día.

—Tienes que comer.

—Si, pero es tan emocionante...

—¿Hasta dónde has llegado? Me lo tienes que decir, Hilde.

—Entraron en la Cabaña del Mayor porque tu empezaste a incordiarles con aquel monstruo marino.

—La Ilustración.

—Y Olympe de Gouges.

—Entonces no me he equivocado mucho después de todo.

—¿Cómo "equivocado"?

—Creo que sólo queda ya una felicitación. Pero ésa, en cambio, tiene música.

—Leeré un poco en la cama antes de dormirme.

—¿Entiendes algo?

—He aprendido más hoy que... que en toda mi vida. Es increíble que ni siquiera hayan pasado veinticuatro horas desde que Sofía volvió del colegio y encontró el primer sobre.

- Pues sí, es curioso lo poco que hace falta.
 —Pero ella me da un poco de pena.
 —¿Quién? ¿Mamá?
 —No, Sofía, claro.
 —Ah...
 —Está completamente desconcertada, la pobrecita.
 —Pero ella sólo es... quiero decir...
 —Quieres decir que simplemente es alguien inventado por ti.
 —Algo así, sí.
 —Yo creo que Sofía y Alberto existen.
 —Hablaremos más cuando llegue a casa.
 —Vale.
 —Que tengas un buen día.
 —¿Qué has dicho?
 —Quiero decir, buenas noches.
 —Buenas noches.

Cuando Hilde se acostó media hora más tarde, aún había tanta luz fuera que podía ver el jardín y la bahía. En esta época del año, apenas se hacía de noche. Se imaginó que estaba dentro de un cuadro colgado en una pared de una pequeña cabaña del bosque. ¿Era posible asomarse desde ese cuadro y mirar lo que había fuera? Antes de dormirse siguió leyendo en la carpeta grande de anillas.

Sofía volvió a dejar la carta del padre de Hilde sobre la repisa de la chimenea.

—Lo de las Naciones Unidas puede ser muy importante —dijo Alberto—, pero no me gusta que se meta en mis explicaciones.

—No te lo tomes muy a pecho.

—A partir de ahora ignoraré pequeños fenómenos como monstruos marinos y cosas así. Vamos a sentarnos aquí delante de la ventana. Te hablaré de Kant.

Sofía descubrió un par de gafas sobre una pequeña mesa entre dos sillones. También se dio cuenta de que las dos lentes eran rojas. ¿Eran una especie de gafas de sol?

—Son casi las dos —dijo—. Tengo que estar en casa antes de las cinco. Mamá seguramente tiene planes para el cumpleaños.

—Entonces tenemos tres horas.

—Empieza.

—Immanuel Kant nació en 1724 en la ciudad de Königsberg, al este de Prusia. Era hijo de un tapicero. Vivió casi toda su vida en su ciudad

natal, donde murió a los 80 años. Venía de un hogar severamente cristiano. Muy importante para toda su filosofía fue también su propia religiosidad. Para él, como para Berkeley, era importante salvar la base de la fe cristiana.

—De Berkeley ya he oído bastante, gracias.

—De todos los filósofos de los que hemos hablado hasta ahora, Kant fue el primero que trabajó en una universidad en calidad de profesor de filosofía. Es lo que se suele llamar un «filósofo profesional».

—¿Filósofo profesional?

—La palabra «filósofo» se emplea hoy en día con dos significados algo distintos. Por «filósofo» se entiende ante todo una persona que intenta buscar sus propias respuestas a las preguntas filosóficas. Pero un «filósofo» también puede ser un experto en filosofía, sin que él o ella haya elaborado necesariamente una filosofía propia.

—¿Y Kant fue un filósofo profesional?

—Era ambas cosas. Si solamente hubiera sido un buen profesor, es decir, un experto en los pensamientos de otros filósofos, no habría llegado a ocupar un lugar en la historia de la filosofía. Pero también es importante tener en cuenta que Kant tenía profundos conocimientos de la tradición filosófica anterior a él. Conocía a racionalistas como Descartes y Spinoza y a empiristas como Locke, Berkeley y Hume.

—Te dije que no me volvieras a mencionar a Berkeley.

—Recordemos que los racionalistas pensaban que la base de todo conocimiento humano está en la conciencia del hombre. Y recordemos también que según los empiristas todo el conocimiento del mundo viene de las percepciones. Además Hume señaló que existen unos límites muy claros para las conclusiones que podemos sacar de nuestras sensaciones.

—¿Con quién de ellos estaba de acuerdo Kant?

—Opinaba que ambos tenían algo de razón, pero también opinaba que los dos se equivocaban en algo. Lo que les ocupaba a todos era: ¿qué podemos saber del mundo? Esta pregunta filosófica era común en todos los filósofos posteriores a Descartes. Se mencionaron dos posibilidades: ¿el mundo es exactamente como lo percibimos? ¿O es como se presenta a nuestra razón?

—¿Y qué opinaba Kant?

—Kant opinaba que tanto la percepción como la razón juegan un importante papel cuando percibimos el mundo. Pero pensaba que los racionalistas exageraban en lo que puede aportar la razón, y pensaba que los empiristas habían hecho demasiado hincapié en la percepción.

—Si no me pones pronto un buen ejemplo, todo esto queda en simple palabrería.

—En principio Kant está de acuerdo con Hume y los empiristas en que todos nuestros conocimientos sobre el mundo provienen de las percepciones. Pero, y en este punto les da la mano a los racionalistas, también hay en nuestra razón importantes condiciones de como captamos el mundo a nuestro alrededor. Hay ciertas condiciones en la mente del ser humano que contribuyen a determinar nuestro concepto del mundo.

—¿Eso ha sido un ejemplo?

—Hagamos mejor un pequeño ejercicio. Coge esas gafas que están en la mesa. Muy bien. ¡Y ahora pónelas!

Sofía se puso las gafas. Todo se coloreó de rojo a su alrededor. Los colores claros se volvieron color rosa, y los colores oscuros se volvieron rojo oscuro.

—¿Qué ves?

—Veo exactamente lo mismo que antes, sólo que todo está rojo.

—Eso es porque las lentes ponen un claro límite a como puedes percibir la realidad. Todo lo que ves proviene del mundo de fuera de ti, pero el cómo lo ves también está relacionado con las lentes, ya que no puedes decir que el mundo sea rojo aunque tú lo percibas así.

—Claro que no...

—Si ahora te dieras un paseo por el bosque, o si te fueras a casa verías todo de la misma manera que lo has visto siempre. Sólo que todo lo que verías estaría rojo.

—Mientras no me quite las gafas.

—Así, Sofía, exactamente así, opinaba Kant que hay determinadas disposiciones en nuestra razón, y que estas disposiciones marcan todas nuestras percepciones.

—¿De qué clase de disposiciones se trata?

—Todo lo que vemos, lo percibiremos ante todo como un fenómeno en el tiempo y en el espacio. Kant llamaba al Tiempo y al Espacio «las dos formas» de sensibilidad» del hombre. Y subraya que estas dos formas de nuestra conciencia son anteriores a cualquier experiencia. Esto significa que antes de experimentar algo, sabemos que, sea lo que sea, lo captaremos como un fenómeno en el tiempo y en el espacio. Porque no somos capaces de quitarnos las «lentes» de la razón.

—¿Quería decir con eso que intuir las cosas en el tiempo y en el espacio es una cualidad innata?

—De alguna manera sí. Lo que vemos depende además de si nos criamos en Groenlandia o en la India. Pero en todas partes experimentamos el mundo como procesos en el tiempo y en el espacio. Es algo que podemos decir de antemano.

—¿Pero no son el tiempo y el espacio algo que está fuera de

nosotros?

—No, la idea de Kant es que el tiempo y el espacio pertenecen a la constitución humana. El tiempo y el espacio son ante todo cualidades de nuestra razón y no cualidades del mundo.

—Ésta es una nueva manera de verlo.

—Quiere decir que la conciencia del ser humano no es una «pizarra» pasiva que sólo recibe las sensaciones desde fuera. Es un ente que moldea activamente. La propia conciencia contribuye a formar nuestro concepto del mundo. Tal vez puedas compararlo con lo que ocurre cuando echas agua en una jarra de cristal. El agua se adapta a la forma de la jarra. De la misma manera se adaptan las sensaciones a nuestras «formas de sensibilidad».

—Creo que entiendo lo que dices.

—Kant decía que no sólo es la conciencia la que se adapta a las cosas. Las cosas también se adaptan a la conciencia. Kant lo llamaba el «giro copernicano» en la cuestión sobre el conocimiento humano. Con eso quería decir que la idea era tan nueva y tan radicalmente diferente a las ideas antiguas como cuando Copérnico había señalado que es la Tierra la que gira alrededor del sol, y no al revés.

—Ahora entiendo lo que quería decir cuando decía que tanto los racionalistas como los empiristas tenían algo de razón. En cierta manera los racionalistas se habían olvidado de la importancia de la experiencia, y los empiristas habían cerrado los ojos a cómo nuestra propia razón marca nuestra percepción del mundo.

—Y la propia ley de causa-efecto, que en opinión de Hume no podía ser percibida por el ser humano, forma parte, según Kant, de la razón humana.

—¡Explica!

—Te acordarás de que Hume había afirmado que sólo es nuestro hábito el que hace que percibamos una conexión necesaria de causas detrás de todos los procesos de la naturaleza. Según Hume no podíamos percibir que la bola negra de billar era la causa de que la bola blanca se pusiera en movimiento. Por lo tanto tampoco podemos afirmar que la bola negra siempre pondrá a la bola blanca en marcha.

—Me acuerdo.

—Pero justamente eso, que según Hume no se puede probar, Kant lo incluye como una cualidad de la razón humana. La ley causal rige siempre y de manera absoluta simplemente porque la razón del hombre capta todo lo que sucede como una relación causa—efecto.

—Yo prefiero creer que la ley causal está en la misma naturaleza y no en los seres humanos.

—La idea de Kant es que al menos está en nosotros. Está de

acuerdo con Hume en que no podemos saber nada seguro sobre cómo es el mundo "en sí". Sólo podemos saber cómo es "para mí", es decir, para todos los seres humanos. Esta separación que hace Kant entre "das Ding an sich" y "das Ding für mich" ("la cosa en sí" y "la cosa para mí"), constituye su aportación más importante a la filosofía.

—No soy muy buena en alemán.

—Kant hizo una clara separación entre la "cosa en sí" y la "cosa para mí". Nunca podremos saber del todo cómo son las cosas en sí mismas. Sólo podemos saber cómo las cosas aparecen ante nosotros. En cambio antes de cada experiencia podemos decir algo sobre cómo las cosas son percibidas por la razón de los hombres.

—¿Podemos?

—Antes de salir por la mañana no puedes saber nada de lo que vas a ver o percibir durante el día. Pero puedes saber que aquello que veas y experimentes lo percibirás como un suceso en el tiempo y en el espacio. Además puedes estar segura de que la ley causal rige simplemente porque la llevas encima, como una parte de tu conciencia.

—¿Pero podríamos haber sido creados distintos?

—Sí, podríamos haber tenido otros sentidos, y otro sentido del tiempo y otra percepción del espacio. Además podríamos haber sido creados de manera que no hubiéramos buscado las causas de los sucesos de nuestro entorno.

—¿Tienes algún ejemplo?

—Imagínate un gato tumbado en el suelo. Imagínate que una pelota entra en la habitación. ¿Qué haría el gato en ese caso?

—Lo he visto muchas veces. El gato correría detrás de la pelota.

—De acuerdo. Imagínate luego que eres tú la que estás sentada en una habitación y que de pronto entra una pelota rodando. ¿Tú también te irías corriendo detrás de la pelota?

—Antes de hacer algo giraría la cabeza para ver de dónde viene la pelota.

—Sí, porque eres una persona, y buscarás indefectiblemente la causa de cualquier suceso. La ley causal forma parte, pues, de tu propia constitución.

—¿Eso es verdad?

—Hume había señalado que no podemos percibir ni probar las leyes de la naturaleza. Esto le inquietaba a Kant, pero pensaba que sería capaz de señalar la absoluta validez de las leyes de la naturaleza mostrando que en realidad estamos hablando de las leyes para el conocimiento humano.

—¿Un niño pequeño daría la vuelta para averiguar quién ha tirado la pelota?

—Tal vez no. Pero Kant señala que la razón en un niño no se desarrolla totalmente hasta que no tiene material de los sentidos con el que trabajar. En realidad no tiene ningún sentido hablar de una razón vacía.

—No, sería una extraña razón.

—Entonces podemos hacer una especie de resumen. Según Kant hay dos cosas que contribuyen a cómo las personas perciben el mundo. Una son las condiciones exteriores, de las cuales no podemos saber nada hasta que las percibimos. A esto lo podemos llamar el material del conocimiento. La segunda son las condiciones internas del mismo ser humano, por ejemplo, el que todo lo percibimos como sucesos en el tiempo y en el espacio y además como procesos que siguen una ley causal inquebrantable. Esto lo podríamos llamar la forma del conocimiento.

Alberto y Sofía se quedaron sentados mirando un instante por la ventana. De pronto Sofía vio a una niña que apareció entre los árboles al otro lado del lago.

—¡Mira! —dijo Sofía—. ¿Quién es?

—No lo sé.

Apareció solamente durante unos instantes, luego desapareció. Sofía se dio cuenta de que llevaba algo rojo en la cabeza.

—De todas formas no debemos dejarnos distraer por cosas así.

—Continúa entonces.

—Kant también señaló que está claramente delimitado lo que el hombre puede conocer mediante la razón. Podríamos decir quizás que las «lentes» de la razón ponen algunos de esos límites.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas que los filósofos anteriores a Kant discutieron las «grandes» cuestiones filosóficas, por ejemplo si el hombre tiene un alma inmortal, si hay un dios, si la naturaleza está formada por partículas pequeñas indivisibles o si el universo es finito o infinito?

—Sí.

—Kant pensaba que el ser humano no puede obtener conocimientos seguros sobre tales cuestiones, lo cual no significa que rechace ese tipo de planteamientos. Al contrario. Si hubiera rechazado esas cuestiones sin más, no podríamos considerarlo un auténtico filósofo.

—¿Entonces qué hizo?

—Tienes que tener un poco de paciencia. Cuando se refiere a las grandes cuestiones filosóficas, Kant opina que la razón opera fuera de los límites del conocimiento humano. Al mismo tiempo es inherente a la naturaleza del hombre, o a su razón, una necesidad fundamental de

plantear precisamente cuestiones de este tipo. Pero cuando preguntamos, por ejemplo, si el universo es finito o infinito, planteamos una pregunta sobre una unidad de la que nosotros mismos formamos una pequeña parte. Por lo tanto jamás podremos conocer plenamente esa unidad.

—¿Por qué no?

—Cuando te pusiste las gafas rojas demostramos que según Kant hay dos elementos que contribuyen a nuestro conocimiento del mundo.

—La percepción y la razón.

—Sí, el material de nuestros sentidos nos viene a través de los sentidos, pero el material también se adapta a las cualidades de la razón. Forma parte, por ejemplo, de las cualidades de la razón el preguntar por la causa de un suceso.

—Como por ejemplo el por qué una pelota rueda por el suelo.

—Si quieres. Pero cuando nos preguntamos de dónde precede el mundo y discutimos las posibles respuestas, entonces la razón está en cierta manera vacía, porque no tiene ningún material de los sentidos que «tratar», no tiene ninguna experiencia en la que apoyarse. Porque no hemos percibido jamás toda aquella inmensa realidad de la que constituimos una pequeña parte.

—De alguna manera somos una pequeña parte de la pelota que rueda por el suelo. Y entonces no podemos saber de dónde viene.

—Pero una cualidad de la razón humana siempre será el preguntar de dónde viene la pelota. Por eso preguntamos constantemente, esforzándonos al máximo por encontrar respuestas a las cuestiones últimas. Pero nunca obtenemos respuestas seguras porque la razón no tiene material para contestar.

—Desde luego. Es una sensación que conozco muy bien.

—En cuanto a esas cuestiones fundamentales referentes a toda la realidad, Kant mostró que ocurrirá siempre que dos puntos de vista sean igualmente probables o improbables partiendo de lo que nos pueda decir la razón humana.

—Ejemplos, por favor.

—Tan sensato resulta decir que el mundo tiene que tener un principio, como decir que no tiene tal principio, porque ambas posibilidades son igualmente imposibles de imaginar por la razón. Podemos afirmar que el mundo ha existido siempre, ¿pero puede algo haber existido desde siempre sin que nunca haya tenido un principio? Ahora estamos obligados a asumir el punto de vista contrario. Decimos que el mundo tiene que haber surgido alguna vez y entonces tiene que haber surgido de la nada, si no, simplemente habríamos hablado de un cambio de un estado a otro. ¿Pero puede algo surgir de la nada, Sofía?

—No, las dos posibilidades resultan igualmente inconcebibles. Al mismo tiempo una tiene que ser correcta y la otra equivocada.

—Las dos ... ¿o ninguna?

—Recordarás que Demócrito y los materialistas señalaron que la naturaleza tenía que estar compuesta por unas partes muy pequeñas de las cuales todas las cosas están compuestas. Otros, por ejemplo Descartes, pensaban que la realidad extensa siempre debe poder dividirse en partes cada vez más pequeñas. ¿Pero quién de ellos tenía razón?

—Los dos ... ¿o ninguno?

—Por otra parte muchos filósofos han señalado la libertad de la persona como una de sus cualidades más importantes. Al mismo tiempo nos hemos encontrado con filósofos, entre los que están Spinoza y los estoicos, que opinan que todo sucede de acuerdo con las leyes necesarias de la naturaleza. También en lo referente a este punto, Kant pensaba que la razón del ser humano no es capaz de emitir ningún juicio seguro.

—Tan razonable como irrazonable sería afirmar cualquiera de las dos cosas.

—Y finalmente, también fracasaremos si mediante la razón intentamos probar la existencia de Dios. Sobre este tema, los racionalistas, por ejemplo Descartes, habían intentado demostrar que tiene que haber un dios simplemente porque tenemos una idea de un «ser perfecto». Otros, por ejemplo Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, dedujeron que tiene que haber un dios porque todas las cosas tienen que tener una causa inicial.

—¿Y qué opina Kant?

—Rechaza las dos pruebas de la existencia de Dios. Ni la razón ni la experiencia poseen ningún fundamento seguro para poder afirmar que existe un dios. Para la razón es tan probable como improbable que haya un dios.

—Pero empezaste diciendo que Kant quiso salvar los fundamentos de la fe cristiana.

—Sí, efectivamente abre la posibilidad de una dimensión religiosa. Donde fracasan la experiencia y la razón surge un vacío que puede llenarse de fe religiosa.

—¿Y de esa manera salvó el cristianismo?

—Puedes expresarlo así, si quieres. Hay que tener en cuenta que Kant era protestante. Desde la Reforma un rasgo característico del cristianismo protestante es que se ha basado en la fe. Desde la Edad Media la Iglesia católica ha tenido más confianza en que la razón pueda servir de apoyo a la fe.

—Entiendo.

—Pero Kant no se contentó con afirmar que estas cuestiones últimas tienen que dejarse en manos de la fe del hombre, sino que también era prácticamente necesario para la moral de los hombres suponer que tienen un alma inmortal, que hay un dios, y que el hombre tiene libre albedrío.

—Entonces hace casi como Descartes. Primero estuvo muy crítico, según estamos viendo. Luego mete por la puerta de atrás a Dios y a algo más.

—Pero al contrario que Descartes, Kant no deja de señalar clarísimamente que no es la razón la que ha llevado a este punto de vista, sino la fe. A esta fe en un alma inmortal, en la existencia de un dios y en el libre albedrío la denomina postulados prácticos.

—¿Y qué significa eso?

—«Postular» significa afirmar algo que no se puede probar. Con «postulado práctico», Kant se refiere a algo que hay que afirmar para la «práctica» del hombre, es decir para la moral del hombre. «Es moralmente necesario suponer la existencia de Dios», decía.

De pronto alguien llamó a la puerta. Sofía se levantó, pero al ver que Alberto no hacía ningún ademán de levantarse, ella dijo:

—¿Tendremos que abrir, no?

Alberto se encogió de hombros, pero finalmente se levantó él también. Abrieron la puerta y vieron fuera una niña que llevaba un vestido blanco de verano y una capucha roja en la cabeza. Era la misma niña que habían visto al otro lado del pequeño lago. Llevaba una cesta con comida colgada del brazo.

—Hola —dijo Sofía—. ¿Quién eres tú?

—¿No ves que soy Caperucita Roja?

Sofía miró a Alberto, y Alberto asintió.

—¿Has oído lo que acaba de decir?

—Estoy buscando la casa de mi abuela —dijo la niña—. Está vieja y enferma y le traigo comida.

—No es aquí —dijo Alberto—. Así que debes darte prisa y seguir tu camino. Lo dijo haciendo un gesto con la mano que a Sofía le recordó al gesto que se hace para ahuyentar a una mosca molesta.

—Pero tengo que entregar una carta —continuó la niña de la capucha roja.

Sacó un pequeño sobre que dio a Sofía. A continuación, prosiguió su camino.

—¡Cuídate del lobo! —gritó Sofía.

Alberto estaba ya entrando en la salita de nuevo. Sofía le siguió y se

sentó en el mismo sillón de antes.

—Fíjate, era Caperucita Roja —dijo Sofía.

—Y no sirve de nada avisarla. Ahora irá a casa de su abuela, y allí la comerá el lobo. No aprenderá nunca, todo esto se repetirá eternamente.

—Pero nunca he oído decir que llamara a otra puerta antes de llegar a casa de su abuela.

—Un detalle insignificante, Sofía.

Entonces Sofía se fijó en el sobre que la niña le había dado. Fuera ponía «Para Hilde». Abrió el sobre y leyó en voz alta:

Querida Hilde. Si el cerebro del ser humano fuera tan sencillo que lo pudiéramos entender, entonces seríamos tan estúpidos que tampoco lo entenderíamos.

Abrazos, papá.

—Alberto asintió.

—Es verdad. Y creo que Kant podría haber dicho algo parecido. No podemos esperar entender lo que somos. Quizás podamos llegar a entender plenamente una flor o un insecto, pero jamás podremos entendernos del todo a nosotros mismos. Y aún menos debemos esperar que vayamos a entender todo el universo. Sofía volvió a leer la extraña frase una y otra vez, pero Alberto continuó.

—Habíamos dicho que no nos dejaríamos estorbar por monstruos marinos y cosas por el estilo. Antes de acabar hoy, quiero explicarte la ética de Kant.

—Date prisa, porque tengo que irme a casa pronto.

—El escepticismo de Hume sobre lo que nos pueden decir la razón y los sentidos obligó a Kant a reflexionar de nuevo sobre algunas de las cuestiones vitales, entre ellas las del campo de la moral.

—Hume dijo que no se puede probar lo que es bueno y lo que es malo, porque del «es» no podemos deducir el «debe ser».

—Según Hume no eran ni nuestra razón ni nuestros sentidos los que decidían la diferencia entre el bien y el mal. Eran simplemente los sentimientos. Este fundamento le pareció poco sólido a Kant.

—Lo comprendo muy bien.

—Kant partía ya del punto de vista de que la diferencia entre el bien y el mal es algo verdaderamente real. En eso estaba de acuerdo con los racionalistas, quienes habían señalado que es inherente a la razón del hombre el saber distinguir entre el bien y el mal. Todos los seres humanos sabemos lo que está bien y lo que está mal, y lo sabemos no sólo porque lo hemos aprendido, sino porque es inherente a nuestra

mente. Según Kant todos los seres humanos tenemos una «razón práctica», es decir una capacidad de razonar que en cada momento nos dirá lo que es bueno y lo que es malo moralmente.

—¿Entonces es algo innato?

—La capacidad de distinguir entre el bien y el mal es tan innata como las demás cualidades de la razón. De la misma manera que todos los seres humanos tienen las mismas formas de razón, por ejemplo el que percibamos todo como algo determinado causalmente, todos tenemos también acceso a la misma ley moral universal. Esta ley moral tiene la misma validez absoluta que las leyes físicas de la naturaleza. Tan fundamental es para nuestra vida moral que todo tenga una causa como para nuestra vida racional que $7 + 5 = 12$.

—¿Y qué dice esa ley moral?

—Dado que es anterior a cualquier experiencia, es «formal», es decir, no está relacionada con determinadas situaciones de elección moral. Es válida para todas las personas en todas las sociedades y en cualquier época. No te dice, por tanto, que no debes hacer esto o aquello si te encuentras en esta o aquella situación. Te dice cómo debes actuar en todas las situaciones.

—¿Pero de qué nos sirve tener dentro una «ley moral» si no nos dice nada sobre cómo debemos actuar en situaciones determinadas?

—Kant formuló la ley moral como un imperativo categórico, con lo cual quiso decir que la ley moral es «categórica», es decir, válida en todas las situaciones.

Además es un «imperativo», es decir, es «preceptiva» o, en otras palabras, completamente ineludible.

—Vale...

—No obstante, Kant formula este «imperativo categórico» de varias maneras. En primer lugar dice que «siempre debes actuar de modo que al mismo tiempo desees que la regla según la cual actúas pueda convertirse en una ley general».

—Quiere decir que cuando yo hago algo tengo que asegurarme de que desearía que todos los demás hicieran lo mismo si se encontrasen en la misma situación. ¿Es eso?

—Exactamente. Sólo así actúas de acuerdo con la ley moral que tienes dentro. Kant también formuló el imperativo categórico diciendo que «siempre debes tratar a las personas como si fueran una finalidad en sí y no sólo un medio para otra cosa».

—¿No debemos «utilizar» a otras personas con el fin de conseguir ventajas para nosotros mismos?

—Eso es. Pues toda persona es una finalidad en sí. Pero no sólo se refiere a los demás, también es válido para uno mismo. Tampoco tienes

derecho a usarte a ti mismo como un mero medio para conseguir algo.

—Esto recuerda un poco la «regla de oro» que dice que debes hacer a los demás lo que quieres que los demás te hagan a ti.

—Sí, y es una norma formal que en el fondo abarca a todas las situaciones de elección ética. También puedes decir que la «regla de oro» expresa lo que Kant llama «ley moral».

—Pero todo son simplemente afirmaciones. Hume tenía razón en decir que no podemos probar con la razón lo que es bueno y lo que es malo.

—Según Kant, la ley moral es tan absoluta y de validez tan general como por ejemplo la ley de causalidad, que tampoco puede ser probada mediante la razón, y que sin embargo es totalmente ineludible. Nadie desea refutarla.

—Tengo la sensación de que en realidad estamos hablando de la conciencia. Porque todo el mundo tendrá una conciencia, ¿no?

—Sí. Cuando Kant describe la ley moral, es la conciencia del hombre lo que describe. No podemos probar lo que dice la conciencia, pero de todos modos lo sabemos.

—Algunas veces a lo mejor sólo soy buena con los demás porque me merece la pena. Puede ser una manera de hacerse popular, por ejemplo.

—Pero si compartes algo con los demás sólo con el fin de hacerte popular, entonces no actúas por respeto a la ley moral. A lo mejor actúas de acuerdo con ella, y eso está bien, pero para que algo pueda llamarse «acto moral», tiene que ser el resultado de una superación personal. Si haces algo sólo porque piensas que es tu obligación cumplir la ley moral, se puede hablar de un acto moral. Por eso la ética de Kant se suele denominar ética de obligación.

—Yo puedo sentir que es mi obligación recoger dinero para Caritas y Manos Unidas.

—Sí, y lo decisivo es que lo harías porque opinas que es lo correcto. Aunque el dinero recogido desapareciera en el camino, o no llegara a alimentar a aquellos a los que estaba destinado, habrías cumplido con la ley moral. Habrías actuado con una actitud correcta, y según Kant es la actitud lo que es decisivo para poder determinar si se trata o no de un acto moral. No son las consecuencias del acto las que son decisivas. Por ello también llamamos a la ética de Kant ética de intención.

—¿Por qué era tan importante para él saber si actuabas respetando a la ley moral? ¿Lo más importante no es que lo que hagamos sirva a los demás?

—Pues sí, Kant no estaría en desacuerdo con eso. Pero sólo cuando sabemos que actuamos respetando la ley moral actuamos en libertad

—¿Sólo cumpliendo una ley actuamos en libertad? ¿No suena eso un poco extraño?

—Según Kant no lo es. Recordarás que tuvo que "postular" que el hombre tiene libre albedrío. Este es un punto importante, porque Kant también pensaba que todo sigue la ley causal. ¿Entonces cómo podemos tener libre albedrío?

—A mi no me lo preguntes.

—Kant divide al hombre en dos, y lo hace de una manera que recuerda a Descartes y al hombre como «ser doble», porque tiene a la vez un cuerpo y una razón. Como seres con sentidos estamos totalmente expuestos a las inquebrantables leyes causales, pensaba Kant. Nosotros no decidimos lo que percibimos, las percepciones nos llegan necesariamente y nos caracterizan, lo queramos o no. Pero los seres humanos no somos únicamente seres con sentidos, sino que también somos seres con razón.

—¡Explícate!

—Como seres que percibimos pertenecemos plenamente a la naturaleza. Por lo tanto también estamos sometidos a la ley causal. Y en ese sentido no tenemos libre albedrío. Pero como seres de la razón formamos parte de lo que Kant llama «das Ding an sich», es decir del mundo tal como es en sí, independientemente de nuestras percepciones. Únicamente cuando cumplimos nuestra «razón práctica», que hace que podamos realizar elecciones morales, tenemos libre albedrío. Porque cuando nos doblegamos ante la ley moral somos nosotros mismos los que creamos la ley por la que nos guiamos.

—Sí, eso es de alguna manera verdad. Soy yo, o algo dentro de mí, la que dice que no debo comportarme mal con los demás.

—Cuando eliges no comportarte mal, aun cuando pueda perjudicar a tus propios intereses, entonces actúas en libertad.

—Lo que está claro es que no se es libre ni independiente cuando uno simplemente se deja guiar por sus deseos.

—Se puede uno volver «esclavo» de muchas cosas. Incluso de su propio egoísmo. Pues se requiere independencia y libertad para elevarse por encima de los deseos de uno.

—¿Y los animales, qué? Ellos sí siguen sus deseos y sus necesidades. ¿No tienen ninguna libertad para cumplir una ley moral?

—No. Precisamente esa libertad es la que nos convierte en seres humanos.

—Pues sí, ahora lo entiendo.

—Finalmente podemos mencionar que Kant logró sacar a la filosofía del embrollo en que se había metido en cuanto a la disputa entre racionalistas y empiristas. Con Kant muere por tanto una época de la

historia de la filosofía. Él murió en 1804, justo cuando comienza a florecer la época llamada Romanticismo. En su tumba en Königsberg se puede leer una de sus más famosas citas. Hay dos cosas que llenan su mente cada vez de más admiración y respeto, pone, y son «el cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mí». Y continúa: «Son para mí pruebas de que hay un Dios por encima de mí y un Dios dentro de mí».

Alberto se echó hacia atrás en el sillón.

—Ya está —dijo—. Creo que hemos dicho lo más importante sobre Kant.

—Además son las cuatro y cuarto.

—Pero hay algo más, espera un momento, por favor.

—Nunca me voy de la clase hasta que el profesor ha dicho que ha acabado.

—¿Dije que Kant piensa que no tenemos ninguna libertad si sólo vivimos como seres perceptivos?

—Sí, dijiste algo por el estilo.

—Pero si nos dejamos guiar por la razón universal, entonces seremos libres e independientes. ¿También dije eso?

—Sí. ¿Por qué lo repites ahora? Alberto se inclinó hacia Sofía mirándola a los ojos y susurró:

—No te dejes impresionar por todo lo que veas, Sofía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Date la vuelta, hija mía.

—No te entiendo.

—Es corriente decir «Si no lo veo, no lo creo». Pero ni aun entonces deberás creerlo.

—Algo así me dijiste antes.

—Referente a Parménides, sí.

—Pero sigo sin entender lo que quieres decir.

—¡Vaya! Pues que estábamos sentados allí fuera en la escalera charlando. Y entonces un «monstruo marino» comenzó a moverse en el agua.

—¿Y eso no era extraño?

—En absoluto. Luego llega Caperucita Roja y llama a la puerta. «Estoy buscando la casa de mi abuelita.» Es una vergüenza, Sofía. No es más que el teatro puesto en escena por el mayor. Igual que los comunicados dentro de plátanos y tormentas imprudentes.

—Crees...

—Pero te dije que tengo un plan. Mientras sigamos nuestra propia razón él no logrará engañarnos. Entonces somos libres de algún modo.

Porque, aunque él nos pueda hacer «percibir» muchas cosas, nada me va a sorprender. Si llega a oscurecer el cielo con elefantes voladores apenas haré un gesto con la boca. Pero siete más cinco son doce. Ése es un conocimiento que sobrevive a cualquier efecto de dibujos animados. La filosofía es lo contrario del cuento.

Sofía se quedó un instante mirándole asombrada.

—Ya te puedes marchar —dijo Alberto finalmente—. Te convocaré a una nueva reunión sobre el Romanticismo. Vamos a hablar sobre Hegel y Kierkegaard. Pero sólo falta una semana para que el mayor aterrice en el aeropuerto de Kjevik. Antes de esa fecha tendremos que librarnos de su pegajosa imaginación. No digo nada más, Sofía. Pero debes saber que estoy trabajando en un maravilloso plan para los dos.

—Entonces me voy.

—Espera. Tal vez nos hemos olvidado de lo más importante.

—¿De qué?

—La canción de cumpleaños, Sofía. Hoy Hilde cumple quince años.

—Y yo también.

—Tú también, sí. Cantemos.

Se levantaron los dos y cantaron:

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! ¡Te deseamos todos, cumpleaños feliz!

Eran las cuatro y media. Sofía bajó corriendo al lago y cruzó remando hasta la otra orilla. Arrastró la barca hasta los juncos y comenzó a correr a través del bosque. Ya en el sendero vio de repente moverse algo entre los troncos de los árboles. Se acordó de Caperucita Roja, que había ido sola por el bosque para visitar... a su abuela, pero la figura que vio entre los árboles era mucho más pequeña. Sofía se acercó. La figura no era más grande que una muñeca, era de color marrón, y llevaba un jersey rojo. Sofía se quedó parada cuando se dio cuenta de que era un osito de peluche. El que alguien se hubiera dejado un osito de peluche en el bosque no era en sí nada misterioso. Pero este osito estaba vivo, al menos estaba haciendo alguna cosa.

—¡Hola! —dijo Sofía.

El pequeño osito se giró bruscamente.

—Yo me llamo Winnie Pooh. Desgraciadamente me he perdido en este bosque en este día que, de otra manera, habría sido un día estupendo. A ti nunca te había visto antes.

—Quizás es que nunca he estado aquí antes —dijo Sofía—. En ese caso puede que tú estés en tu Bosque de los Cien Metros.

—No, ese problema de matemáticas es demasiado difícil para mí. Recuerda que sólo soy un oso con poca razón.

—He oído hablar de ti.

—Serás tú a la que llaman Alicia. Christopher Robin me habló de ti. Bebiste tanto de una botella que te hiciste más y más pequeña. Pero luego bebiste de otra botella y entonces volviste a crecer. Hay que tener cuidado con lo que uno se mete en la boca. Yo una vez comí tanto que me quedé atascado en una madriguera de conejos.

—Yo no soy Alicia.

—No importa nada quiénes somos. Lo que importa es qué somos. Lo dice el Búho, y él tiene mucha razón. Siete más cuatro son doce, dijo una vez en un día de sol completamente normal. Mis amigos y yo nos sentimos muy avergonzados porque los números son muy difíciles de utilizar. Es mucho más fácil calcular el tiempo.

—Yo me llamo Sofía.

—Me alegro, Sofía. Supongo que debes de ser nueva en este bosque. Pero ahora me tengo que ir a buscar al Cerdito, porque vamos a una fiesta en el jardín de la casa de otro amigo.

Le dijo adiós con una pata y Sofía descubrió que llevaba una notita en la otra.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó ella.

Winnie Pooh levantó la notita y dijo:

—Por culpa de esto me perdí.

—Pero si sólo es un papelito.

—No, no es en absoluto «sólo un papelito». Es una carta para la Hilde del Espejo.

—Ah bueno, entonces la puedo coger yo.

—¿Pero tú no eres la chica del espejo, no?

—No, pero...

—Una carta siempre debe entregarse a la persona en cuestión. Ayer mismo me lo tuvo que explicar Christopher Robin.

—Pero yo conozco a Hilde.

—No importa. Aunque conozcas muy bien a una persona no debes leer sus cartas.

—Quiero decir que se la puedo dar a Hilde.

—Ah, eso es otra cosa. Toma, Sofía. Si me libro de la carta, encontraré la casa del Cerdito. Para que tú encuentres a Hilde, primero tendrás que encontrar un gran espejo. Pero eso no te resultará fácil por aquí.

Y el osito le dio a Sofía el papelito que llevaba en la mano. A continuación comenzó a correr bosque adentro con sus patitas. Cuando hubo desaparecido, Sofía desdobló la nota y leyó su contenido:

Querida Hilde. Me parece vergonzoso que Alberto no contara a Sofía

que Kant abogó por la creación de una «federación de los pueblos». En su escrito *La paz perpetua* escribió que todos los países deberían unirse en una confederación de los pueblos» que se ocuparía de conseguir una pacífica coexistencia entre las distintas naciones. Aproximadamente 125 años después de la publicación de este escrito en 1795, se creó la llamada «Sociedad de Naciones» tras la Primera Guerra Mundial. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial la Sociedad de Naciones fue sustituida por las Naciones Unidas. Se podría decir que Kant es una especie de padrino de la idea de la ONU. Kant pensaba que la «razón práctica» de los hombres impone a los Estados que se salgan de ese «estado natural» que causa tantas guerras, y que creen un nuevo sistema de derecho internacional que las impida. Aunque el camino hasta la creación de una sociedad sea largo, es nuestra obligación trabajar a favor de un «generalizado y duradero seguro de paz». Para Kant la creación de una sociedad tal era una meta muy lejana, casi podríamos decir que era la máxima meta de la filosofía. Yo, por mi parte, me encuentro en la actualidad en el Líbano.

Abrazos, papá.

Sofía se metió la notita en el bolsillo y continuó hacia casa. Contra estos encuentros en el bosque le había advertido Alberto. Pero ella tampoco podía dejar que el osito errara eternamente por el bosque buscando a la Hilde del espejo.

Romanticismo

... el camino secreto va hacia dentro...

Hilde dejó caer la carpeta grande de anillas. Primero sobre sus rodillas y luego al suelo. Ya había mas luz en la habitación que cuando se acostó. Miró el reloj. Eran casi las tres. Se dio la vuelta en la cama para dormir. En el momento de dormirse pensó en por qué su padre había escrito sobre Caperucita Roja y Winnie Pooh... Durmió hasta las once del día siguiente. Le parecía que había estado soñando intensamente toda la noche, pero era incapaz de acordarse de lo que había soñado. Tenía la sensación de haber estado en una realidad completamente diferente. Bajó a la cocina y se hizo el desayuno. Su madre se había puesto el mono azul. Iba a bajar a la caseta a arreglar el barco un poco. Aunque no le diera tiempo de llevarlo al agua, al menos debería estar listo para cuando el padre de Hilde volviera del Líbano.

—¿Bajas a echarme una mano?

—Primero tengo que leer un poco mas. Luego puedo bajar té y bocadillos, si quieres.

Después de desayunar, Hilde volvió a subir a su habitación, hizo su cama y se puso cómoda con la carpeta de anillas sobre las rodillas.

Sofía se metió por el seto y de nuevo se encontró en ese gran jardín que una vez había comparado con el jardín del Edén... Ahora se dio cuenta de que había hojas y ramas sueltas por todas partes tras la tormenta de la noche anterior. Tenía la sensación de que existía una relación entre la tormenta y las ramas sueltas, por un lado, y el encuentro con Caperucita Roja y Winnie Pooh, por el otro. Se fue al balancín y lo limpió de agujas de pino y ramas. Menos mal que tenía cojines de plástico, porque así no hacía falta meterlos en casa cada vez que caía un chaparrón. Entró en casa. Su madre acababa de volver, y estaba metiendo algunas botellas en la nevera. Sobre la mesa de la cocina había dos tartas.

—¿Van a venir invitados? —preguntó Sofía.

Casi se había olvidado de que era su cumpleaños.

—Haremos la gran fiesta en el jardín el sábado, pero me pareció que deberíamos celebrarlo hoy también.

—¿Qué?

—He invitado a Jorunn y a sus padres.

Sofía se encogió de hombros.

—Como quieras.

Los invitados llegaron un poco antes de la siete y media. El ambiente estaba tenso, porque la madre de Sofía no conocía muy bien a los padres de Jorunn. Sofía y Jorunn subieron a la habitación de Sofía a redactar la invitación para la fiesta del jardín. Ya que también iban a invitar a Alberto Knox, a Sofía se le ocurrió que podían llamarla «Fiesta filosófica en el jardín». Jorunn no protestó, pues la fiesta era de Sofía, y últimamente se habían puesto muy de moda las llamadas «fiestas temáticas». Por fin acabaron de redactar la invitación. Habían tardado dos horas y estaban muertas de risa.

Querido: Te invitamos a una fiesta filosófica en el jardín del Camino del Trébol 3, el sábado 23 de junio (San Juan) a las 19.00 horas. En el transcurso de la fiesta, esperamos poder solucionar el misterio de la vida. Tráete una chaqueta de lana y buenas ideas que puedan contribuir a una pronta solución de los enigmas de la filosofía. Desgraciadamente está prohibido encender hogueras de San Juan debido al gran peligro de incendio, pero las llamas de la imaginación podrán arder libremente. Habrá incluso un auténtico filósofo entre los invitados. Se reserva el derecho de admisión. ¡Nada de prensa!

Un cordial saludo, Jorunn Ingebrigtsen (comisión de festejos) y Sofía Amundsen (anfitriona)

Bajaron para reunirse con los mayores, que ahora charlaban con un poco más de soltura que cuando Sofía y Jorunn se refugiaron en el piso de arriba. Sofía le dio la invitación, que estaba escrita con una estilográfica, a su madre.

—Anda, por favor, dieciocho copias —dijo.

A veces le pedía a su madre que le sacara alguna fotocopia en el trabajo. La madre repasó rápidamente la invitación, y luego se la dio al asesor fiscal.

—Ya veis. Está completamente chiflada.

—Esto parece emocionante —dijo el asesor fiscal, y dio la hoja a su mujer—. A mí me gustaría mucho participar en esta fiesta.

Ahora le tocó el turno a la Barbie.

—¡Pero qué emocionante! ¿Nos dejas venir, Sofía?

—Pues entonces, veinte copias.

—Estás como una cabra —dijo Jorunn.

Antes de acostarse, Sofía se quedó un largo rato junto a la ventana.

Se acordó de la noche en que, hacía más de un mes, había visto la silueta de Alberto en la oscuridad. Ahora también era de noche, pero era una luminosa noche de verano.

No supo nada de Alberto hasta el martes por la mañana. Llamó por teléfono justo después de que su madre se marchara a trabajar.

—Sofía Amundsen.

—Alberto Knox.

—Ya me lo figuraba.

—Lamento no haber llamado antes, pero he estado trabajando intensamente en nuestro plan. Sólo cuando el mayor se concentra plenamente en ti, yo tengo ocasión de estar solo y trabajar sin que me interrumpen.

—Qué raro.

—Entonces aprovecho para esconderme en algún sitio, ¿sabes? Incluso la mejor vigilancia del mundo tiene sus límites cuando la lleva una sola persona... He recibido una tarjeta tuya.

—¿Una invitación, quieres decir?

—¿Y te atreves?

—¿Por qué no?

—No es fácil saber lo que puede pasar en una fiesta así.

—¿Vendrás?

—Claro que iré. Pero hay otra cosa. ¿Has pensado en que es el mismo día en que el padre de Hilde vuelve del Líbano?

—No, a decir verdad, no había caído en eso.

—No creo que sea pura casualidad el que te haga organizar una fiesta filosófica en el jardín el mismo día que él vuelve a su casa de Bjerkely.

—Como te digo, no se me había ocurrido.

—Pero a él sí. Bueno, ya hablaremos. ¿Puedes venir a la Cabaña del Mayor esta mañana?

—Debería arrancar las malas hierbas del jardín.

—Digamos entonces a las dos. ¿Vas a poder?

—Iré.

También esta vez Alberto estaba sentado en los escalones cuando llegó Sofía.

—Siéntate aquí —dijo. Hoy fue derecho al grano—. Hasta ahora hemos hablado del Renacimiento, de la época barroca y de la Ilustración. Hoy vamos a hablar del Romanticismo, la última gran época cultural europea. Nos estamos acercando al final de una larga historia, hija mía.

—¿Tanto tiempo duró el Romanticismo?

—Empezó muy a finales del siglo XVIII y duró hasta mediados del siglo pasado. No obstante, después de eso ya no tiene sentido hablar de «épocas» enteras que abarquen literatura y filosofía, arte, ciencia y música.

—¿Pero el Romanticismo fue una época así?

—Se ha dicho que el Romanticismo fue la última «postura común» ante la vida en Europa. Surgió en Alemania como una reacción contra el culto a la razón de la Ilustración. Después de Kant y su fría razón, era como si los jóvenes alemanes respiraran aliviados.

—¿Y que pusieron en lugar de la razón?

—Los nuevos lemas fueron «sentimiento», «imaginación», vivencia» y «añoranza». También algunos de los filósofos de la Ilustración habían señalado la importancia de los sentimientos, como por ejemplo Rousseau, pero en ese caso como una crítica contra la importancia exclusiva que se daba a la razón. Ahora esta subcorriente se convirtió en la corriente principal de la vida cultural alemana.

—Entonces, ¿Kant había perdido partidarios?

—Sí y no. Muchos románticos se consideraron herederos de Kant, pues el maestro había afirmado que lo que podemos saber sobre «das Ding an sich» es muy limitado. Por otro lado, había señalado lo importante que es la aportación del «yo» al conocimiento. Ahora cada individuo tenía libertad para dar su propia interpretación de la existencia. Los románticos aprovecharon esta libertad, convirtiéndola en un culto casi desenfrenado al «yo», lo cual también condujo a una revalorización del genio artístico.

—¿Había muchos genios de éstos?

—Un ejemplo es Beethoven, en cuya música nos encontramos con un ser que expresa sus propios sentimientos y añoranzas. En ese sentido Beethoven era un creador «libre», al contrario que los maestros del Barroco, por ejemplo Bach y Händel, quienes compusieron sus obras en honor a Dios y, muy a menudo, conforme a reglas muy severas.

—Yo sólo conozco la «Sonata del Claro de Luna» y la «Quinta sinfonía».

—Pues entonces puedes apreciar lo romántica que es la «Sonata del Claro de Luna» y lo dramática que es la expresión que emplea Beethoven en la «Quinta sinfonía».

—Dijiste que también los humanistas del Renacimiento eran individualistas.

—Sí. De hecho hay muchos rasgos comunes entre el Renacimiento

y el Romanticismo, quizás sobre todo en la importancia que otorgaban, unos y otros, al arte y a su significado para el conocimiento del hombre. En este campo Kant aportó lo suyo. En su estética había investigado qué es lo que sucede cuando nos sentimos abrumados por algo muy hermoso; por ejemplo, por una obra de arte. Cuando nos entregamos a una obra de arte sin servir a otros intereses que a la propia vivencia artística, nos acercamos a una percepción de «das Ding an sich».

—¿Eso quiere decir que el artista es capaz de transmitir algo que los filósofos no pueden expresar?

—Así opinaron los románticos. Según Kant, el artista juega libremente con su capacidad de conocimiento. El poeta alemán Schiller continuó desarrollando las ideas de Kant. Escribe que la actividad del artista es como un juego, y que el hombre sólo es libre cuando juega, porque entonces hace sus propias leyes. Los románticos opinaban que solamente el arte podía llevarnos más cerca de «lo inefable». Algunos fueron hasta el final y compararon al artista con Dios.

—Porque el artista crea su propia realidad exactamente de la misma manera que Dios ha creado el mundo.

—Se decía que el artista tiene una «fuerza imaginativa de creación del mundo». En su entusiasmo artístico podía llegar a sentir desaparecer la frontera entre sueño y realidad. Novalis, que era uno de los jóvenes genios, dijo que «el mundo se convierte en sueño, el sueño en mundo». Escribió una novela medieval que se titulaba *Heinrich von Ofterdingen*. El escritor no pudo dejarla acabada cuando murió, en 1801, pero tuvo de todas formas una gran importancia. La novela cuenta la historia del joven Heinrich, que está buscando aquella «flor azul» que un día vio en un sueño y que desde entonces siempre ha añorado. El romántico inglés Coleridge expresó la misma idea de esta manera:

What if you slept? And what if, in your sleep, you dreamed? And what if, in your dream, you went to heaven and there plucked a rare and beautiful flower? And what if, when you awoke, you had the flower in your hand? Ah, what then?

—Qué bonito.

—Esta añoranza de algo lejano e inaccesible era típica de los románticos. Algunos también añoraron los tiempos pasados, por ejemplo la Edad Media, que ahora se revalorizó frente a la evaluación tan negativa de la Ilustración. Los románticos también añoraban culturas lejanas, por ejemplo Oriente y sus misterios. También se sentían atraídos por la noche, por el amanecer, por viejas ruinas y por lo sobrenatural. Se interesaban por lo que podríamos llamar los «aspectos

oscuros» de la existencia, es decir, lo enigmático, lo tétrico y lo misterioso.

—A mí me suena como una época interesante. ¿Quiénes eran en realidad esos románticos?

—El Romanticismo era ante todo un fenómeno urbano. Precisamente en la primera parte del siglo pasado tuvo lugar un florecimiento de la cultura urbana en muchos lugares de Europa, y muy marcadamente en Alemania. Los «románticos» típicos eran hombres jóvenes, muchos de ellos estudiantes, aunque quizás no se ocuparan demasiado de los estudios en sí. Tenían una mentalidad expresamente antiburguesa y solían hablar de la policía o de sus caseras como «filisteos» o simplemente como «el enemigo».

—En ese caso yo no me habría atrevido a ser casera de ningún romántico.

—La primera generación de románticos vivió su juventud alrededor del año 1800, y podemos llamar movimiento romántico la primera insurrección juvenil de Europa. Los románticos tenían varios rasgos comunes con la cultura hippie que surgió ciento cincuenta años más tarde.

—¿Flores y pelo largo, música de guitarra y pereza?

—Sí, se ha dicho que «la ociosidad es el ideal del genio y la pereza la virtud romántica». Era la obligación del romántico vivir la vida, o soñar para alejarse de ella. El comercio cotidiano y los quehaceres de todos los días eran cosa de los filisteos.

—¿Henrik Wergeland era un romántico?

—Tanto Wergeland como Welhaven eran románticos. Wergeland también defendió muchos de los ideales de la Ilustración, pero su comportamiento, caracterizado por una obstinación inspirada pero desordenada, tenía casi todos los rasgos típicos de un romántico, por ejemplo, sus exaltados enamoramientos. Su «Stella», a quien dedica sus poemas de amor, era tan distante e inaccesible como la «flor azul» de Novalis. El propio Novalis se comprometió con una joven que sólo tenía catorce años. Ella murió cuatro días después de cumplir los quince, pero Novalis continuó amándola el resto de su vida.

—¿Has dicho que se murió sólo cuatro días después de cumplir los quince años?

—Sí.

—Yo tengo hoy quince años y cuatro días.

—Es verdad...

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Sophia.

—¿Qué has dicho?

—Bueno...

—¡Me estás asustando! ¿Es esto una coincidencia?

—No sé, Sofía, pero ella se llamaba Sophia.

—¡Sigue!

—El propio Novalis murió a los 29 años. Fue uno de los «jóvenes muertos». Pues muchos de los románticos murieron jóvenes, muchos a causa de la tuberculosis. Algunos se suicidaron.

—¡Vaya!

—Aquellos que llegaron a viejos dejaron más bien de ser románticos alrededor de los 30 años. Muchos se volvieron muy burgueses y conservadores.

—¿Entonces se pasaron al campo del enemigo?

—Sí, tal vez. Pero hablamos del enamoramiento romántico. El amor inaccesible había sido introducido ya por Goethe en su novela epistolar titulada *Los sufrimientos del joven Werther*, publicada en 1772. El pequeño libro acaba con que el joven Werther se pega un tiro porque no consigue a la mujer a la que ama...

—¿No era eso un poco exagerado?

—Resultó que el número de suicidios aumentó después de publicarse el libro, y durante algún tiempo estuvo prohibido en Dinamarca y Noruega. Como ves, no carecía de peligro ser romántico. Se ponían en marcha fuertes sentimientos.

—Al oír la palabra «romántico», pienso en grandes pinturas de paisajes, bosques misteriosos y naturaleza salvaje... preferiblemente envuelta en niebla.

—Uno de los rasgos más importantes del romanticismo era precisamente la añoranza de la naturaleza y la mística de la misma. Y, como ya he dicho, esas cosas no surgen en el campo. Te acordarás de Rousseau, que lanzó esa consigna de «vuelta a la naturaleza», que finalmente tuvo éxito en el Romanticismo. El Romanticismo representa, entre otras cosas, una reacción contra el universo mecánico de la Ilustración. Se ha dicho que el Romanticismo implicaba un renacimiento de la antigua conciencia cósmica.

—¡Explicáte!

—Significa que la naturaleza se consideró una unidad. En este punto los románticos conectaban con Spinoza, pero también con Plotino y filósofos del Renacimiento como Jacob Böhme y Giordano Bruno. Estos tuvieron en común su vivencia de un «yo» divino en la naturaleza.

—Eran panteístas...

—Tanto Descartes como Hume habían hecho una fuerte distinción entre el yo, por un lado, y la realidad extensa por el otro. También Kant había hecho una clara separación entre el «yo» que conoce, y la

naturaleza «en sí». Ahora se decía que la naturaleza era un enorme yo. Los románticos también empleaban la expresión «alma universal».

—Entiendo.

—El filósofo romántico dominante fue Schelling, que vivió desde 1775 a 1854. Intentó anular la mismísima distinción entre espíritu y materia. Toda la naturaleza, tanto las almas de los seres humanos, como la realidad física, son expresiones del único Dios o del "espíritu universal", dijo él.

—Bueno, me recuerda a Spinoza.

—"La Naturaleza es el espíritu visible, el espíritu es la naturaleza invisible, dijo Schelling. Porque en todas partes de la naturaleza intuimos un "espíritu estructurador". También dijo que la "materia es inteligencia adormecida.

—Esto me lo tendrás que explicar más detenidamente.

—Schelling vio un "espíritu universal" en la naturaleza, pero también vio el mismo espíritu en la conciencia del hombre. En este sentido la naturaleza y la conciencia humana son en realidad dos expresiones de lo mismo.

—Si, ¿por qué no?

—Es decir, que uno puede buscar el "espíritu universal" tanto en la naturaleza como en la mente de uno mismo. Por eso Novalis dijo que "el camino secreto va hacia dentro". Pensaba que el hombre lleva todo el universo dentro y que la mejor manera de percibir el secreto del mundo es entrar en uno mismo.

—Es una idea hermosa.

—Para muchos románticos la filosofía, la investigación de la naturaleza y la literatura se elevan a una unidad superior. Estar sentado en un estudio escribiendo inspirados poemas o estudiando la vida de las flores y la composición de las piedras eran en realidad dos lados del mismo asunto. Porque la naturaleza no es un mecanismo muerto, es un "espíritu universal" vivo.

—Si sigues hablando así, creo que me hago romántica.

—El científico nacido en Noruega, Henrik Steffens, llamado por Wergeland "la hoja de laurel, desaparecido en Noruega con el viento", porque se había ido a vivir a Alemania, llegó en 1801 a Copenhague para dar conferencias sobre el Romanticismo Alemán. Caracterizó el movimiento romántico con las siguientes palabras: "Cansados de los eternos intentos de atravesar la materia cruda, elegimos otro camino y quisimos apresurarnos hacia lo infinito. Entramos en nosotros mismos y creamos un nuevo mundo..."

—¿Cómo consigues acordarte de tantas palabras de memoria?

—No tiene importancia, hija mía.

—Sigue.

—Schelling también vio una evolución en la naturaleza de tierra y piedra a la conciencia del hombre. Señaló transiciones muy graduales de naturaleza muerta a formas de vida cada vez más complicadas. La visión de la naturaleza de los románticos reflejaba que la naturaleza se entendía como un solo organismo, es decir, como una unidad que constantemente va desarrollado sus posibilidades inherentes. La naturaleza es como una planta que abre sus hojas y sus pétalos. O como un poeta que despliega sus poemas.

—¿No recuerda esto un poco a Aristóteles?

—Pues sí. La filosofía de la naturaleza del Romanticismo tiene rasgos aristotélicos y neoplatónicos. Pues Aristóteles tenía una visión más orgánica de los procesos naturales que los materialistas mecanicistas.

—Entiendo.

—También encontramos pensamientos parecidos en su nueva visión de la Historia. Muy importante para los románticos sería el filósofo e historiador Herder, que vivió desde 1744 a 1803. Opinó también que el transcurso de la Historia se caracteriza por el contexto, el crecimiento y la orientación. Decimos que tenía una visión dinámica de la Historia porque la vivía como un proceso. Los filósofos de la Ilustración habían tenido a menudo una visión estática de la Historia. Para ellos sólo existía una razón universal y general, que fluctuaba según los tiempos. Herder señaló que toda época histórica tiene su propio valor. De la misma manera cada pueblo tiene sus particularidades o su «alma popular». La cuestión es si somos capaces de identificarnos con las condiciones de otras culturas.

—De la misma manera que tenemos que identificarnos con la situación de otra persona para entenderla mejor, también debemos identificarnos con otras culturas para comprenderlas.

—Supongo que hoy en día eso es más o menos evidente. Pero en el Romanticismo era algo nuevo. El Romanticismo contribuyó también a reforzar los sentimientos de identidad de cada una de las naciones. No es una casualidad que nuestra propia lucha por la independencia nacional floreciera precisamente en 1811.

—Entiendo.

—Ya que el Romanticismo implicaba orientaciones nuevas en tantos campos, lo normal ha sido distinguir entre dos clases de Romanticismo. Por «Romanticismo» entendemos, ante todo, lo que llamamos Romanticismo universal. Pienso entonces en aquellos románticos que se preocuparon por la naturaleza, el alma universal y el genio artístico. Esta forma de romanticismo floreció primero, y de un modo muy

especial, en la ciudad de Jena alrededor del año 1800.

—¿Y la otra clase de Romanticismo?

—La otra es la llamada Romanticismo nacional que floreció un poco más tarde esencialmente en la ciudad de Heidelberg. Los románticos nacionales se interesaban sobre todo por la historia del «pueblo», por la lengua del «pueblo» y en general por la cultura «popular». Y también el "pueblo" fue considerado un organismo que desdobra sus posibilidades inherentes, precisamente como la naturaleza y la historia.

—Dime dónde vives, y te diré quien eres.

—Lo que unificó al Romanticismo universal y al nacional fue ante todo la consigna «organismo. Los románticos consideraban tanto una página, como un pueblo, «organismos vivos, de manera que también una obra literaria era un organismo vivo. La lengua era un organismo, incluso la naturaleza se consideraba un solo organismo. Por ello no hay una diferenciación bien definida entre el Romanticismo universal y el Romanticismo nacional. El espíritu universal estaba presente en el pueblo, así como en la cultura popular y en la naturaleza y el arte.

—Comprendo.

—Herder ya había recopilado canciones populares de muchos países, y había publicado la colección bajo el elocuente título todo *Stimmen der Völker in Liedern* (Las Voces de los Pueblos en sus Canciones). Caracterizó la literatura popular como «lengua materna de los pueblos». En Heidelberg se comenzaron a recopilar canciones y cuentos populares. Tal vez hayas oído hablar de los cuentos de los hermanos Grimm.

—Ah sí, «Blancanieves» y «Caperucita Roja», «Cenicienta» y «Hansel y Gretel»...

—Y muchos, muchos más. En Noruega teníamos a Asbjørnsen y Moe, que viajaron por todo el país recogiendo la «literatura propia del pueblo». Era como cosechar una jugosa fruta que de repente se había descubierto como algo rico y nutritivo. Y corría prisa, porque la fruta ya estaba cayéndose de los árboles. Landstad recopiló canciones e Ivar Aasen recopiló la propia lengua noruega. Desde mediados del siglo pasado también se redescubrieron los viejos mitos de los tiempos paganos. Compositores de toda Europa comenzaron a incorporar la música folklórica a sus composiciones. De esa manera intentaron construir un puente entre la música popular y la artística.

—¿La música artística?

—Por música artística se entiende música compuesta por una sola persona, por ejemplo Beethoven. La música popular, por otra parte, no la había compuesto una persona determinada, sino el propio pueblo. Por eso tampoco sabemos exactamente cuándo se compusieron las

melodías populares. Y de la misma manera se distingue entre cuentos populares y cuentos artísticos.

—¿Qué significa «cuento artístico»?

—Un cuento que ha sido creado por un determinado escritor, por ejemplo Hans Christian Andersen. Precisamente el género cuentístico fue cultivado con gran pasión por los románticos. Uno de los maestros alemanes fue Hoffmann.

—Creo que he oído hablar de los cuentos de Hoffmann.

—El cuento fue el gran ideal literario entre los románticos, más o menos de la misma manera que el teatro había sido la forma artística preferida de los barrocos. Proporcionaba al escritor grandes posibilidades de jugar con su propia fuerza creativa.

—Podía jugar a Dios ante un mundo imaginado.

—Exactamente. Y ahora podríamos hacer un breve resumen.

—¡Venga!

—Los filósofos románticos entendieron el «alma universal» como un «yo» que, en un estado más o menos onírico, crea las cosas en el mundo. El filósofo Fichte señala que la naturaleza precede de una actividad imaginativa superior e inconsciente. Schelling dijo que el mundo «está en Dios». Pensaba que Dios es consciente de algunas cosas, pero también hay aspectos de la naturaleza que representan lo inconsciente en Dios. Porque también Dios tiene un «lado oscuro».

—Es una idea que me asusta y me fascina a la vez.

—De la misma manera se consideró la relación entre el autor y su obra de creación. El cuento proporcionó al escritor la posibilidad de jugar con su propia «fuerza imaginativa». El mismo acto de la creación no era siempre consciente. Al escritor le podía ocurrir que el cuento que estaba escribiendo saliera empujado por una fuerza inherente. A veces estaba como hipnotizado mientras escribía.

—De acuerdo.

—Pero luego el mismo escritor podía romper la ilusión. Podía intervenir en el relato con pequeños comentarios irónicos al lector, para que éste, al menos esporádicamente recordara que el cuento sólo era un cuento.

—Entiendo.

—De esta manera el escritor también podía recordar al lector que su propia vida era de cuento.

Esta clase de ruptura de la ilusión la solemos llamar «ironía romántica». Nuestro propio Ibsen, por ejemplo, deja decir a uno de los personajes en su obra *Peer Gynt* que «uno no muere en medio del quinto acto».

—Creo que entiendo que esa réplica tiene algo de divertido. Porque al mismo tiempo dice que simplemente es un soñador.

—La frase es tan paradójica que podemos marcarla con un punto y aparte.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada, Sofía. Pero luego dijimos que la amada de Novalis se llamaba Sophia, como tú, y que además murió cuando tenía quince años y cuatro días...

—Comprenderás que me asustara, ¿no?

Alberto se quedó sentado mirando algo fijamente. Prosiguió:

—Pero no debes temer que vayas a tener el mismo destino que la amada de Novalis.

—¿Por qué no?

—Porque aún quedan muchos capítulos.

—¿Qué dices?

—Digo que la persona que lea esta historia de Sofía y Alberto sabe que aún quedan muchas páginas de este cuento. Sólo hemos llegado al Romanticismo.

—¡Me mareas!

—En realidad se trata del mayor, que intenta marear a Hilde. ¡Qué feo por su parte!, ¿verdad Sofía? ¡Punto y aparte!

Alberto aún no había acabado la frase cuando un chico salió corriendo del bosque. Vestía ropa árabe y en la cabeza llevaba un turbante. En la mano llevaba una lámpara de aceite. Sofía se agarró al brazo de Alberto.

—¿Quién es ése? —preguntó.

El chico contestó por su cuenta:

—Me llamo Aladino, vengo del Líbano.

Alberto le miró con severidad.

—¿Y qué tienes en tu lámpara, chico?

El chico empezó a frotar la lámpara. De ella salió un espeso vapor, y del vapor iba saliendo la figura de un hombre, que tenía barba negra y boina azul como Alberto. Flotando en el aire sobre la lámpara, dijo lo siguiente:

—¿Me oyes, Hilde? Supongo que llego tarde para felicitarte. Sólo quiero decirte que para mí Bjerkely y la región en la que vives me parecen un verdadero cuento. Nos veremos dentro de pocos días.

Y con esto, la figura de hombre volvió a diluirse en el vapor, y toda la nube fue absorbida por la lámpara de aceite. El chico del turbante se puso la lámpara bajo el brazo, volvió a meterse en el bosque y desapareció.

—Es... increíble —dijo Sofía, finalmente.

—No es más que una tontería, hija mía.

—El espíritu hablaba exactamente como el padre de Hilde.

—Porque es su espíritu.

—Pero...

—Tú y yo y todo lo que nos rodea tiene lugar muy dentro de nuestra conciencia. Es el 28 de abril por la noche, y alrededor del mayor, que está despierto, están dormidos todos los Cascos Azules, y él mismo está a punto de dormirse. Pero tiene que acabar el libro que va a regalarle a Hilde en su decimoquinto cumpleaños. Por eso tiene que trabajar, Sofía, por eso el pobre hombre apenas puede descansar.

—¡Madre mía!

—¡Punto y aparte!

Sofía y Alberto se quedaron sentados mirando al pequeño lago. Alberto estaba como petrificado. Al cabo de un rato Sofía se atrevió a darle en la espalda.

—¿Te has distraído?

—Sí, en esto intervino directamente. Los últimos párrafos estaban inspirados por él hasta la última letra. Debería sentirse avergonzado. Pero a la vez se descubrió, dejándose ver completamente. Ahora sabemos que vivimos nuestras vidas en un libro que el padre de Hilde manda a su casa como regalo de cumpleaños. ¿Oíste lo que dije, no? Bueno, en realidad no fui en absoluto yo quien lo dijo.

—Si todo esto es verdad intentaré escaparme del libro y escoger mi propio camino.

—En eso consiste exactamente mi plan secreto. Pero antes tenemos que conseguir hablar con Hilde, porque ella está leyendo cada palabra que estamos diciendo. En cuanto logremos escaparnos de aquí será mucho más difícil volverse a poner en contacto con ella. Esto quiere decir que tenemos que aprovechar la oportunidad ahora mismo.

—¿Qué le vamos a decir?

—Creo que el mayor está a punto de dormirse junto a la máquina de escribir, aunque sus dedos siguen corriendo por el teclado con una velocidad febril...

—Resulta curioso pensar en ello.

—Precisamente puede que ahora esté escribiendo cosas de las que más adelante se arrepentirá. Y no tiene tinta blanca correctora, Sofía. Eso forma una parte importante de mi plan. Pobre de aquel que se atreva a regalar al mayor Albert Knag un frasquito de tinta correctora.

—De mí no recibirá nada.

—Aquí y ahora desafío a la pobre chica a que se rebele contra su propio padre. Debería avergonzarse de permitir que su padre la entretenga con siluetas y sombras. Si estuviese aquí, le habríamos

dejado notar en su propio cuerpo nuestra indignación.

—Pero no está aquí.

—Está presente en espíritu y alma, al mismo tiempo que está sentado en el Líbano. Porque todo lo que nos rodea es el «yo» del mayor.

—Pero él también es algo más de lo que vemos aquí, a nuestro alrededor.

—Porque simplemente somos sombras del alma del mayor, y a una sombra no le resulta fácil atacar a su maestro, Sofía. Requiere perspicacia y reflexión madura. Pero tenemos una posibilidad de influir sobre Hilde. Sólo un ángel puede rebelarse contra un dios.

—Podemos pedirle a Hilde que le haga la burla en cuanto vuelva a casa. Puede decirle que es un canalla. Puede destrozarle su barca, o al menos su linterna.

Alberto consintió. Luego prosiguió.

—Además puede fugarse. Para ella es mucho más fácil que para nosotros. Puede abandonar la casa del mayor y no volver a aparecer jamás. Se lo merecería este mayor, que está jugando con su «fuerza imaginativa de crear mundos» a nuestra costa.

—Me lo imagino. El mayor viajando por el mundo en busca de Hilde. Pero Hilde ha desaparecido porque no podía aguantar vivir con un padre que se burlaba de Alberto y Sofía.

—Se cree gracioso. Eso es lo que quería decir cuando te dije que nos usa para entretenimiento de un cumpleaños. Pero debería tener cuidado, Sofía, y Hilde también.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Estás cómoda?

—Con tal de que no aparezcan más espíritus de lámparas.

—Intenta imaginarte que todo lo que vivimos tiene lugar en la conciencia de otra persona. Nosotros somos esa conciencia. No tenemos ninguna alma propia, somos el alma de otro. Hasta aquí nos encontramos sobre un camino filosófico conocido. Berkeley y Schelling hubieran aguzado el oído.

—¿Sí?

—Luego puede ser que esa alma sea el padre de Hilde Møller Knag. Está sentado escribiendo un libro de filosofía para el decimoquinto cumpleaños de su hija. Cuando Hilde se despierta el 15 de junio, se encuentra con el libro sobre la mesilla, y ahora ella y otros pueden leer acerca de nosotros. Durante mucho tiempo el padre ha estado insinuando que «el regalo» puede ser compartido con otros.

—Me acuerdo.

—Esto que te estoy diciendo ahora lo está leyendo Hilde después de

que su padre estuviera una vez sentado en el Líbano imaginándose que yo te contaba que él estaba en el Líbano... imaginándose que yo te contaba que él estaba sentado en el Líbano...

Sofía se estaba mareando. Intentó pensar en lo que había oído sobre Berkeley y los románticos. Alberto Knox prosiguió:

—Pero no deberían sentirse demasiado seguros. Y menos aún deberían reírse, porque una risa puede fácilmente atragantarse.

—¿A quién?

—A Hilde y a su padre. ¿No estamos hablando de ellos?

—¿Pero por qué no deben sentirse seguros?

—Porque no se puede descartar en absoluto la posibilidad de que también ellos sean sólo conciencia.

—¿Cómo podría ser eso posible?

—Si era posible para Berkeley y los románticos, también será posible para ellos. Quizás también el mayor es una imagen de sombras en un libro que trata sobre él y Hilde, y naturalmente también de nosotros dos, ya que formamos una pequeña parte de su vida.

—Eso sería aún peor. En ese caso sólo seríamos imágenes de sombras de imágenes de sombras.

—Pero también puede ser que un escritor totalmente diferente esté escribiendo un libro que trata sobre el mayor de los Cascos Azules Albert Knag que escribe un libro para su hija Hilde. Este libro trata de un tal «Alberto Knox» que de repente empieza a enviar unas modestas reflexiones filosóficas a Sofía Amundsen, en el Camino del Trébol número 3.

—¿Tú crees?

—Simplemente digo que es posible. Para nosotros ese escritor será un «dios oculto», Sofía. Aunque todo lo que somos y todo lo que decimos y hacemos emane de él, porque somos él, nunca sabremos nada de él. Nos han metido en la caja de más adentro.

Alberto y Sofía se quedaron pensando mucho tiempo. Al final Sofía rompió el silencio:

—Pero si de verdad hay un escritor que se inventa la historia sobre el padre de Hilde en el Líbano, de la misma manera que él se ha inventado nuestra historia...

—¿Sí?

—... entonces puede ser que él tampoco se sienta tan seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Allí está con Hilde y conmigo metidas en un lugar muy adentro de su cabeza. ¿Pero no es posible que también viva su vida en una conciencia superior?

Alberto asintió con la cabeza.

—Desde luego, Sofía. También es posible eso. Y si es así, él nos ha dejado tener esta conversación precisamente para insinuar esa posibilidad. En ese caso ha querido señalar que también él es una imagen indefensa de sombras y que este libro en el que Hilde y Sofía viven sus vidas es, en realidad, un libro de texto de filosofía.

—¿Un libro de texto?

—Todas las conversaciones que hemos tenido, Sofía, todos los diálogos...

—¿Sí?

—Son en realidad un monólogo.

—Me parece que ahora todo se ha disgregado en conciencia y espíritu. Menos mal que aún nos quedan algunos filósofos. Aquella filosofía que comenzó tan magníficamente con Tales, Empédocles y Demócrito no puede naufragar aquí, ¿verdad?

—Qué va. Hablaré de Hegel. Fue el primer filósofo que intentó salvar la filosofía después de que el Romanticismo hubiera reducido todo a espíritu.

—Espero con ilusión.

—Para que no nos interrumpan más espíritus o imágenes de sombras, sugiero que volvamos adentro.

—Además, ya hace un poco de fresco.

—Capítulo nuevo.

Hegel

... lo que es sensato» es lo que tiene posibilidad de sobrevivir...

Hilde dejó caer con un chasquido la carpeta al suelo, y se quedó tumbada en la cama mirando al techo, donde había algo que daba vueltas. Papá sí que había conseguido marearla. ¡El granuja! ¿Cómo podía hacer algo así...? Sofía había intentado hablarle directamente a ella. Le pedía que se rebelara contra su padre. Y de hecho había conseguido sembrar en ella una idea. Un plan... Sofía y Alberto no tenían posibilidad de hacerle ni un rasguño a su padre. Pero Hilde sí podía. De esta manera le sería posible a Sofía acercarse a su padre a través de ella. Estaba de acuerdo con Sofía y Alberto en que Albert había ido demasiado lejos en su juego con imágenes de sombras. Aunque sólo se había inventado a Alberto y a Sofía, había límites en las manifestaciones de poder que podía permitirse. ¡Pobres Sofía y Alberto! Estaban tan indefensos ante las fantasías del mayor como la pantalla del cine ante el proyector. ¡Hilde sí iba a dar un escarmiento a su padre cuando volviera! Estaba planeando ya la broma que le iba a gastar. Se fue hacia la ventana y miró la bahía. Eran casi las dos. Abrió la ventana gritó hacia la caseta:

—¡Mamá!

La madre salió en seguida.

—Bajaré los bocadillos dentro de una hora. ¿Te parece bien?

—Solo voy a leer acerca de Hegel.

Alberto y Sofía se habían sentado cada uno en su sillón delante de la ventana que daba al pequeño lago.

—Georg Wilhelm Friedrich Hegel fue un verdadero hijo del Romanticismo —comenzó Alberto—. Casi se puede decir que siguió el espíritu alemán conforme éste se iba desarrollando en Alemania. Nació en Stuttgart en 1770 y comenzó a estudiar teología en Tubinga a los 18 años. A partir de 1799 colaboró con Schelling en Jena, justo cuando el movimiento romántico se encontraba en su florecimiento más explosivo. Después de ser profesor en Jena fue nombrado catedrático en Heidelberg, que era el centro del Romanticismo nacional alemán. Fue

nombrado catedrático en Berlín en 1818, precisamente en la época en la que esta ciudad estaba a punto de convertirse en un centro espiritual de Alemania. Murió de cólera en el mes de noviembre de 1831, pero para entonces el «hegelianismo» ya contaba con una gran adhesión en casi todas las universidades de Alemania.

—De modo que llegó a vivirlo casi todo.

—Sí, y ése es también el caso de su filosofía. Hegel unificó y continuó casi todas las distintas ideas que se habían desarrollado entre los románticos. Pero al mismo tiempo fue un perspicaz crítico de la filosofía de Schelling, por ejemplo.

—¿Qué fue lo que criticó?

—Tanto Schelling como los demás románticos habían pensado que el fondo de la existencia se encontraba en lo que llamaban el «espíritu universal». También Hegel emplea la expresión «espíritu universal», pero le da un nuevo contenido. Al hablar de «espíritu universal» o de corazón universal, Hegel se refiere a la suma de todas las manifestaciones humanas. Porque sólo el ser humano tiene «espíritu». Con este significado, habla del curso del espíritu universal a través de la Historia. Pero no debemos olvidar que nos está hablando de las vidas de los seres humanos, de las ideas de los seres humanos y de la cultura de los seres humanos.

—Y entonces este espíritu se vuelve inmediatamente un poco menos fantasmal. No está ya al acecho como una «inteligencia adormecida» en piedras y árboles.

—Recordarás que Kant habló de algo que él llamaba «la cosa en sí». Aunque rechazara que los hombres pudieran tener algún conocimiento claro del secreto más íntimo de la naturaleza, señaló que existe una especie de «verdad» inalcanzable. Hegel dijo que «la verdad es subjetiva», con lo que rechazó la existencia de una «verdad» por encima o fuera de la razón humana. Opinó que todo conocimiento es conocimiento humano.

—De alguna manera, ¿tuvo que volver a bajar la filosofía a la tierra, verdad?

—Pues sí, a lo mejor se puede expresar así. La filosofía de Hegel es tan polifacética y tan variada que aquí y ahora nos contentaremos con subrayar algunos de sus puntos más importantes. Es además hasta cierto punto dudoso que Hegel tuviera una «filosofía» propia. Lo que llamamos la filosofía de Hegel es ante todo un método para entender el curso de la Historia. Por lo tanto, no se puede hablar de Hegel sin hablar de la Historia de la humanidad. La filosofía de Hegel no nos enseña esto ni aquello sobre la «naturaleza más íntima de la existencia», pero nos puede enseñar a pensar de un modo fecundo.

—Eso también es muy importante.

—Todos los sistemas filosóficos anteriores a Hegel habían intentado fijar criterios eternos sobre lo que el hombre puede saber sobre el mundo. Así lo hicieron Descartes y Spinoza, Hume y Kant. Cada uno de ellos había intentado investigar cuál es la base del conocimiento humano. Pero todos se pronunciaron sobre las condiciones eternas del conocimiento humano sobre el mundo.

—¿Pero no es ésa la obligación del filósofo?

—Hegel opinó que eso era imposible. Pensaba que la base del conocimiento humano varía de generación en generación. No existe ninguna «verdad eterna». No existe ninguna «razón eterna». El único punto fijo al que puede agarrarse el filósofo es a la propia Historia.

—Me tendrás que explicar esto mas a fondo. La Historia está en constante cambio, ¿cómo puede entonces ser un punto fijo?

—También un río está en constante cambio, pero no por eso deja de ser un río. Pero no puedes preguntar por la parte más «auténtica» del río.

—Claro, porque el río es tan río en un sitio como en otro.

—Para Hegel la Historia era como el curso de un río. Cada pequeño movimiento del agua en un punto dado del río está en realidad determinado por la caída del agua y por sus remolinos más arriba. Pero también está determinado por las piedras y los meandros del río justo en ese lugar donde tú lo estás mirando.

—Creo que lo entiendo.

—También la historia del pensamiento, o de la razón, se puede comparar al curso de un río. Todos los pensamientos que vienen «manando» de las tradiciones de personas que han vivido antes que tú y las condiciones materiales que rigen en tu propia época, contribuyen a determinar tu manera de pensar. Por lo tanto, no puedes afirmar que una determinada idea sea correcta para siempre. Pero puede ser correcta en la época y el lugar en que te encuentras.

—¿Pero no significa que todo es igual de malo o que todo es igual de bueno?

—No, no, algo sólo puede ser bueno o malo en relación con un contexto histórico. Si en 1990 te hubieras puesto a hacer propaganda a favor de la esclavitud, hubieras sido, en el mejor de los casos, un payaso. No resultó tan estúpido hace 2.500 años, aunque incluso en aquella época había voces progresistas que hablaban en favor de abolir la esclavitud. Pero miremos un ejemplo más cercano. Hace sólo cien años no se consideraba tan «irrazonable» quemar grandes zonas de bosques con el fin de allanar la tierra para poderla cultivar. Pero hoy en día resulta enormemente irrazonable hacerlo. Contamos con una

información mucho más amplia para realizar tales evaluaciones.

—Ya lo había entendido.

—En cuanto a la reflexión filosófica, Hegel señaló que la razón es algo dinámico, por no decir un proceso. Y la «verdad» es ese proceso en sí. Porque no existe ningún criterio fuera del propio proceso histórico que pueda decidir lo que es lo más «verdadero» o lo más «razonable».

—¡Ejemplos, por favor!

—No puedes extraer distintas ideas de la Antigüedad o la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración y decir que esto o aquello era correcto o equivocado. Por lo tanto, tampoco puedes decir que Platón se equivocó, o que Aristóteles tenía razón. Y tampoco puedes decir que Hume se equivocó y que Kant o Schelling tuvieron razón. Es una manera no histórica de pensar.

—No suena demasiado bien.

—En general no puedes arrancar a ningún filósofo, ni a ninguna idea en general, del contexto histórico de este filósofo o de esta idea. Pero, y ahora me estoy acercando a un nuevo punto, debido a que constantemente se van añadiendo cosas nuevas, la razón es «progresiva», lo cual significa que el conocimiento del hombre está en constante ampliación y de esa manera «progresiva».

—¿Entonces la filosofía de Kant resulta ser más correcta que la de Platón a pesar de todo?

—Sí, el «espíritu universal» ha evolucionado y se ha ampliado desde Platón a Kant. ¡faltaría más! Si volvemos al río podemos decir que ha entrado más agua en él, pues han pasado más de dos mil años. Kant no creía que sus «verdades» fueran a quedar en la orilla como piedras inmutables. Y sus ideas seguirían elaborándose, y su «razón» sería objeto de crítica por parte de la generación siguiente. Eso fue precisamente lo que pasó de verdad.

—Pero ese río...

—¿Sí?

—¿Hacia dónde fluye?

—Hegel señaló que el espíritu universal evoluciona hacia una conciencia de sí mismo cada vez mayor. Los ríos se hacen cada vez más anchos, conforme se acercan al mar. Según Hegel, la Historia trata de que el espíritu universal despierte lentamente para concienciarse de sí mismo. El mundo ha estado aquí siempre, pero, a través de la cultura y las actividades del hombre, el espíritu universal se hace cada vez más consciente de su particularidad.

—¿Cómo podía estar tan seguro de ello?

—Lo señalaba como una realidad histórica. Es decir, no pretendía predecir nada. Cualquier persona que haya estudiado la Historia verá que

la humanidad ha ido hacia un conocimiento cada vez mayor de sí misma y también hacia un «despliegue de energías» cada vez mayor. Según Hegel, un estudio de la Historia muestra que la humanidad se mueve hacia una racionalidad y libertad cada vez mayores, lo cual quiere decir que la evolución histórica, a pesar de todos sus rodeos, «avanza». Decimos que la Historia «sobrepasa sus propios límites» y que tiene un «objetivo».

—Hay una evolución, eso se entiende fácilmente.

—Sí, la Historia es, como ya he dicho, una larga cadena de reflexiones. Hegel también señaló ciertas reglas que rigen para esta cadena de reflexiones. Alguien que estudie detalladamente la Historia, se dará cuenta de que cualquier idea se sustenta sobre la base de otra idea anterior. Así, en cuanto se presenta una idea, ésta será contradicha por otra, produciéndose una fusión entre dos maneras opuestas de pensar. Esta tensión se anulará en cuanto surja una tercera idea, que recoja lo mejor de los puntos de vista de las dos precedentes. A esto Hegel lo llama evolución dialéctica.

—¿Tienes algún ejemplo?

—A lo mejor te acuerdas de que los presocráticos discutían la cuestión de la materia primaria y del cambio...

—Más o menos.

—Luego, los eléatas dijeron que cualquier cambio era en realidad imposible, y por lo tanto se vieron obligados a negar su existencia, aun cuando sus sentidos los captaran. Los eléatas habían expuesto una afirmación, es decir, un punto de vista, que Hegel llamaba tesis.

—¿Y?

—Pero cada vez que se expone una afirmación tan audaz, se producirá una nueva afirmación, a la que Hegel denomina negación. El que negó la filosofía de los eléatas fue Heráclito, quien dijo que «todo fluye». Tenemos ya establecida una tensión entre dos maneras distintas de pensar. No obstante, esta tensión fue anulada por Empédocles, al señalar que los dos tenían algo de razón y que los dos se habían equivocado en algo.

—Bueno, creo que empiezo a entenderlo...

—Los eléatas tuvieron razón en decir que en realidad nada cambia, pero se equivocaron al decir que no nos podemos fiar de nuestros propios sentidos. Heráclito tenía razón en que podemos fiarnos de nuestros sentidos, pero no tenía razón en que todo fluye.

—Porque había más de un elemento. Sólo cambiaba la composición, no los elementos en sí.

—Exactamente. El punto de vista de Empédocles, tal como se presenta, entre los dos puntos de vista opuestos, fue llamado por Hegel

negación de la negación.

—¡Qué palabras!

—A las tres fases del conocimiento las llamó «tesis», «antítesis» y «síntesis». Podemos decir por ejemplo que el racionalismo de Descartes era una tesis, que fue contradicha por la antítesis empírica de Hume. Ahora bien, este antagonismo, la misma tensión entre las dos maneras de pensar, se elevó en la síntesis de Kant. Kant daba la razón en algunas cosas a los racionalistas y en otras a los empiristas. También mostró que los dos grupos se habían equivocado en puntos importantes. Pero la Historia no acaba con Kant. Ahora la «síntesis» de Kant constituiría el punto de partida de una nueva cadena de reflexiones llevada en tres direcciones, o una tríada. Pues también la «síntesis» es recibida por una nueva «antítesis».

—Eso me resulta muy teórico.

—Sí que lo es. Pero Hegel no tiene la intención de emplear a la fuerza ningún «esquema» para la Historia, sino que opinaba que se podía sacar esa dialéctica leyendo la propia Historia, y señaló que había descubierto ciertas leyes para el desarrollo de la razón, o, en otras palabras, para el curso del «espíritu universal» a través de la Historia.

—Entiendo.

—Ahora bien, la dialéctica de Hegel no es aplicable sólo a la Historia. También cuando discutimos algo, pensamos dialécticamente. Intentamos trazar los fallos de una manera de pensar; lo cual, en palabras de Hegel, es «pensar negativamente». Pero al buscar fallos en una manera de pensar conservamos a la vez lo mejor.

—¡Ejemplo!

—Cuando un socialista y un conservador se sientan para resolver un problema social, se producirá rápidamente una tensión entre los dos modos de pensar. Esto no significa que uno tenga toda la razón y el otro se equivoque del todo. De hecho puede ser que los dos tengan algo de razón y que los dos se equivoquen en algunas cosas. Según evoluciona la discusión habrá una conservación crítica de lo mejor de la argumentación de ambos.

—Eso espero.

—Pero cuando nos encontramos en medio de una discusión de ese tipo, no resulta siempre fácil constatar qué es lo más sensato. Lo que es bueno y lo que es malo, tocará a la Historia demostrarlo. Lo que es «sensato» es lo que tiene posibilidad de sobrevivir.

—Es decir, que lo que sigue vivo es lo correcto.

—O al revés: lo correcto es lo que sigue vivo.

—¿Podrías ponerme un pequeño ejemplo para que lo vea más claro?

—Hace ciento cincuenta años hubo mucha gente que luchó en favor

de los derechos de la mujer. También había muchos que luchaban en contra. Si hoy en día estudiamos los argumentos de las dos partes no nos resulta difícil ver cuáles eran los argumentos más «razonables». Pero no debemos olvidarnos de que tenemos la ventaja de juzgar con mucha más información de la que se tenía en aquella época. Resultó que los que lucharon a favor tenían razón. Muchos se avergonzarían de ver impreso lo que su abuelo había dicho al respecto.

—Pues sí, me imagino. ¿Qué opinaba el propio Hegel?

—¿Sobre los derechos de la mujer?

—¿No es de eso de lo que estamos hablando?

—¿Quieres oír una cita?

—¡De acuerdo!

—"La diferencia entre el hombre y la mujer es igual a la que existe entre el animal y la planta", escribió Hegel. "El animal se asemeja al carácter del hombre, y la planta al de la mujer, porque su evolución consiste más bien en un tranquilo despliegue de energía, que tiene como principio la unidad indeterminada del sentimiento. Si las mujeres están al frente del gobierno, el Estado está en peligro, porque no actúan conforme a las demandas del público, sino que siguen inclinaciones y opiniones casuales. También las mujeres se están, de alguna manera, cultivando —no se sabe cómo— casi como si absorbiesen las ideas más a través de la vida que mediante la adquisición de conocimientos. El hombre, por otra parte, tiene que alcanzar su posición luchando por adquirir ideas y mediante enormes esfuerzos técnicos".

—¡Basta, basta! Prefiero no oír más citas de ese tipo.

—Pero la cita es un ejemplo magnífico de que la opinión de lo que es «razonable» va cambiando constantemente. Muestra que también Hegel fue un hijo de su época. Y nosotros también lo somos. Nuestros juicios «evidentes» tampoco aguantarán la prueba de la Historia.

—¿Puedes ponerme algún ejemplo?

—No, de esto no.

—¿Por qué no?

—Porque en ese caso hubiera señalado algo que ya está cambiando. Por ejemplo no podría señalar que es estúpido ir en coche porque el coche contamina la naturaleza. Ya hay mucha gente que opina lo mismo, de modo que sería un mal ejemplo. Pero la Historia demostrará que mucho de lo que para nosotros son evidencias, no aguantarán el juicio de la posteridad.

—Entiendo.

—Además conviene tomar nota de lo siguiente: precisamente porque tantos hombres de la época de Hegel ensartaron largos discursos sobre la inferioridad de la mujer, contribuyeron al mismo tiempo a acelerar la

liberación de la mujer.

—¿Cómo?

—Presentaron una «tesis» o «postura». La razón por la que se vieron obligados a ello era que las mujeres ya habían empezado a levantarse. Sobre aquello que todo el mundo está de acuerdo no hace falta opinar. Cuanto más virulentas eran las declaraciones sobre la inferioridad de la mujer, más fuertes se hacían las «negaciones».

—Creo que lo entiendo.

—De modo que se puede decir que lo mejor es tener adversarios enardecidos. Cuanto más extremistas sean los adversarios, más fuerte será la reacción con la que serán contestados. Hay un refrán que habla de «echar leña al fuego».

—Desde luego yo noto que mi propio fuego arde intensamente en este momento.

—También en un sentido lógico o filosófico habrá a menudo una tensión dialéctica entre dos conceptos.

—¡Ejemplo, por favor!

—Si yo reflexiono sobre el concepto «ser», inevitablemente tendré que introducir también el concepto contrario, es decir el «no ser», pues no se puede reflexionar sobre el ser sin, acto seguido, recordarse a uno mismo que no se «es» para siempre. La tensión entre «ser» y «no ser» se disuelve en el concepto «nacimiento». Porque el que algo nazca significa en cierta manera que es y no es.

—Entiendo.

—De modo que la razón de Hegel es una razón dinámica. La realidad está llena de contradicciones y por lo tanto también una descripción de la realidad tendrá que estar llena de contradicciones. Te pondré un par de ejemplos: se dice que el físico nuclear danés Niels Bohr tenía una herradura colgada encima de su puerta.

—Da buena suerte.

—Pero es pura superstición, y de hecho Niels Bohr era de todo menos supersticioso. Una vez que recibió la visita de un amigo, éste comentó sobre la herradura: «¿Tú no creerás en esas cosas?», dijo. «No», contestó Niels Bohr, «pero he oído decir que es muy eficaz de todos modos».

—Me has dejado atónita.

—Pero la respuesta es bastante dialéctica, algunos dirían incluso contradictoria. Niels Bohr, que igual que nuestro propio poeta Vinje, era conocido por su ambivalencia, dijo en otra ocasión lo siguiente: existen dos clases de verdades, las verdades superficiales en las que queda evidente que lo contrario es incorrecto y las verdades profundas en las que lo contrario es igual de correcto.

—¿Qué clase de verdades pueden ser ésas?

—Si por ejemplo digo que la vida es corta...

—Entonces estoy de acuerdo.

—Pero en otra ocasión puedo decir que la vida es larga.

—Tienes razón, también eso es verdad.

—Finalmente te pondré un ejemplo de cómo una tensión dialéctica puede desencadenar una acción espontánea que a su vez conduce a un cambio repentino.

—¡Cuenta!

—Imagínate una niña que siempre diga a su madre: «Sí, Mamá», «De acuerdo mamá», «Como tú quieras mamá», «Lo haré en seguida, mamá».

—Me produce escalofríos.

—Con el tiempo, a la madre le irrita tanta obediencia por parte de la hija. Finalmente exclama: «¡No seas tan obediente!». Y la niña contesta: «Como quieras, mamá».

—Yo le daría una bofetada.

—¿Verdad que sí? ¿Pero qué hubieras hecho si en lugar de eso hubiera contestado: «¡Sí, quiero ser obediente!»

—Hubiera sido una extraña respuesta. A lo mejor le habría dado una bofetada también en ese caso.

—Es decir que la situación no tenía salida. La tensión dialéctica estaba tan recrudescida que tendría que llegarse a un desenlace.

—¿Te refieres a la bofetada?

—Debemos mencionar un último rasgo de la filosofía de Hegel.

—Aquí estoy.

—Recordarás que señalamos que los románticos eran individualistas.

—«El camino secreto va hacia dentro.»

—Precisamente este individualismo se encontró con su «negación» o antagonismo en la filosofía de Hegel. Hegel subrayó lo que él llamaba poderes objetivos, con los cuales se refería a la familia y al Estado. Pensaba que el individuo era una parte orgánica de la comunidad. La razón o el «espíritu universal» era algo que no se hacía visible hasta la interacción entre los seres humanos.

—¡Explícate!

—La razón aparece ante todo en el lenguaje, y el lenguaje es algo a lo que nacemos. El idioma noruego se arregla perfectamente sin el señor Hansen, pero el señor Hansen no se arregla sin el idioma noruego. El idioma no es creado por el individuo, sino que es el idioma el que crea al individuo.

—Pues sí, se puede expresar así.

—De la misma manera que el individuo nace a un lenguaje también

nace a sus condiciones históricas. Nadie puede tener una relación «libre» con esas condiciones. La persona que no encuentre su lugar en el Estado es, por tanto, una persona «no histórica». Te acordarás de que esta idea también era muy importante para los grandes filósofos de Atenas. De la misma manera que no se concibe al Estado sin ciudadanos, tampoco se concibe al individuo sin el Estado.

—Comprendo.

—Según Hegel el Estado es algo «más» que cada ciudadano. Es incluso más que la suma de todos los ciudadanos. Según Hegel no es posible, por lo tanto, «darse de baja en la sociedad». Uno que se encoge de hombros ante la sociedad en la que vive y que quiere buscarse a sí mismo, se convierte en un payaso .

—No sé si estoy totalmente de acuerdo con eso, pero vale.

—Según Hegel no es el individuo el que se «encuentra a sí mismo», sino el «espíritu universal».

—¿El espíritu universal se encuentra a sí mismo?

—Hegel dijo que el espíritu universal vuelve a sí mismo en tres escalones.

—Me puedes explicar la escalera entera, si quieres.

—Primero el espíritu universal se conciencia de sí mismo en el individuo, a lo cual Hegel llama razón subjetiva. En la familia, la sociedad y el Estado, el espíritu universal alcanza una mayor conciencia, a la cual Hegel denomina razón objetiva, porque es una razón que actúa en interacción entre las personas. Pero queda aún un escalón...

—¡Qué emoción!

—La más elevada forma de autoconocimiento la alcanza el espíritu universal en la razón absoluta. Y esta «razón absoluta», es el arte, la religión y la filosofía . Y de éstos la filosofía es la forma más elevada de razón porque, en la filosofía, el espíritu universal reflexiona sobre su propia actividad en la Historia. Como ves, el espíritu universal no se encuentra consigo mismo hasta llegar a la filosofía. Podríamos decir que la filosofía es el espejo del espíritu universal.

—Esto es tan misterioso que necesito un poco de tiempo para digerirlo. Pero me ha gustado lo último que has dicho.

—Dije que la filosofía es el espejo del espíritu universal.

—Es bonito. ¿Crees que tiene algo que ver con el espejo de latón?

—Sí, ya que preguntas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Supongo que ese «espejo de latón» tiene un significado especial, ya que siempre sale a relucir.

—Entonces también tendrás alguna idea del significado que puede tener.

—No, no. Sólo digo que el espejo no se hubiera sacado a relucir tan a menudo si no tuviera un significado especial para Hilde y su padre. Pero sólo Hilde puede decirnos cuál es ese significado.

—Esto es ironía romántica.

—Una pregunta imposible, Sofía.

—¿Porqué?

—Nosotros no nos dedicamos a esas cosas. Somos simplemente víctimas indefensas de tal ironía.

Si un niño dibuja algo en un papel no puedes preguntar al papel qué es lo que muestra el dibujo.

—Me dan escalofríos.